E. Gómez Carrillo

Treinta años de mi vida

Libro Iº

El despertar del alma

BUENOS AIRES
Edición especial de la Casa Vaccaro.
AVENIDA DE MAYO, 646

Treinta años de mi vida

Storage
766
V.1

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

DEDICATORIA

Al Dr. D. Fernando Alvarez.

En sus manos cariñosas pongo, ilustre amigo, las primeras páginas del libro de mi vida.

Muchos censurarán, de seguro, el orgullo que supone la confesión pública á una edad en que el penitente se halla aún joven y con más deseos de seguir gozando y sufriendo que de prepararse para bien morir. El mundo, en efecto, no perdona el pecado de la prolija egolatría sino en gracia á la ancianidad del pecador. Pero si mi culpa es grande, que sobre usted caiga...

Porque fué usted quien, con voz de sirena, me dijo, después de publicar las memorias de Rubén Darío:

—Ahora le toca á usted su turno...

Y como había en su tentadora invitación algo que halagaba íntimos anhelos míos, inclinéme ante su mandato y pocos años después entregué á la imprenta esta primera «gerbe» de rosas pue-

riles, que si tienen muchas espinas, también tienen algún perfume y algún color.

En el fondo, para ser franco, confieso á usted que creo que mi vida es de las que merecen ser contadas. Pero no sé si he logrado expresar bien lo que tan hondamente he sentido. Lo único de que estoy seguro es de haber sido sincero en mis intenciones y en mi labor.

Nuestro querido Mayol me dijo cierta tarde, con su gracia gaditana, refiriéndose á los primeros capítulos de este libro:

—Va bien esa novelita, Enrique...

Yo estuve á punto de indignarme... ¿Novela la historia leal y cabal de mi existencia?... ¡Oh, herejía!... Mas pronto me dí cuenta de que, al hablarme así, el ingenioso hidalgo andaluz, tributábame, sin quererlo, el mejor de los homenajes. ¿Qué es una existencia sino una novela vivida?... Y la que no es eso, casi no vale la pena de ser escrita.

La mía, mi vida, mi pobre vida errante y ardiente, ó mucho me equivoco, ó resulta no sólo una novela, sino hasta una novela ejemplar.

—Miraos en este espejo—puedo decir á los niños que se preparan á luchar—y si sois metódicamente ambiciosos, si tenéis una línea ideal de conducta trazada de antemano para llegar á la meta de vuestros deseos, evitad los escollos que torcieron mi senda convirtiéndola en un laberinto sin salida.

Y á los que, más locos y más cuerdos, llevan en

el alma el germen de la independencia espiritual, tengo derecho á murmurarles al oído, tratando de que sus padres no me escuchen:

—Ved cuán vano resulta, en este mundo inexplicable, lo que vuestros profesores llaman previsión, constancia y prudencia.

Todo, en mis andanzas, ha sido imprevisto é inesperado. Nada ha sido obra del cálculo. Lo que pensé hacer, casi nunca lo hice, y en cambio he hecho mucho que ni siquiera imaginé. Dejándome conducir por el Azar, he ido adonde me ha llevado, sin protestar contra sus caprichos. Los que me conocen y dan importancia á la fortuna y á los honores oficiales, aseguran que así he derrochado un caudal de porvenires brillantes y ricos... Tal vez estén en lo cierto. Pero ¿debo lamentarlo? ¿valdría siquiera la pena de cambiar lo que he poseído y lo que poseo, por lo que, con disciplina y gravedad, hubiera podido tener?... Tan no lo pienso, que si fuera necesario volver á nacer, sólo le pediría al Destino que me concediera la gracia de dejarme revivir mi vida. He amado, he soñado, he creído, he esperado, he sido libre, me he embriagado en todas las copas de la pasión, he orado en todos los santuarios del mundo, y si he padecido, también he gozado. Por eso, cuando medito en mi suerte, le doy gracias al Cielo, que me la deparó tal cual es.

Sí...

Y si quisiera pintarme yo mismo en este atrio de mi capilla interior con inocencia alegórica

igual á la que inspiró á los maestros primitivos al trazar sus propias imágenes, representaríame de rodillas ante el altar de la Fatalidad, con los ojos cerrados y las manos abiertas, cual esos dulces devotos que, en los ángulos de ciertos retablos flamencos, reciben amorosamente los dones del Espíritu Santo, bendiciendo con igual serenidad las bienaventuranzas y las penas.

Guarde usted este libro que es el relicario de un alma adolescente, amigo, y quiérame como lo quiero.

E. G. C.

Madrid, 25 de Dic. 1918.

I

LOS PRIMEROS PASOS

Yo, señor, nací en la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, en el mes de Febrero y en el año de gracia 1873. Cuando alguien me pregunta mi edad, le contesto, haciendo mal la cuenta, lo que en mí es una antiquísima costumbre no sólo al tratarse de mis lustros sino también al calcular mis dineros:

—Cuarenta...

Pero, en realidad, ni tengo ni he tenido nunca esa famosa cuarentena que, según parece, es, en el hombre, la meta del vigor intelectual y de la razón serena. No; nunca... Ahora mismo, en este invierno de 1917, en que comienzo á reunir los recuerdos, los encantos y las alegrías de mis pasados días, aun me siento unas veces un alma de veinte abriles, azul y quimérica cual la de una virgen loca, y otras veces un alma de

cien diciembres, tempestuosa, obscura y amenazadora. Por huir, sin duda, del término medio que en todo es mi enemigo, hasta en eso voy de extremo á extremo, para tormento de amigos y de amigas, que me encuentran demasiado joven en las cosas serias y demasiado viejo en las cosas frívolas... Sólo que si ante lo primero me resigno, enseñando con coquetería las canas que comienzan á platear mis sienes, contra lo segundo me rebelo indignado... ¿Viejo yo?... La vejez es como la línea del horizonte, que se aleja á medida que nos acercamos á ella. Todo depende, además, del mirador ideal en que nos colocamos. Y yo, aun en mis horas de centenario, soy un adolescente igual á aquellos que, en los bellos tiempos del romanticismo, salían de la lectura de Byron cansados de vivir una vida que sólo habían soñado. Porque no es nunca lo que he hecho lo que provoca mis amargas crisis de fatiga y de desesperanza. Tan fuerte, tan fresco me siento, que siempre me hallo dispuesto á comenzar una nueva existencia, á hacerme un nuevo nido, á crearme una nueva ventura. Allá, hacia el final de estas confesiones, os hablaré de una historia que es de hoy y que desde hace largo tiempo llena mi pobre pecho de entusiasmos ingenuos y ardientes, de esos que en general los hombres no experimentan sino en su primer amor.

Entonces veréis cómo puede una cabeza que

ya blanquea embriagarse durante años y años de ilusiones juveniles y cómo sabe un corazón que debiera estar lleno de experiencia palpitar con ardores inocentes. Si me fuese dado insertar aquí las últimas cartas que he escrito á mi Anie, y en las cuales he dejado que mis sentimientos corran, sin freno, en busca de ventura y de sacrificio; si pudiera cristalizar mis postreros ensueños idílicos en frases ingenuas, estoy seguro de que todas las mujeres sensibles que me leen, conservarían estas páginas como el más puro espejo de amor fresco, de amor claro, de amor infinito... «El castigo de los que amamos mucho—solía decir Catulle Mendés—es que amamos siempre.» Y Campoamor escribió que:

«Se ama á los sesenta
sesenta veces más que á los cuarenta».

Hay almas que no envejecen, en efecto, almas insaciables é incansables, almas incorregibles, almas que arden eternamente en sus propias llamas y para las cuales el elemento natural es la tormenta. Por desgracia ó por fortuna, la mía es de esas, y tal cual es, la dejo, con orgullo, reflejarse en el pliegue amargo de una boca que ha sufrido mucho, pero que también ha gozado mucho.

Mas no adelantemos los acontecimientos.

Volvamos á Guatemala, mi tierra natal, donde crecí alegremente cual una planta silvestre, sorprendiendo desde mis primeros pasos por lo contradictorio, lo incoherente, lo inquieto, lo desigual de mi temperamento.

—Ya á los doce años—suele decirme un tío mío—parecía, á veces, que hubieras bebido demasiado.

Bebía la vida, en efecto, á grandes sorbos glotones, bebía la luz, la belleza, la alegría de crecer y de gozar, bebía en la copa ardiente del trópico, y me embriagaba del perfume de las flores, del color del cielo, de las sonrisas de las niñas, de las caricias de mi madre. ¡Ah! el recuerdo de aquellos días tan breves en que había que buscarme lo mismo que á un pájaro en las ramas de los árboles! Si alguien me hubiera dicho entonces:

—Tú has nacido para escribir, para pasar horas y horas sentado ante una mesa, para velar noches y noches leyendo historias de monjes, para producir tantos libros como tiene tu mamaíta en la vitrina de su *boudoir*...

Si alguien me hubiera dicho eso, me habría reído de él y probablemente, para ahuyentarlo cual ave de mal agüero, hubiérale tirado una de las piedras que me servían en mis grandes hazañas de rompedor de cristales. Porque mi primera fama, lo confieso ruborizado y contrito, se la debo á mis diabluras callejeras. Capitaneando á

una tropa de chicos traviesos, íbamos todas las tardes, un amiguito mío que ahora debe de ser obispo, y yo, en busca de aventuras peligrosas. Entablábamos batallas campales en un cerro que se llama del Carmen, asaltábamos tiendas de frutas, echábamos cohetes en las iglesias á la hora del Rosario, dábamos serenatas á las chicas que más nos gustaban, y cuando alguien llevaba una queja contra nosotros á mamá ó á papá, nos confabulábamos para lapidar las ventanas de su casa. En el fondo no hacíamos nada terrible, y en justicia yo no era ni mejor ni peor que los otros. Pero no sé por qué el renombre me escogió como víctima y no hubo medio de que me dejaran de atribuir todo lo malo que pasaba en la ciudad.

—Es el demonio—decían las señoras, haciendo el signo de la cruz al verme pasar.

Las niñas, en cambio, me sonreían, y cuando hablaban entre sí de mi pelo rizado y de mis ojos adormecidos, confesaban que, aunque demonio y muy demonio, no les inspiraba antipatía. Una de ellas especialmente, una preciosa morenita, pálida, enfermiza, que miraba cual una gacela y que nunca reía, defendióme con tal calor un día en que otras censuraban mi conducta, que su hermana menor acabó por decirla:

—Ya se ve que estás enamorada de él...

Cuando me enteré de la escena y cuando supe que mi defensora se había ruborizado y no había protestado de la acusación de amarme, yo también la amé, súbitamente.

Ella tenía doce años. Yo tendría los mismos. Fué mi primer idilio, un idilio mudo, tímido, tierno y triste. Yo iba por las mañanas á pararme en la esquina de su casa y esperaba la hora en que ella salía, acompañada por una criada, camino del colegio. A veinte pasos le seguía luego, y cuando ella se detenía ante alguna vidriera yo me detenía también, para no perder la distancia. Ella volvía la cara cada diez metros y me miraba, me miraba. Al fin, al entrar en el viejo zaguán del convento donde aprendía mil cosas inútiles, hacíame un ligero saludo con la mano. Yo contestaba inclinándome y volvía á mi casa algo melancólico. Así transcurrió un año, sin que jamás se cruzara entre nosotros una sola palabra. Cuando pasaba junto á su reja me quitaba el sombrero en silencio. Ella movía la cabeza. De pronto una mañana, no la vi salir y por la tarde no la vi en su ventana. Mi hermanita Luz, indignada contra mí, me dijo:

—Por culpa tuya han puesto de interna á Rosa... Yo en su lugar te detestaría... Pero la tonta dice que te quiere más que nunca y que te querrá aunque la maten...

—¡Si jamás nos hemos hablado!

—No mientas.

—Te lo juro.

—No jures... Con lo atrevido que eres, no habías de hablarla... Hasta tímido quieres parecer...

—Lo soy...

Y cual el poeta de la *Divina Comedia*, hubiera podido agregar: «Toda mi bienaventuranza teníala cifrada en sus saludos, y hasta ese don me niegan ahora los cielos»... Pero como mi ignorancia oponíase al recurso de las citas clásicas, contentéme con repetir lleno de fe:

—Sí... lo soy...

Mi hermanita se echó á reir, mi madre se echó á reir, mi padre se echó á reir... ¡Aquellas risas, cuánto me han perseguido luego en el mundo! Cada vez que he hablado de mi timidez, la gente se ha reído. Y, sin embargo, es tan real y tan grande, que nunca he podido dirigir la palabra á una mujer desconocida, nunca he entrado en un salón sin palidecer, nunca he hablado en público sin que la voz me tiemble. Hay en mí, lo mismo que en muchos artistas, una especie de rubor íntimo que á veces trata de ocultarse detrás de una máscara de impertinencia ó de altivez. Los demás no ven sino la máscara. Tímidamente, pues, sufrí de no volver á ver á mi novia. Y cuando más tarde, mucho más tarde, la encontré en Bruselas, en casa de un amigo mío, me sentí tan emocionado que su hermana me preguntó si me encontraba mal. Ella me miró

con una gran melancolía, siempre grave, siempre pálida, siempre frágil de aspecto, y yo creí ver brillar en sus grandes ojos de gacela una lágrima.

—Usted ni se acordará de Guatemala—me dijo.

No fué ella la única. Todos los que conocen mi vida andariega se figuran que me he desarraigado por completo. Pero tan no es así, que ahora mismo, al leer las noticias del terremoto que acaba de destruir la desgraciada ciudad de Santiago de los Caballeros, me he echado á llorar.

—¡Puesto que ya no tenía usted familia allá!—exclaman los que ven mi pena.

En efecto... Pero tenía toda mi infancia; tenía mis primeros recuerdos; tenía lo más puro, lo más fresco de mi alma... Treinta años van á cumplirse desde el día en que abandoné la casita florida en que nací. ¡Treinta años!... Y todavía ahora, en los momentos de vaga melancolía, oigo el murmullo de la fuente que cantaba en mi patio blanco su eterna canción de cristal... Todavía veo las flores tropicales abiertas bajo las copas siempre verdes de los limoneros, las inmensas flores sin nombre que mi pobre madre regaba con sus pálidas manos de marquesa desterrada... Todavía oigo el concierto de turpiales que en las mañanas de la perpetua primavera americana despertábanme dándome consejos de amor.

Dicen que la ciudad había cambiado en estos últimos veinte años, convirtiéndose en una de las más hermosas capitales de América.

Estoy seguro, no obstante, de que siempre conservaba la gracia andaluza de sus rejas y de sus surtidores, la languidez voluptuosa de sus jardines, la alegría de sus ventanas floridas, la elegancia severa de sus tapias blancas, la animación de sus tardes de rosa y oro. Yo, por lo menos, así la sueño siempre, y así pensaba volverla á ver algún día antes de morir. ¡Cuántas veces, en mis horas de nostalgia, una voz interior me murmuraba, en el fondo del alma, una invitación al retorno hacia los lares lejanos, cuya imagen era una promesa de paz, de dulzura, de quietud espiritual! «Ven, ven pronto», decíame esa voz. Yo lo dejaba para más tarde, para después de un libro... para después de un idilio... para después de la guerra... Al fin y al cabo, una ciudad tiene siempre tiempo de esperar á un hijo pródigo...

Ahora que leo con espanto los detalles de la catástrofe, me doy cuenta de que había algo de urgente en los clamores que me solicitaban. Todo ha desaparecido. ¡Todo! El teatro en que por primera vez oí los acentos de la pasión legendaria, se ha convertido en la tumba de un centenar de seres humanos... La iglesia en que recibí las aguas bautismales, se ha hundido... La ciudad casi entera es un campo de ruinas... ¿Y

mi casita blanca, y mi patio, y mi fuente, y mis limoneros? En el gran egoísmo que nos anima hasta en los momentos más trágicos, lo que me acongoja no son los edificios soberbios que el progreso de los últimos lustros ha levantado, sino los rinconcillos íntimos de mi infancia, las capillas donde dejé mis primeras preces, las calles donde sentí mis primeros anhelos, las rejas á través de las cuales contemplé los primeros rostros amados, las aulas en que aprendí á leer... Todo destruído, todo en escombros...

¡Todo!

Tengo que repetirme sin cesar esta palabra fatídica, para darle su valor de integridad. Todo...

Sin embargo, mi deseo de volver, aunque no sea sino para pasar allá una semana, me atormenta ahora tanto como antes. Después de orar en el sepulcro de mi madre, rezaré ante la tumba de la ciudad entera...

Y, además, encontraré siempre el mismo sol, el mismo cielo, las mismas flores... El espectáculo de la impasible alegría de la Naturaleza flotando sobre los lugares trágicos, que tantas veces me ha sorprendido en las aldeas de Alsacia y del Marne, allá se convertirá en un cuadro formidable. ¿Qué son las apoteosis solares de Europa, en efecto, comparadas con las ilumina-

ciones de los trópicos? En Guatemala, el sol no se contenta con ser un modesto dorador, sino que envuelve el espacio entero en un raudal de pedrerías y baña los objetos en matices de esmalte. ¡Tú, que tanto hablas de los reflejos de Sevilla, querido Manuel Machado, ven conmigo á Guatemala y comprenderás lo que es vivir en una copa de luz!

¡Ah! ¡La belleza incomparable, la belleza casi inverosímil de la meseta de Santiago de los Caballeros! «Es el jardín del continente», ha dicho Rubén Darío. Es un jardín de ensueño, en efecto, un jardín ideal, un jardín que no conoce ni la melancolía de los otoños, ni la agonía de los inviernos, y que vive en una perpetua primavera, bajo un sol que no es de fuego, sino de oro, bajo un cielo cuyas estrellas, más numerosas y más brillantes que las de Europa, parecen animadas por las armonías pitagóricas. Es un valle de promisión, en el que todo el año y todos los años se componen de doce abriles, en el que los naranjos tienen las proporciones gigantescas de los robles centenarios, en el que los jazmines y los claveles, las anémonas y los iris cubren la tierra rosa de una alfombra de cuento de hadas, en el que los árboles que carecen de flores propias se adornan de orquídeas fantásticas...

Maeterlinck, que me oye á menudo hablar así, me dice sonriendo con su sonrisa de niño:

—Vamos á morir allá...

Pero no es aquella una comarca para morir, sino para vivir. Con su exuberancia de savia, el suelo guatemalteco tiene algo de paradisíaco, en el sentido bíblico de la palabra. Su atmósfera está siempre impregnada de vida, de deseos, de voluptuosidad y de bienaventuranza. Los mismos temblores que, de siglo en siglo, destruyen sus pueblos, son las demostraciones trágicas del fuego vivificador de sus entrañas.

Volviendo á mi purísimo idilio inicial, que muchos años más tarde había de reanudarse en condiciones muy distintas, debo decir que fué Rosa quien me inspiró mis primeras páginas literarias. Para consolarme de no verla, escribíale cartas sentimentales y patéticas que no la enviaba nunca y en las cuales hacía, como el burgués de Molière, prosa lírica sin saberlo. Uno de estos billetes fogosos cayó un día en manos de mi padre, quien lo leyó sonriendo indulgentemente. Después de su lectura, lo oí murmurar en tono afectuoso y burlón:

—¡Qué precocidad la de los chicos de esta época!... En mi tiempo no íbamos tan de prisa...

Si entonces hubiera yo conocido la *Vita Nuova*, lejos de avergonzarme, como me avergoncé, de comenzar tan temprano á hablar de los transportes de mi alma, hubiérame sentido

humillado al comparar mis doce años bien cumplidos, con las «nueve veces que diera la vuelta total la esfera celeste» desde la noche en que Dante vino al mundo hasta la mañana en que se encontró con su Beatriz. Más tarde, leyendo la confesión del altísimo poeta, tuve el doble consuelo de notar que ni la timidez que me había obligado á callar, ni la edad en que comencé á sentir hondas pasiones, eran fenómenos singulares. «Cuando la conocí—dice el Alighieri—no era aún entrada en sus nueve años, que entonces yo acababa de cumplir. Al aparecerse á mi vista con nobilísimo aspecto, vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y adornada cual convenía á sus juveniles años, sentí que el espíritu vital que en lo recóndito del corazón tiene su morada, comenzó á latir con gran fuerza en mi pecho y recibió honda impresión todo mi organismo, cual si yo interiormente me dijera: *Ecce Deus fortior me qui veniens dominabitur mihi.* Desde entonces el espíritu animal que reside en el punto donde toda sensación es percibida, pareció maravillarse grandemente y dirigirse á los ojos para decirles: *Apparuit jam beatitudo vestra.* Y á su vez el espíritu natural que tiene su asiento hacia donde el alimento corporal se elabora, sintióse movido á llanto y prorrumpió diciendo: *Heu miser! quia frecuenter impeditus ero deicenps!* Y en verdad que desde entonces puedo decir que el Amor se

enseñoreó de mi alma, uniéndose tan íntimamente á ella y tomando sobre todo mi ser tal ascendiente, en virtud del mismo vigor que mi imaginación le comunicaba, que me sentí forzado á prestarle completa obediencia.» Cito esta página, porque en ella encuentro el programa de vida sentimental que mi corazón se trazó, sin ayuda de mi voluntad, á los doce años. Como Dante, en efecto, yo no he dejado de amar un solo día de mi vida... Como Dante, no he vivido sino para cultivar, lleno de fuego y de ternura, una insaciable quimera... Como Dante, en fin, he cometido más de una vez la hipocresía de «llamar corazón al apetito»...

Verdad es que, en el curso de la existencia, mi Beatriz ha cambiado á menudo de nombre, de rostro y de alma. Pero, en el fondo, si no he podido ser constante al amar á una mujer, lo he sido al amar el amor sobre todas las cosas y al «prestarle completa obediencia»...

II

MI PADRE Y MI MADRE

La mezcla de timidez y de osadía, de travesura loca y de sensibilidad casi enfermiza que había en mi temperamento, nadie la notaba, salvo mi madre, que, de un modo confuso, con el instinto más que con la razón, atribuía mi carácter afectuoso, mis fervores precoces, mi suavidad risueña, á virtudes profundas heredadas de ella, y achacaba mis violencias y mis caprichos á la influencia de las malas compañías y á la educación que mi padre me daba, mimándome con exceso. Algunas mañanas, cuando yo iba á despertarla y me arrodillaba ante su cama para acariciar sus largas manos aristocráticas, mirábame tristemente y trataba de demostrarme que todas mis desgracias me venían de la debilidad de mi señor papá... Porque á los trece años yo tenía ya una historia lamentable, un renombre peligroso y un porvenir comprometido... Me ha-

bían echado de tres colegios por faltas graves contra la disciplina... Me habían prohibido que entrara en la casa de mis primos porque les daba mal ejemplo... Me habían roto más de una vez la cabeza... Y hasta me habían llevado, una noche, en compañía de otros chicos endemoniados, á la comisaría.

—Todo eso te pasa porque no quieres estudiar...

Yo contestaba:

—Mamaíta de mi alma: pero si mi pobre papá, se ha pasado la vida estudiando y apenas tiene con qué vivir...

Y era exacto. Mi padre, que consagró toda su larga existencia á la gramática, á la filosofía, á la historia, á la jurisprudencia, tuvo que luchar contra infinitas dificultades materiales. Sin energía, sin ambiciones, soñando siempre un sueño algo vago de bienaventuranza tranquila, olvidábase de lo positivo para consagrarse á presidir academias, á dirigir revistas, á escribir obras graves. Los anales de la colonia no tenían para él misterios. D. Pedro de Alvarado era su amigo más íntimo, y Bernal Díez del Castillo le confiaba sus secretos. Mas cuando llegaba el fin del mes, nunca sus sueldos bastaban para pagar las cuentas de la casa. Notando los apuros de mi hogar, yo los atribuía á una especie de maldi-

ción que debía pesar sobre los hombres incautos que se consagran á la sabiduría. Todas las piezas del proceso ideológico que mi cabeza instruía contra el estudio, contribuían á fortificar mi odio contra los libros. Entre mis parientes, los que tenían fortuna eran los que no sabían nada, los que se reían de las letras cual de una chifladura. Entre mis amiguitos, los más ricos eran hijos de comerciantes. Y así, poco á poco, acabé por decirme que el único camino seguro para llegar á la riqueza era el del comercio. Sólo que, ¿cómo hablar de eso á mi padre, que llamaba horteras á los dueños de las mejores tiendas de la calle Real, y que no perdía oportunidad de sacar á relucir su noble abolengo castellano? Un Carrillo de Albornoz, según él, no podía ser sino capitán en Flandes, canónigo en Toledo ó académico en Madrid. ¡Lo que aquel ingenuo orgullo nos costó de pobrezas, de disputas y de humillaciones...! Mi madre, aunque también de ilustre abolengo, decía:

—Agustín, nota que tienes hijos y que con tus pergaminos no has de darles de comer... Si quisieras dejar de ser conservador y acercarte al partido liberal, podrías llegar á ministro... ¿Qué te dan á ti esos viejos marqueses por los cuales te comprometes...?

Mi padre, muy suave, contestaba:

—Ten paciencia, mujer... Las cosas han de cambiar un día ú otro... La gente de orden ha

de recobrar el poder... Y entonces ya verás lo que esos marqueses, como tú dices, me ofrecerán...

—Entretanto...

—Entretanto, ya lo ves, vamos viviendo con decencia, sin pedirle nada á nadie. No sólo de pan vive el hombre... ¿Preferirías, acaso, ser la esposa de uno de esos jacobinos que se han enriquecido usurpando los bienes de la Iglesia, á llevar mi nombre?...

—No se trata de eso... Lo que me apena es ver que nunca salimos de nuestros apuros... que nunca llegamos al fin del mes sin pedir fiado...

—Con trabajar un poco más...

—¡Si trabajas muchísimo!... Lo que sucede es que trabajas sin fruto en un país que no necesita literatos, sino agricultores, comerciantes... ¡Si yo hubiera sido hombre...!

—Habrías hecho como yo... No te calumnies... Eres la más santa de las mujeres... ¿Te sientes acaso desgraciada?...

—No... me siento inquieta... me siento atormentada... Tenemos tres hijos, Agustín...

—Mira, Josefina: ahora justamente creo que el nuevo tomo de mi historia colonial va á ser un gran negocio... De todas partes me lo piden...

—¡Las eternas ilusiones!...

Mi buen papá, en efecto, vivió siempre de

quimeras. Feliz en su pobreza, supo, hasta el último día de su existencia, desdeñar las riquezas con un estoicismo risueño. Como no tenía más vicio que el de soñar y el de estudiar, no notó nunca lo necesario que es el dinero. Cuando cobraba sus sueldos, los llevaba á su casa, sin desdoblar siquiera los billetes que recibía, y luego, si alguna vez tenía necesidad de un duro para hacer una limosna, se lo pedía á la cocinera. En su admirable optimismo, jamás quiso abrir los ojos ante ningún espectáculo desagradable. Todo el mundo parecíale muy bueno. A todas horas sonreía finamente, engalanando lo que tocaba con flores de exquisita erudición. A los mismos jacobinos, sus enemigos, encontrábales excusas en la historia de Atenas, y cuando les hablaba trataba de convencerlos de que, andando el tiempo, ellos también llegarían á convertirse en una aristocracia conservadora para defender sus conquistas contra los nuevos aluviones sociales. Y tal era su prestigio de pureza, tan grande era su encanto personal, que en un país dominado por los odios mezquinos, por las envidias pequeñas, por los rencores de clases, todos lo respetaban y lo querían, sin atreverse siquiera á contradecirlo cuando predicaba contra las nuevas costumbres y las nuevas ideas.

—Si fuera un poco más práctico — murmuraba mi madre—, sería el hombre perfecto.

En el fondo ella también tenía un gran orgullo de su situación especial, de su nombre que era símbolo de modestia altiva, del desinterés absoluto que todos la reconocían; y hasta estoy seguro de que si un hada le hubiese preguntado si quería que su esposo se convirtiera de pronto en comerciante para enriquecerse, habría contestado que no. Adorándolo ciegamente, no se quejaba, en realidad, de la falta de dinero, sino por sus hijos, á quienes hubiera deseado educar como príncipes. Pero ni este mismo amor la llevó jamás á reprochar á mi padre el único engaño de que la hizo víctima, y del cual ella me habló mucho más tarde, llorando de ternura.

—¿Te acuerdas—me dijo un día—, te acuerdas de aquellos tiempos difíciles en los cuales apenas teníamos en casa lo indispensable para vivir?... Tu papaíto entonces hubiera sido capaz de no mudarse de traje en un año, de no fumar nunca, de no escribir siquiera una carta, por no disminuir los recursos del hogar. Mas en cambio encontraba muy natural que sus hijos se privasen un poco, para que los hijos de su hermano Salvador, que se habían quedado huérfanos en el Perú, no se murieran de hambre. En secreto, cada mes empleaba el sueldo de una de sus colaboraciones en comprar un giro de treinta duros para sus sobrinitos. Yo lo sabía. Nunca me di por enterada, sin embargo, hasta

que un día averigüé que su colaboración destinada á la caridad no le había sido pagada. Restar treinta duros de nuestro presupuesto era desequilibrarlo por completo. No obstante, al recibir el dinero, le dije: «Agustín, este mes quiero que te guardes ciento cincuenta pesetas para comprarte cositas que te hacen falta. Yo me arreglaré con lo que queda.» El pobre comprendió y se echó á llorar abrazándome. Luego me preguntó: «¿Crees que hago mal en quitarles algo á nuestros hijos para ayudar á los de Salvador?» «Haces muy bien», le contesté. Él se puso serio, y después de meditar un largo rato, exclamó: «Te juro que voy á tratar de ganar mucho... Por ustedes haría yo cualquier cosa, menos robar.» En seguida, muy triste, muy triste, me dijo como un niño que confiara su más grave pecado: «Lo malo, Josefina, es que yo no sé de dónde puede un hombre honrado sacar dinero...»

Esta ignorancia, mi buen papaíto la conservó hasta el fin de sus días. Lo que él ganaba, era casi á su pesar, y hasta puedo decir, seguro de que su sombra me aprobará con una sonrisa suave, que casi era de limosna. Sus amigos poderosos, grandes admiradores de su pureza, de su hidalguía, de su talento, de su erudición, obtenían para él cátedras, comisiones de archivos, encargos de memorias oficiales, puestos públicos relativamente alejados de la política. Él lo

aceptaba todo, no como un regalo, sino como un deber, trabajando doce horas diarias sin cansarse, feliz de no salir de la esfera de sus estudios, orgulloso de su fecundidad, contento de su suerte humilde.

—Ya ves que no hay nada mejor que las letras—decía, lleno de júbilo, cuando, en ciertos meses pingües, podía entregar á su esposa algunas mil pesetas.

En un momento de crisis municipal, después de una época de desfalcos que habían dejado exhaustas las arcas de la ciudad, el pueblo, que buscaba un hombre honrado, escogiólo como alcalde.

—No me extraña — le dijo mi madre —. En todo el país no hay más que un puesto sin sueldo, y ese es el que te dan á ti...

—¡Pero el honor, mujer!... Y además, se trata de salvar al pueblo de la miseria...

Para salvar al pueblo, el Municipio había decidido emitir unas minúsculas cédulas fiduciarias de 25 y 50 centavos, que debían llevar, como garantía, la firma del alcalde. Mi padre empleó semanas y semanas en poner su nombre en aquella infinidad de papelitos, que tuvieron un éxito inmenso y que conjuraron el conflicto de la «plata menuda». ¡Lo orgullosa que estaba toda mi familia! Hasta mis tíos ricos, que antes

nos desdeñaban por pobres, llegaron á buscarnos para poder tener palcos en el teatro y entrada en el hipódromo. Ser parientes del señor Burgomaestre, tenía su importancia, hace treinta años, en Guatemala. ¡Y era tan decorativo, era tan popular el nuevo preboste!... Con sus grandes bigotes rubios y sus ojos azules é infantiles, con su levita negra, siempre abotonada militarmente, con su chistera de amplios bordes y con su bastón de mando cuyas borlas negras hacían resaltar el oro del puño, aquel señor parecía, al presidir los cortejos populares, un personaje de Van Eyck ó de Van der Weiden, á la cabeza de un desfile de comuneros.

Pero, ¡ay!, la aventura municipal acabó de una manera lamentable y grotesca. Cuando la casa de la moneda hubo terminado la acuñación de las nuevas piezas de plata, fué preciso recoger los doscientos mil pesos de cédulas.

—Las que se han destruído ó perdido—pensaba mi padre—dejarán un beneficio al Municipio. Yo calculo que siempre habrá unos veinte mil pesos menos en papelitos... Hemos hecho un buen negocio...

¡Cuál no fué su asombro al ver que, por el contrario, las cédulas se habían multiplicado de un modo milagroso! En vez de doscientos mil duros, se encontraron trescientos mil. Y todos llevaban la firma del señor alcalde... todos estaban sellados con el mismo sello... todos estaban

grabados en la misma piedra... En su inocencia incurable, mi padre no quería dar crédito á la noticia, y exigía una revisión de los malditos papelillos. El tesorero municipal, hombre práctico y escéptico, contestábale:

—No vale la pena, don Agustín... Hemos contado bien... hemos examinado todo en el laboratorio... Los falsificadores han sido muy hábiles. Es preciso reconocer la deuda...

—Pero mi firma, ¿cómo han podido hacer mi firma? Yo he visto las cédulas que usted considera falsas, y le aseguro que están firmadas por mí.

—No, señor... La firma es la misma, pero la tinta no lo es... Las falsas llevan su nombre litografiado... No hay nada tan fácil...

—En ese caso no me queda más que un recurso...

—¿Cuál, señor alcalde?...

—Pagar de mi bolsillo los cien mil duros que sobran.

La vaciedad del bolsillo de mi pobre padre era tan conocida cual la rectitud de su alma.

—No piense usted en eso—exclamó el tesorero—. Ya el Consejo, en su junta de esta mañana, ha votado una orden del día rindiendo homenaje á su honradez y pidiendo al Estado que le permita reconocer el aumento de la deuda.

—No... no... yo no puedo consentir... Puesto que el responsable soy yo, yo pagaré... venderé

mi biblioteca, hipotecaré mi propiedad literaria... No sé lo que haré... Pero pagaré...

Y tanto insistió, que fué necesario que el Municipio y el Gobierno tomaran cartas en el asunto, para convencerlo de que un alcalde no es responsable del papel moneda que emite una tesorería municipal.

—Puesto que usted no ha manejado nunca esos fondos—decíale el ministro de Hacienda—, ¿qué culpa puede caberle en el asunto?... Es como si yo tuviera que pagar los billetes nacionales que se falsifican...

—Me inclino ante la voluntad de todos—acabó por decir.

Pero todavía veinte años después, cuando hablaba de la aventura, solia murmurar:

—No cien mil, sino quinientos mil pesos habría dado yo para salvar mi honor.

A lo cual mi madre, tiernamente, contestaba:

—Ya se conoce que no has visto nunca juntos más de mil duros...

III

EN EL COLEGIO

Cuando al cumplir yo los catorce años mis padres se dieron cuenta de que no sabia más que leer y escribir, decidieron encerrarme como interno en un colegio. Era necesario domarme, según parece, y como entonces el Instituto Nacional de Guatemala estaba dirigido por un marino español que tenía fama de gran energía, en sus manos de domador acordó mi familia ponerme. Al oir mi sentencia no sentí ninguna pena. Con dedos ligeros hice mi baúl, y sin una queja, sin una protesta, dejéme llevar al encierro. El lobo de mar convertido en dómine de novela picaresca, recibióme armado de una arcaica férula y me examinó en silencio con sus ojillos grises, que brillaban, cómicos y amenazadores, á través de unos enormes quevedos redondos. Desde luego comprendí que entre aquel señor y yo, no podría jamás existir la menor simpatía.

El deseaba evidentemente inspirarme el santo y saludable terror que constituyó siempre su principio pedagógico. Yo no sentía, viendo su rostro de lechuza, sino unas ganas terribles de reir. Muchas veces, más tarde, ante ciertos matamoros con los cuales tuve necesidad de batirme en duelo y que se figuraban poder impresionarme adoptando actitudes feroces, sentí renacer aquella mi primera sensación de risa, y si, por respeto á lo que se llama «el terreno del honor», no solté nunca una carcajada, al menos tuve el gusto de sonreir ciranescamente, contando las estocadas. Mas frente á mi futuro domador, no podía, no quería reir. Le había prometido á mi madre ser bueno, ser humilde, ser estudioso, ganar el tiempo perdido en andanzas callejeras... Le había enjugado las lágrimas con mis labios, jurándole que en un par de años haría mi bachillerato... Y dispuesto á cumplir mi palabra, me incliné respetuoso ante la mirada escrutadora del hombre de la férula y esperé sus consejos. «Al fin y al cabo—me dije—no ha de comerme.» Con los lentes me devoraba, midiéndome, pesándome, buscando lo que había en mí de débil, sondeando mi almilla clara, que de seguro á él antojábasele tortuosa. Al fin, esforzándose por parecer más desagradable de lo que era, hablóme de esta guisa:

—Caballerito, entra usted en nuestras aulas precedido de una reputación poco envidiable, y

si se le recibe á usted es por el gran respeto que á su hidalga familia se le debe. No ignoro que es usted díscolo, pendenciero, desaplicado, orgulloso, y no agrego nada más por no ser prolijo. El padre Solís, un santo sacerdote, tuvo que expulsarle á usted de su colegio; lo mismo que el señor Esponda de su liceo. Tal vez viene usted aquí con la esperanza de hacerse también expulsar para ir á proseguir su carrera de vago. En ese caso, le prevengo que se equivoca usted. De aquí saldrá usted regenerado, aunque para lograrlo le sea necesario derramar lágrimas de sangre... Escúcheme usted bien...

Mientras el dómine pronunciaba así su pavorosa catilinaria, yo, en vez de temblar, contemplaba un inmenso atlas histórico que tapizaba los cuatro muros de su despacho. Confusamente reconocía las barbas de los faraones, las cabelleras hirsutas de los profetas, las blancas túnicas de los apóstoles... Mi alma, predestinada á las largas romerías orientales, gozaba ante las vistas del desierto, ante los alminares de las ciudades musulmanas, ante las palmeras que reflejaban sus penachos en ríos color de rosa.

Sin notar mi desdén, el señor domador seguía hablando y mezclaba los consejos á las amenazas... Era preciso, según su teoría, renunciar á toda voluntad y someterme en carne y en espíri-

tu, como los militares y los monjes, á la obediencia ciega.

—¿Qué sería del orden social sin la disciplina?—gritóme de pronto poniéndose en pie y alzando su férula cual una antorcha.

Por decirle algo y por cumplir mis promesas de santa humildad, le dije:

—Es cierto, señor director... Yo haré todo lo que usted me ordene, y si Dios me ayuda, ganaré el tiempo perdido.

Suavizándose preguntóme:

—¿Es usted muy religioso?...

Creyendo mentir, contestéle:

—Mucho...

—Bueno, no me meto en eso; aquí la enseñanza es laica... Nada de capellanes... Cada uno su conciencia... Vamos á que le presente á sus profesores...

Cómo transcurrió para mí el primer día de encierro, no lo sé... Automáticamente pasé de una sala á otra sala, de una clase á otra clase, de un patio á otro patio... En todas partes encontraba las mismas caras, las mismas sonrisas hostiles, las mismas curiosidades irónicas. De manera confusa dábame cuenta de mi fama, que era una mala fama. Pero todo aquello no me importaba, no me llegaba al fondo del alma, casi no tenía nada que ver conmigo. Más que en

un mundo real, figurábaseme estar en un universo imaginario, rodeado de fantasmas de todos tamaños y de un solo color gris, opaco, monótono. Ahora mismo, tratando de evocar aquel hormiguero humano, no distingo, fuera de la caricaturesca silueta del director, sino un largo desfile de fantasmas, altos y flacos unos, envueltos en levitas descoloridas; otros pequeños; otros más pequeños aún. Y todos medrosos, todos obsesionados por la férula del dómine supremo, todos dispuestos á temblar sin rubor en cuanto oían la voz agria que los hacía moverse cual muñecos. Yo no había leído nada en aquel entonces y sólo tenía de la existencia una noción sentimental y salvaje, en la que se confundían las imágenes suaves de las chicas bonitas, con un instintivo desdén por la seriedad de los hombres formales. En el fondo no creo haber cambiado mucho andando el tiempo... Hoy como ayer, á pesar de mis penas, de mis meditaciones, de mi experiencia y de mis canas, no logro dar una importancia muy grande á las cosas que preocupan en general á los hombres. Sólo que hoy mi sonrisa suele ser amarga, mientras hace treinta años era fresca y alegre, ó suavemente melancólica. Ni el lobo marino que de tan mala manera me recibió, pudo inspirarme odio. Yo me daba cuenta de su injusticia, de su crueldad de su falta de razón. Yo le juzgaba indigno de inspirar cariño. Sin embargo, no me parecía

detestable, sino grotesco, y en vez de odiarlo, le tenía algo de lástima. Sin saber por qué, estaba seguro de que sus manos peludas no se atreverían nunca á golpearme...

Pasaron ocho días, diez días... Yo me sometía mecánicamente á los reglamentos, haciendo lo que hacían los demás. Mis profesores, que conocían mi renombre de travesura y que esperaban mi primer desmán para tratarme «con una dureza militar», parecían algo desconcertados ante mi obediencia franciscana. El director mirábame de reojo con mayor interés que á los demás alumnos. En cuanto á mis compañeros, pasado el primer movimiento curioso, me consideraron como á cualquiera otro, como un número más, como una nueva víctima de la suerte. Yo mismo apenas le daba importancia á mi situación, y creo que ni siquiera sufría mucho del encierro. La idea que poco á poco había penetrado en mi cabeza de que era indispensable estudiar para llegar á ser algo, animábame en mi tristeza de prisionero y me obligaba á asistir á los cursos con un vivo interés. La geografía me apasionó desde luego en sus rudimentos de continentes, ríos, cabos, islas y océanos. La historia también con sus héroes, y también la física con sus secretos. Sólo la gramática me aburría casi tanto como me aburre ahora á causa de su in-

utilidad teórica y de sus complicaciones absurdas. Al tercer día de clase, uno de mis maestros me dijo:

—Póngase en pie y dígame lo que expliqué ayer.

Tímidamente, sin seguridad en la voz, le recité su propia lección en los propios términos que él había empleado. Mi memoria era grande y mi atención no desmayaba. Habíame propuesto hacer mi bachillerato en dos años y creo que lo hubiera conseguido, á no ser mi mala suerte que había decidido, en sus misteriosos designios, que yo no tuviera nunca un título académico. Más tarde, es cierto, la Academia Española de la Lengua se sirvió elegirme miembro correspondiente. Entonces fué mi mal carácter el que tuvo la culpa de que tamaño honor, que á todos les dura hasta la muerte, á mí no me durara sino unos meses. Por no ser colega del señor Cotarelo, en efecto, puse mi dimisión, y la docta compañía, indignada, decidió, «en vista de que no había precedentes de un acto igual», no tomarla en cuenta y borrarme de la lista de sus miembros. Por descuido no más, ese pobre nombre mío sigue figurando en las primeras páginas del léxico oficial, entre los de algunos uruguayos doctos y algunos castizos mexicanos. Lo que me hubiera interesado, en todo caso, era ser bachiller, nada más que bachiller, ya que así se lo había prometido á mi mamá...

¡Mi buena mamaíta...! Ella fué, sin quererlo, la causa de mi gran desgracia universitaria...

Un jueves, en efecto, el inspector de la sala de estudio se acercó á mi pupitre y me dijo:

—Salga al locutorio; doña Josefina lo llama.

Corrí hacia la fría estancia de nuestras recepciones y me senté en el suelo, á los pies de mi madre, como lo hacía antes en mi casa, como lo he hecho más tarde, tantas veces. Ella me acariciaba los rizos castaños y me hablaba, lentamente, de nuestro hogar, de nuestra familia, de nuestras flores. Yo la oía y la contemplaba, palpitante de triste júbilo, jadeante de emoción. Jamás me había parecido tan bella con sus dos grandes ojos de ámbar, que nunca se abrían completamente, como para no dejar escaparse el dulce sueño que acariciaban; con su boca á la vez triste y burlona; con su cabellera ondulada de un extraño color de hierro enmohecido; con su óvalo largo y pálido siempre muy triste. ¡Cuánto amaba y cuánto admiraba yo á mi madre! Observando mis mimos, mi hermana Luz solía decirme: «Tú estás enamorado de mamá.» Y era cierto. Había en mí algo más que un amor de hijo por aquella divina mujer, había un fervor algo celoso, una ternura infinita, un entusiasmo místico, que me hacía besarle las manos durante largos instantes sin pronunciar una

palabra. Y como aquella tarde, en la penumbra del locutorio, su gracia de madona parecíame más admirable que antes, yo se lo decía tratando de hacerla reir. Pero ella conservaba su tristeza y pronunciaba frases que me llegaban al alma.

—No sé—murmuraba—si he sido buena ó mala al encerrarte aquí... Tú no quieres quejarte por no aumentar mis remordimientos... Yo siento, sin embargo, que no puedes ser dichoso en esta cárcel... Por la noche, cuando me acuesto, se me figura que te veo llorar en tu cama y tus lágrimas me torturan... No me ocultes nada...

Yo no era desgraciado. Mas aunque lo hubiera sido, jamás lo habría confesado ante tanta pena. Así, pues, riendo, bromeando, le juré que me hallaba en el colegio mejor que en ninguna parte. Luego, solemnemente, cómicamente, agregué:

—Dentro de dos años seré bachiller y hasta doctor, si tú quieres...

Ella se marchó consolada y yo me dirigía cabizbajo hacia mi sala de estudios, cuando el terrible dómine de la férula salió á mi encuentro y con voz dura exclamó:

—¿Cree usted que esa es manera de sentarse en una aula...? Aquí no estamos en el campo... ¿No sabe usted para qué se han hecho las sillas...? Otra vez que lo vea á usted acurrucado como un perro, le impondré el castigo que merece...

Yo tenía el corazón tan lleno de la imagen de mi madre, que ni siquiera me sentí herido por tales palabras. Sin contestar inclinéme y seguí mi camino, melancólico...

En la tarde de aquel día, en los instantes sublimes en que el cielo del trópico se ilumina de luces color de rosa y color de oro, sentíme tan triste, tan aislado en medio de mis compañeros, que por primera vez experimenté esa lástima de mí mismo que luego, en la vida, me ha causado tantos ratos de amargura. Exaltando mis males íntimos con orgullo diabólico, decíame á mí mismo, como si me dirigiera á un ser sin consuelo:

—Es cierto que no hay en el mundo nadie tan infeliz como tú... Eres prisionero y te hallas rodeado de enemigos que te detestan... En vano cierras los ojos para no darte cuenta de las envidias que inspiras, de los rencores que suscitas... ¿No notas que te has convertido en el blanco de todas las malas miradas...? Pobrecito de ti... Por más esfuerzos que hagas, jamás lograrás pasar desapercibido cual tus otros compañeros... Llevas en ti una maldición astral que te coloca siempre en el centro del Universo para que los demás seres giren á tu derredor señalándote con el índice airado...

Hablándome así, exasperando así mi vanidad

adolescente, acariciando así mis nervios enfermizos, llegué á sentirme el pecho cargado de sollozos, el corazón lleno de lágrimas, y para no dar el espectáculo de mi dolor á los niños que jugaban en el patio, refugiéme en un lejano jardín hasta el cual llegaban, por encima de unas viejas tapias coloniales, los ruidos vespertinos de la calle, con sus divinas tentaciones de libertad. Instintivamente mis ojos llorosos contemplaron la escalerilla del jardinero... Pero la imagen de mi madre apareció entre un ramillete de laureles floridos, recordándome mis promesas de sumisión, y mis miradas huyeron en el acto de las imágenes de independencia... Era preciso resignarme, callar, soportarlo todo, estudiar, ser bachiller... Al fin y al cabo, aun en el caso de escaparme, ¿adónde demonios podía ir...? En mi casa, á pesar del amor de mis padres, mi existencia sería imposible. Pensar en otro colegio más suave, más humano, sin férula, sin lobo marino, sin atmósfera de miedo, resultaba ilusorio. ¿Qué colegio había, del cual no me hubiesen expulsado...? Y renunciar al estudio era como renunciar á la vida, al porvenir, á la ventura tranquila... Para alejarme de los malos pensamientos, para no oir las voces callejeras que parecían decirme: «ven, ven, tú no has nacido para vivir en la cárcel», decidime á volver hacia el patio donde jugaban mis compañeros. Al llegar al fin del jardín encontré la verja ce-

rrada. Y sobre la verja leí un letrero verde que rezaba: «Queda prohibido, bajo pena de cuatro domingos sin salida, penetrar en el parque...»

¿Qué hacer ante aquella nueva desgracia inmerecida...? Mi juicio sereno aconsejábame llamar, excusarme invocando mi ignorancia de la dura ley, inclinarme bajo el sino fatal, sufrir el castigo que me amenazaba... Pero al mismo tiempo mi instinto comprendía que era en vano luchar contra la suerte; que había algo de providencial en la existencia que me impedía y me impediría siempre seguir el camino ordinario por el cual llegan los hombres á la meta de sus anhelos; que todos mis esfuerzos se estrellarían un día ú otro contra algún inesperado rompiente... «¿Para qué oponerte á lo inevitable—decíame una voz misteriosa y amarga—, para qué atormentarte en peleas estériles contra lo que está escrito en el libro de tu sino, para qué ir contra la corriente que ha de llevarte, quieras ó no, hacia donde debes ir...?» Y á medida que las iluminaciones del ocaso se apagaban, los ruidos de la calle crecían como para aumentar mis tentaciones de libertad. Figurábame que entre aquellos muros me faltaba aire. Tenía urgencia, una urgencia física, de respirar fuera del colegio, de correr, de ir en busca de aventuras, de ver rostros felices, de reir, de vivir,

en suma. ¡La vida...! Ha sido siempre mi pasión desenfrenada. Por vivir, por no tener lazos que me aten á un solo sitio, he renunciado mil veces á situaciones envidiables. Pero ningún paso loco me ha costado nunca tanto cual aquel primer salto que me alejó de mis ensueños de bachillerato. «Resígnate, domínate, hazlo por mí», murmuraba en la penumbra, entre los laureles y los rosales, la imagen pálida de mi madre. En mi alma salvaje y tierna, los sentimientos encontrados daban una batalla desgarradora. Yo era el centro del mundo á mis propios ojos, y todo giraba en torno mío. Si el sol se escondía era para proteger mi fuga... Si la escalerilla del jardinero estaba ahí era porque una mano de misterio la había querido colocar al alcance de mis manos. Si la calle cantaba era para celebrar mi independencia. Si la cancela del patio estaba cerrada era porque Dios, pensando en mí, sólo en mí, lo había decidido así... No pude más. Me subí á la tapia, esperé un momento en que no pasaba nadie y me dejé caer. Ni un solo segundo tuve miedo de romperme las piernas. La Providencia, que no sabía ayudarme á ser formalito y estudioso, tenía que protegerme en todas mis empresas aventuradas. Al levantarme del suelo, algo magullado, murmuré: «libre, libre». Y en mi ansia perpetua de independencia, fui feliz un instante.

IV

A PIE POR LOS CAMINOS

A través de los años transcurridos, me veo aquel día de mi huída del colegio, al anochecer, perdido por las calles de Guatemala y sin acertar adónde dirigirme. Desde luego ir á mi casa era imposible. ¿Qué me habría dicho mi padre, á pesar de su bondad? Y mi madre, que algunas horas antes habíame dejado lleno de buenas resoluciones, ¿cómo me hubiera recibido?... Todos sus sueños de porvenir, todas las esperanzas que acababa de poner en mis promesas de seriedad, desvanecíanse de pronto, por culpa de mi última locura. Pensando en eso, estuve á punto de volver al Instituto y de entregarme al capricho vengador del dómine. Pero, lo confieso, tuve miedo, no de él, sino de mí; tuve miedo de no poder soportar una injuria, un golpe. Y así, decidido á no ir ni á mi hogar ni á mi presidio, seguí andando sin rumbo fijo por los lugares menos concurridos, huyendo de la luz y de la gente.

Más tarde, en mis años de bohemia madrileña y parisiense, he pasado otras noches sin tener dónde dormir. Ninguna, nunca, me pareció tan larga, tan cruel como aquella primera en que sentí la miseria de una existencia sin objeto, sin paz, sin amor. Porque yo me figuraba que todo el porvenir me estaba cerrado y que mi vida sería la más triste, la más pobre de las vidas. ¿Para qué podía yo servir, en efecto? ¿Qué sabía hacer? ¿En qué iba á trabajar? Vagamente, veíame convertido en amanuense de algún ministerio, envejeciendo entre papeles, ó empleado como dependiente de tienda... Y me decía:—«Sí; serás cualquier cosa, con tal de no pesar sobre tu familia; te resignarás en silencio á las faenas humildes... Pero no aquí, no en el pueblo en el cual has sido un señorito... Hay que emigrar». Luego, una vocecilla amarga é irónica preguntábame: «¿Emigrar?... ¿Con qué?... ¿Has contado siquiera el dinero que llevas en el bolsillo?...» Mi madre habíame regalado, al despedirse en el locutorio, un duro. Era mi capital. Para comenzar á gastarlo, entré en un café desierto y pedí un vaso de cerveza. El camarero me examinó y me dijo: «No podemos servir á los menores.» Cierto... yo era casi un niño y no me daba cuenta de ello. En una tienda de ultramarinos compré un panecillo, una butifarra, un pastel, y me fuí á sentar en un banco de la plazuela del Teatro para cenar sin apetito. «¿Qué

maldición me acompaña?—pensaba—, ¿qué dios me persigue?... ¿por qué no soy como los demás, como mis primos que saben tanto, como mis amigos que vegetan felices en sus casas?...» La idea del suicidio pasó por mi cabeza exaltada, y en vez de acariciarla, la rechacé en el acto con heroica cobardía. ¿Morir?... No; jamás... En medio de mis dolores, algo, en el fondo de mi ser, hacíame amar la vida, desear la vida.

De pronto sentí que una mano me tocaba el hombro. Era un chico de mi «tropa», el hijo de un zapatero gallego, que me gustaba por lo bravo, por lo endiablado, por lo afectuoso.

—¿Tú aquí?... ¿Ya no estás en el Instituto?

Y sin esperar mi respuesta, agregó riendo á carcajadas:

—Estoy seguro de que te has fugado...

Le conté mi aventura y le pedí un consejo. Él reía, reía, contento de ver que yo era siempre el mismo, satisfecho de sentir que, á pesar de lo que le decía su padre, no me había corregido.

—Si te vas al Salvador—exclamó al fin—yo me voy contigo... Yo ya no tengo paciencia para aguantar á mi familia.

—¿Y cómo irnos?

—A pie... Esta noche me robo en casa el dinero que encuentre y mañana mismo nos po-

nemos en camino... Uno de los obreros de la zapatería ha venido así y no ha puesto más que quince días en el camino... ¿Te decides?

No tuve un momento de vacilación.

—Mañana nos vamos—le dije.

El me dió cita en el mismo sitio y se marchó sin preocuparse siquiera de que yo no tuviese en dónde dormir. Aunque la verdad es que lo menos necesario para mí, en el estado en que me hallaba, era una cama. No sentía ni sueño ni cansancio; sentía, al contrario, una necesidad febril de andar, de respirar, de perderme, de huir de mi tristeza, de embriagarme con algo. Mi primera copa de aguardiente, una copa «doble», de á real, ancha y chata, la tomé aquella noche en una cantina sórdida, sin hacer una mueca, como un borracho acostumbrado á los grandes tragos. «Ya no hay niños»—murmuró con desdén, mirando mi cara, la cantinera. Y luego, hablando consigo misma, agregó: «Lástima que un muchacho tan guapito tenga vicios». Yo saboreé el piropo y continué mi camino cual un autómata, rumiando las mismas ideas amargas y llorando mi porvenir perdido. ¿Cuántas veces pasé delante de mi casa, cuántas horas me detuve al pie de la reja del cuarto de mi madre, tratando de oir algo, de ver algo?... Todo mi cuerpo temblaba de terror al pensar que podía, de pronto, abrirse la ventana. Y al mismo tiempo, no lograba alejarme mucho. En

la plazuela de una iglesia, corté algunas florecillas y las eché, una por una, en el buzón de mi puerta. Mi mamaíta me dijo más tarde que, al verlas, había adivinado que eran mías, y que eran para ella; y abriendo un devocionario, me las enseñó, secas y descoloridas. «¡Las veces que las he besado!»—murmuró enternecida.

Antes de la hora de la cita, ya estaba yo en el mismo banco donde había cenado la víspera. El aire de la mañana refrescó mi cabeza, disipando casi por completo mis negras cavilaciones. Por primera vez, sentí entonces un extraño fenómeno que luego se ha repetido en el transcurso de mi vida en todas las circunstancias graves. «Puesto que es preciso—pensé—no hay que atormentarme». En el acto, por ensalmo, mis dudas desaparecieron y lo que antes se me antojaba imposible, loco, absurdo, casi criminal, presentóseme como lo más fácil, lo más agradable y lo más útil del mundo. Mi porvenir mismo aclaróse á la luz del alba blanca. En San Salvador podría trabajar, podría llegar á ser un hombre, y, quién sabe, hasta podría hacer fortuna para rodear á mi famila de lujo. En mi entusiasmo, formulé un voto que no pude cumplir sino más tarde, en París, y fué el de enviar á mi madre, aunque me quedara sin comer, los primeros dineros que ganase con mi trabajo.

Así, cuando mi compañero de aventuras se presentó envuelto en una capita picaresca, calzado con medias botas y llevando al hombro un bolso lleno de cosas misteriosas, encontróme alegre, exaltado, radiante de promesas para el futuro.

—En marcha para que no nos vayan á cazar—exclamó.

Y ebrios de luz, de juventud, de esperanzas quiméricas, de ansia de libertad, mezclando las ilusiones de fortuna con las visiones amorosas, seguros de nosotros mismos, de nuestra fuerza, de nuestro valor, emprendimos el camino como dos cruzados que van en busca de la Tierra Santa.

—San Salvador—decíame mi compañero—no es como Guatemala... Allá hay de todo... Mi operario me ha dicho que con cualquier cosa se hace uno rico...

—Entonces—le pregunté—¿por qué él se ha venido aquí?

—Por una mujer—me contestó.

Cuando llegamos á las afueras de la población, nos sentamos bajo un árbol para desayunarnos. Habia en el equipaje de mi zapatero diez ó doce panecillos, unos cuantos chorizos, unas cajas de sardinas y una botella de vermut. ¡Con qué apetito comimos aquella primera mañana de viaje! El amargo vino italiano sabíanos á néctar. El pan tenía un gusto que antes jamás le ha-

bíamos notado en nuestras casas. Las sardinas nos inspiraban líricos elogios.

—Con lo que queda—me dijo—tendremos para un par de días... Luego, compraremos lo que nos haga falta...

—A propósito—le contesté—, ¿cuánto has podido reunir?

—Cinco duros... Y tú, ¿cuánto tienes?

—Yo, cinco reales...

—¿Crees qué habrá bastante?... Son quince días...

—No comeremos más que pan de maíz... Además, Dios dirá... ¿Tienes tú miedo de que nos quedemos sin comer?

—Nunca... Si se nos acaba el dinero, me comprometo á robar en las tiendas de los pueblos... ¿Has leído tú un cuento que se llama *Rinconete y Cortadillo?*...

—No... Yo no he leído más que las novelas de Paul de Kock, en francés...

—Es verdad que sabes francés... ¿Dónde aprendiste?...

—Mi mamá es francesa.

—Bueno; con tal que no se te olvide en el camino... Dando lecciones de francés en San Salvador, ya tienes la vida segura... Yo, si me va mal, me meto á zapatero... Además, como iba diciéndote, en *Rinconete y Cortadillo* he aprendido la manera de robar sin riesgo... Eran dos muchachos lo mismo que nosotros... iban á pie...

hacían trampas con los naipes á los arrieros... ¿Sabes tú jugar á los naipes?...

—No...

—Yo te enseñaré...

Hubo un largo silencio entre nosotros. Al fin, poniéndose serio, mi compañero me dijo:

—Yo soy Rinconete... Yo no tengo nada que perder... Mi padre es un zapatero que les roba lo que puede á sus parroquianos... Yo puedo hacer trampas... yo puedo robar... Pero tú no... Tú eres hijo de don Agustín... tú tienes que ser honrado para que tu viejo no se muera de vergüenza... El mío, aunque me metieran en la cárcel, con tal de poder hacerle el amor á las criadas y de tener su botella de coñac todos los días, lo mismo le daría... Si viviera mi mamá, no sería igual... La mató á disgustos mi padre... Tú no la conociste á mi mamá. Si viviera... Yo te juro que si viviera no me habría nunca escapado de casa...

Aquel recuerdo y aquella lección me llegaron al alma. Mis ojos, contemplando la imagen de mis padres, á quienes veía inquietos, acongojados, buscándome por todas partes, se llenaron de lágrimas.

—No llores—murmuró Rinconete besándome las manos—, no llores, Enrique; ya les escribirás desde la frontera...

Ibamos sin prisa, deteniéndonos en las haciendas del camino, charlando con los carreteros, descansando en los ranchos hospitalarios, parándonos en las fondas con objeto de oir las marimbas de los indios.

Aun recuerdo la profunda impresión que experimenté, una noche muy tibia, muy cargada de aromas de selva, al escuchar por primera vez aquel extraño instrumento autóctono, cuyas teclas de madera parecen no tener sino notas quejumbrosas para llorar la esclavitud en que los descendientes de Tecun Uman viven desde hace tantos siglos. Era un ritmo lánguido, doliente y jadeante, que vibraba con lentitudes temblorosas y que hacía pensar en melodías cuyas alas rotas no pudieran volar muy alto. Alrededor de los músicos silvestres, las parejas indígenas, acurrucadas bajo los árboles, inmovilizábanse en actitudes de bronce, acariciando vagos ensueños de nostalgia y de amor. De un rancho medio oculto entre los cañaverales, escapábase una canción monótona y tierna, una melopea de pena y de lujuria que se arrastraba en la sombra con desfallecimientos serpentinos... Las pupilas de los amantes, lucían como luciérnagas...

—Continuemos—me dijo Rinconete, temeroso de que nuestra inesperada aparición turbase aquella paz idílica.

Y seguimos andando, seguimos andando, se-

guros de hallar en otra aldea una acogida cordial. Nuestra edad, nuestro traje, nuestro buen humor, conquistaban las simpatías de todo el mundo. Cuando llamábamos á la puerta de alguna casa de labor pidiendo nos dejaran dormir en cualquier rincón, nos ofrecían siempre un catre, una buena cena, muchas sonrisas.

Una tarde, al pasar por delante de un chalet de madera, todo tapizado de madreselvas, vimos á un anciano de hermoso rostro, que leía bajo un magnolio florido. Junto á él, una niña rubia de unos catorce años y dos chicos menores, jugaban á la baraja. El anciano nos contempló y luego dijo en alta voz:

—*Regardez ces deux gosses...*

Yo le contesté:

—*Nous ne sommes pas de gosses...*

Al oirme hablar en francés, los chicos abandonaron sus naipes y corrieron hacia nosotros, preguntándonos de dónde veníamos, adónde íbamos, quiénes éramos, por qué andábamos á pie... Yo les contesté lo que se me ocurrió, alguna patraña de las que inventábamos todos los días para que nadie adivinara la verdad. El viejo dejó su libro, acercóse á nosotros y como me oyó decir que vivíamos cerca, en el cafetal de nuestra familia, movió la cabeza y dijo:

—No, hijos míos... vosotros no sois de por

aquí... Aquí no se viste así... Y esos zapatos tienen cara de haber andado muchas leguas... Vosotros sois unos pequeños locos, escapados de su casa...

Luego, poniéndome la mano en el hombro, me preguntó:

—¿Es usted francés?

—No—le contesté—, pero mi madre es de origen francés... de Auvernia...

—Yo debo conocerla... ¿Cómo se llama?

—No puedo decirlo.

—Muy bien... muy bien... Venga usted, con su compañero, á almorzar con nosotros. A mis nietos les gustará charlar con usted... ¿Venís de la capital?

—No—dije yo.

—Sí — exclamó Rinconete —, venimos de Guatemala y vamos á San Salvador, donde nos aguarda un tío... Este y yo somos primos...

Sin interrogarnos más, el anciano nos hizo entrar en el comedor de su casa de campo y nos dejó en compañía de sus nietos. Yo me senté al lado de la niña, cuyos grandes ojos azules me miraban con lástima, y no tardé en confesarle lo que me había pasado. Ella murmuraba, enternecida:

—*C'est mal, c'est très mal... Vous ne pensez pas à la peine de votre pauvre maman... Si elle tombait malade de chagrin!... C'est très mal...*

Los párpados se me humedecieron, y Rinconete, que poco á poco habíase convertido en mi criado, en mi enfermero, en mi hermano de la caridad, acercóse á mí y me enjugó las lágrimas con un pañuelo sucio, diciéndome al mismo tiempo frases ingenuas de cariño. En seguida, temiendo que mis confidencias indiscretas nos fuesen funestas, empeñóse en que prosiguiéramos nuestro camino sin esperar siquiera el almuerzo. Pero á mí me interesó tanto aquella niña rubia, perdida en una comarca casi salvaje, que pensé, por el contrario, en buscar algún pretexto para quedarme á su lado el día entero. Adivinándolo, mi buen compañero decíame al oído: «No seas tontito, no seas iluso; aquí lo único que puede pasarnos es que nos coja la policía rural para saber quién somos... Esta gente no me gusta... Caminemos, hermano, caminemos». Yo no le hacía caso, desdeñando su perspicacia. Y á pesar de sus consejos, de sus presentimientos y de sus temores, me quedé en aquel chalet exótico. Algo me inquietaron, es cierto, en el curso del almuerzo, las preguntas del anciano.

—¿Piensa usted en su señora madre?—me decía—. ¿Se figura usted lo que su ilustre padre puede sufrir?... ¿Se hace usted cargo de lo que me pasaría á mí, si uno de mis nietos abandonara mañana este cortijo?...

Cuando nos levantamos de la mesa, la niña

rubia volvió á sentarse al lado mío y con una sonrisa seductora preguntóme:

—¿No quiere usted que mi abuelito escriba á su familia?... Usted puede esperar aquí la respuesta... Él sabe todo lo que usted me ha contado... Él es muy bueno y conoce á su padre... ¿No estaría usted contento una semana en esta granja?...

Confieso sinceramente que yo habría aceptado aquella dulce y cuerda invitación. Pero Rinconete estaba ahí, tratando de adivinar lo que decíamos en francés. Cuando se lo expliqué, quedóse largo rato pensativo y luego, muy tranquilo, muy frío, con un tono de fiera humildad, murmuró:

—Tú puedes quedarte... Tu familia te recibirá siempre bien... Tú eres el niño mimado... A ti no te pegan... Tú no sabes lo que es ser hijo de un zapatero borracho... En tu casa lloran, de seguro... En la mía no... A ti te buscan... A mí no... Si tú vuelves, hay una fiesta... Si yo vuelvo, me apalean... Yo sigo mi camino, solo, ahora mismo... Tú no te ocupes de mí... No sé lo que voy á hacer... Yo solo, ignoro si podré continuar mi viaje ó si tendré que morirme en el camino... Hasta ahora todo ha salido bien gracias á ti... Tú tienes ojos de mujer...

Tan tierno y tan humilde me pareció el discurso de mi amigo, que no sentí el valor de ser cobarde y de ser feliz. Yo comprendía confusa-

mente, que en aquel chalet europeo, plantado cual una flor extraña en medio de los cafetales del Trópico, habría podido vivir algún tiempo, tal vez mucho tiempo, tal vez toda la vida. Veíame asociado á la familia del anciano cuyo nombre ignoraba, me sentía capaz de convertirme en un *planteur* activo, soñaba ante los labios tentadores de la niña rubia... ¡Ay!... Rinconete estaba ahí, Rinconete no podía quedarse, Rinconete sufría...

—Adiós—me dijo con la voz seca.

—Rinconete tonto—le contesté, —espérame, no podemos separarnos, tenemos que ir juntos hasta el fin del mundo... Busca tu capa y tu bolso y sigamos nuestro camino...

La niña de los ojos azules me miró con tristeza... Dios sabe lo que pasaba en su almita adolescente... Y sin despedirnos de nadie, como dos malhechores, mi amigo y yo continuamos andando, andando...

Cuántos días duró nuestro viaje, no lo sé á punto fijo... Hasta aquel en que nos detuvimos en el chalet de la familia francesa, no habíamos contado las horas. Entretenidos con nuestra charla, encantados de las facilidades que hallábamos por todas partes y muy orgullosos, en el fondo, de sentirnos libres, de creernos fuertes, de suponernos capaces de vivir por nuestro pro-

pio esfuerzo, caminábamos, fieros y contentos, sin ver nada de lo que íbamos dejando á nuestras espaldas. Algunas veces, al anochecer, una nube de melancolía obscurecía nuestras almas. Pero cuando era mi compañero el que flaqueaba, yo le decía: «Rinconete, valor»; y cuando el débil era yo, él repetía: «Valor, valor». Luego venía el sueño y por las mañanas el sol hallábanos de nuevo dispuestos á proseguir nuestro periplo con más entusiasmos y más ilusiones que los argonautas. Vagamente guardo en la memoria el eco pueril y grave de las charlas interminables en las cuales se mezclaban el terror de llegar al fin de nuestro camino con las botas rotas y la certeza de que la Providencia nos tenía reservado, en la tierra prometida de San Salvador, un porvenir risueño.

—Lo peor que puede pasarnos—decía siempre mi amigo—es que tú tengas que ser profesor de francés y yo zapatero.

La tarde en que abandonamos bruscamente á la niña de los ojos azules, sentimos, no obstante, que algo había cambiado en nuestra existencia. Después de andar algunas horas, en silencio, nos detuvimos, para comer, en una granja donde nos recibieron, como siempre, con afectuosa curiosidad. Un indio viejo nos ofreció un poco de carne seca, unas cuantas tortillas de maíz y un trozo de queso.

—Cuéntenme de dónde vienen—nos dijo.

Mientras Rinconete recitaba su fábula habitual, hablando de unos tíos que nos esperaban ahí muy cerca, yo tuve, por primera vez, la idea de levantar la vista y de contemplar el cielo. ¡Ah, la divina, la inesperada revelación...! Era la hora del crepúsculo, del rápido y divino crepúsculo tropical. En el espacio reinaba una calma pesada, angustiosa, sin el menor murmullo, sin el más ligero palpitar de hojas. Una inmensa cortina gris, opaca, baja, amenazadora, extendíase sobre nuestras cabezas. Había algo de bellamente siniestro en el aire. Allá, en el poniente, rompiendo la monotonía del horizonte, abríase un abismo de fuego, rayado de negro. Nunca olvidaré aquel espectáculo muy raro para mí. Era un incendio de toda la naturaleza ó, mejor aún, una iluminación diabólica, algo tan terrible y tan intenso que parecía artificial. Entre las llamaradas que subían, retorciéndose, aparecía un abismo obscuro.

—Vean ustedes—exclamé.

Muy tranquilo el indio, alzó la cabeza y dijo:

—Es agua para esta noche.

Entonces, deseosos de aprovechar las últimas horas de la tarde, que eran siempre las más frescas, las más agradables, continuamos nuestro viaje con tiempo sobrado para atravesar el río de los Esclavos y llegar, á eso de las nueve, á una aldea que nos habían indicado. Yo seguía contemplando, entusiasmado, los fuegos

del ocaso, que palidecían poco á poco. Una sensación antes nunca experimentada agitaba mi espíritu. Lo que más tarde había de ser uno de mis mayores placeres, aparecía, de pronto, ante mis ojos y me turbaba cual un fenómeno sobrenatural, tendiendo las cuerdas de mi sistema nervioso. Veía, con asombro, los juegos de la luz y de las sombras, descubría las manchas de los árboles destacándose sombrías en el fondo del horizonte, me interesaba por los reflejos cambiantes de la tierra.

Para romper el silencio, Rinconete me preguntó:

—¿No tienes sed?

Tenía sed de infinito y me daba cuenta de que algo nuevo existía para mí desde aquel día en el Universo. Pero la pregunta de mi amigo no era un simple pretexto para hablar. En el bochorno de la tarde tropical, bajo el cielo cargado de electricidad, nuestras bocas secábanse. De vez en cuando un soplo tibio pasaba por la atmósfera quieta y sacudía un instante los cafetales, produciendo un corto murmullo. Luego el silencio, un silencio pesado y gris, un silencio de plomo, volvía á oprimir nuestros pechos. Por rara casualidad, el tiempo nos había favorecido hasta entonces. Y aunque conocíamos los aguaceros de Guatemala, no suponíamos siquiera lo que podía ser, en pleno campo, una tormenta.

—Va á llover—dije.

—Mejor—contestó mi compañero.

Para complacerlo, las nubes dejaron caer una enorme gota de agua que el suelo se tragó en el acto... Luego cayó otra... luego otra... y otra y otras, todas espaciadas é invisibles, haciéndose sentir sólo por el ruido mate que producían en el polvo sediento. Del suelo subía un olor extraño.

—Apresuremos el paso, hermano... ¿Te doy mi capa...? Yo no temo mojarme... Además, ya estamos cerca del río... Y del otro lado está el pueblo... ¿Quieres que corramos...?

Había en Rinconete, tan bravo de costumbres, una zozobra que después he sorprendido, los días de borrasca, en ciertos animales. Su voz temblaba y sus brazos movíanse nerviosos. Pero en su orgullo de hombre sin miedo, dominóse hasta que un relámpago vertical rayó el horizonte, ya casi obscuro. Al mismo tiempo el chubasco desencadenóse con una fuerza terrible, bañándonos en un segundo.

—¡Enrique! ¡Enrique...! ¡Corramos...!

Y fué, en la soledad del campo, una huída irrazonada, una carrera vertiginosa durante la cual la lluvia parecía arreciar á medida que nosotros íbamos más veloces y los relámpagos parecían perseguirnos bíblicamente con sus latigazos de fuego.

—Enrique, Enrique...

Yo hubiera querido poder hablar para decir á

mi pobre amigo lo absurdo de nuestra fuga y lo ridículo de su pánico. Pero mis labios no lograban articular una palabra. El estruendo de los truenos era formidable. Por todas partes salían, de las bocas de luz que se abrían en el cielo, rugidos espantosos que hacían temblar el espacio. Y la lluvia, la catarata de agua, continuaba cayendo sobre nuestros pobres cuerpos, cual un alud en el que estábamos sumergidos sin cesar. A veces la masa de agua era tan densa, que hasta experimentábamos contra ella no sólo una resistencia material á nuestra rápida marcha, sino hasta una sensación de falta de aire, de asfixia angustiosa.

—Enrique, por fin, mira...

Allá, en el fondo, á través del chubasco, las luces de una aldea brillaban dispersas y más cerca, el río reflejaba las llamaradas de los rayos. Era el río de los Esclavos. No teníamos sino atravesarlo para encontrar un abrigo. Nuestras almas acercábanse á él como las de los peregrinos á las linfas del Jordán... Ya estábamos allí... ya nos sentíamos salvados... Mas ¡ay!, cuando llegamos á sus bordes, el viejo puente de piedra edificado por los conquistadores, se hallaba casi sumergido bajo la creciente impetuosa.

—Yo no paso—murmuró Rinconete.

En vano yo traté de demostrarle que no corríamos ningún peligro, como no fuese el de an-

dar con el agua hasta las rodillas, lo que en nuestro estado no era nada.

—No paso—repetía, temblando, acercándose á mí, buscando mis manos.

Y con voz sollozante agregaba:

—Un castigo... un castigo... un castigo de Dios...

Eso parecía, en efecto, aquel desencadenamiento feroz de los elementos sobre nuestras cabezas indefensas. Pero, á decir verdad, en medio de la tormenta que nos azotaba y de los peligros indefinidos que nos amenazaban, yo experimentaba una sensación de fatalismo que me ha salvado siempre del miedo en los casos graves. Lejos de tener ganas de llorar, sonreía, resignado, y hasta me divertía pensando en nuestra facha. Nuestros sombreros de paja eran dos cosas informes. Nuestra capa habíase convertido en un guiñapo. Los trajes se habían pegado á nuestros cuerpos. Lo único que me inspiraba pena era la situación moral de mi amigo.

—¿Quieres que vaya hasta el pueblo — le dije—y que vuelva á buscarte acompañado por algunos indios?

—No me dejes solo—murmuró, sentándose bajo un árbol.

Luego comenzó á llorar cual un niño. Yo me acurruqué á su lado. Y durante horas y horas, anonadados, abandonados de la Providencia, nos quedamos ahí, hasta que, al amanecer, cuan-

do la brisa de la mañana barrió las nubes, unos campesinos que pasaban por el camino nos llevaron á su choza y secaron nuestra ropa.

Por la tarde, bajo un cielo sereno, emprendimos de nuevo nuestra marcha. Rinconete, avergonzado, reía haciéndome ingenuas confidencias psicológicas que halagaban mi vanidad.

—¿Sabes?—decíame—; al verte tan emocionado el día que salimos de Guatemala, pensé que no serías capaz de soportar el camino á pie. Con tu trajecillo y tu aspecto fino, figurábame que al cabo de algunas leguas ibas á quedarte en cualquier parte sin fuerzas para seguir adelante. Yo, en cambio, me sentía capaz de todo, hasta de defenderme contra la policía si hubiera querido detenernos. Yo me creía un tigre sin miedo. ¿Te acuerdas que te ofrecí robar en caso de que algo nos hiciera falta? No era mentira... no era mentira entonces.. Pero ahora no podría... Me daría vergüenza que tú me miraras con tus ojos tristes después... No sé lo que me pasa de raro, á medida que nos alejamos... Creo que he cambiado...

Yo también sentía confusamente que mi espíritu se transformaba poco á poco y que mil preocupaciones, hasta entonces ajenas mi carácter,

comenzaban á inquietarme. Las travesuras que antes me tentaban, dejábanme indiferente. Nada me hubiera sido tan fácil, en la independencia salvaje del campo, como dar rienda suelta á mis instintos de violencia. Sin embargo, no hubo un perro en aquella comarca que pudiera quejarse de una pedrada mía, ni una tendera de aquellos pueblos que tuviese que reprocharme una broma pesada... El sentido de la responsabilidad, por una parte, y por otra el secreto anhelo de parecer un hombre, calmaban, sin que yo me diese cuenta de ello, lo que había en mí de turbulento. En la lucha secreta de mis dos almas, de mi alma de niño loco y de mi alma de soñador, esta última triunfaba. Pero además, un sentido que nunca me había figurado poseer, el de la curiosidad artística, el del sentimiento de la naturaleza, el del amor de los matices, el de los misterios del cielo, despertábase en el fondo de mi ser con apetitos ansiosos. Ya no era sólo el incendio del ocaso lo que me apasionaba. Por las noches, contemplando el cielo del trópico, soñaba contando las estrellas y me estremecía ante el cortejo de las constelaciones. El lucero del alba, sobre todo, era mi amigo. Yo ignoraba su nombre, yo no suponía siquiera que fuese el signo de Venus, yo no sabía que sus luces dan consejos de amor á las almas virginales. Yo lo amaba en silencio, como antes había amado á Rosa, mi novia, y permanecía bañando mis ojos

en su luz hasta que Rinconete iba á sacarme de mis contemplaciones preguntándome:

—¿Estás triste?

—No—contestábale.

Mas, en el fondo, lo estaba, como lo he estado casi siempre. En mi perpetua contradicción interior, hecha de contrastes, no son sólo la timidez y la osadía las que combaten, sino también la exaltación y la tristeza. Una frase, un recuerdo, bastan, á veces, para convertir mis momentos de risa en horas silenciosas. Y los que me conocen bien, ó mejor dicho las que me conocen, las que han vivido á mi vera, aseguran que mi estado más natural, á pesar de mis puerilidades ruidosas y de mis frivolidades risueñas, es la melancolía. No lo deploro, en el fondo, puesto que tal vez mis mayores goces los he experimentado siempre en esa especie de somnolencia aparente que deja al espíritu toda su libertad de amor íntimo. Lo mismo que las estrellas, allá en los albores de mi adolescencia, enternecíanme la ramas cubiertas de flores, las copas de los naranjos constelados de manchas de oro, los murmullos de los arroyos, los vuelos de las aves y hasta las líneas azules y lejanas de las montañas. Sin que sus nombres me inquietaran, yo admiraba los grandes árboles del camino, agradeciéndoles, además de la sombra que brindaban á mi cuerpo, la emoción que hacían nacer en mi ánimo. El primero que atrajo mis miradas fué

el magnolio del chalet de la familia francesa. Y tan grabada quedó su imagen en mi retina, que ahora mismo no puedo ver á uno de sus hermanos de Sevilla ó de Niza sin pensar en aquella mañana remota de mi tierra y sin figurarme que me encuentro de nuevo al lado de la niña desterrada cuyos ojos me hicieron soñar en venturas duraderas. Algunos psicólogos pretenden que el amor de la naturaleza nace de los recuerdos y de las evocaciones que los paisajes nos sugieren. Yo, á los catorce años, no tenía recuerdos campestres. Sin embargo, gozaba del espectáculo que mis ojos veían. Durante los últimos cuatro días de nuestro viaje, un ceibo, un balsamero ó un tamarindo tenían para mí más atractivos que las muchachas cobrizas que nos sonreían con risas bestiales y frescas al vernos pasar ante sus ranchos. Mi compañero no se explicaba mi súbito amor por el cielo, por las nubes, por las plantas, por las flores. «Para mí lo mejor son las frutas» —decía riendo. Yo también adoraba la frutas del trópico, las extrañas frutas sin nombre, rojas como la púrpura ó áureas como el oro, jugosas, perfumadas, mitad almíbar y mitad ácido. Pero no tenía por ellas el respeto que los árboles me inspiraban. Sin darme de ello cuenta exacta, la religión de la naturaleza había penetrado en mi conciencia. Y así, cuando más tarde, mucho más tarde, leyendo en Herodoto la historia de aquel soberbio

Jerjes, que en el curso de una de sus excursiones militares se despojó de sus collares para adornar las ramas de un bello cedro, me acordé, emocionado, de mis primeras preces mudas ante los magnolios guatemaltecos.

A medida que nos acercábamos á la frontera, nuestro paso era más rápido, nuestra fiebre crecía, nuestros cuerpos parecíannos más ligeros. Ibamos á llegar á ciudades que se nos antojaban extraordinarias y á conocer gente nueva. Ahuachapán... Santa Ana... Sonsonate... Santa Tecla... Los nombres que habíamos apuntado en el cuaderno de nuestro itinerario fantástico, cantaban en nuestra mente con promesas de alegrías desconocidas. Recordando lo que el obrero de su zapatería le contara, mi amigo trataba de pintarme la vida salvadoreña cual una perpetua fiesta. «Es el país más poblado del mundo—exclamaba—, el más rico, el más hermoso, el más hospitalario.» Y siempre terminaba con las mismas palabras: «Tú, enseñando francés, ganarás lo que te dé la gana...» ¡Ay! la Providencia, que nos había dejado recorrer el territorio de Guatemala sin oponernos grandes obstáculos, no quiso que penetráramos en las tierras del Salvador. Al llegar á la frontera, cuando nos disponíamos á pasar, algo inquietos, ante la guardia de la Aduana, un oficial nos salió al encuentro y nos dijo:

—Niños, vengan no más...

En una oficina ornada de banderas azul y blanco, un viejo coronel se echó á reir al vernos, y después de oir un discurso lleno de patrañas hecho por Rinconete, exclamó:

—¡Déjense de contar cuentos!... A ver, ¿cuál de los dos es el hijo de don Agustín?... Tengo un telegrama ordenándome que los devuelva á ambos á la capital... Ahí están las mulas, para que no vayan á pie... Pero antes van á descansar aquí un día... Yo siento lo que pasa, hijitos, porque los muchachos valientes me gustan...

Sin protestas, tal vez sin tristeza, muy resignado, muy humilde, inclinándome, como siempre, ante la fatalidad, me dejé devolver á mi hogar cual un paquetito extraviado. El camino de regreso fué más cómodo, pero menos pintoresco. Ibamos custodiados por un teniente que hablaba poco. Nosotros tampoco hablábamos mucho. Rinconete solía decirme:

—Tú tienes la culpa por haber confiado tus secretos á la francesita del chalet... Es ella, ó su abuelo, quien nos ha delatado...

Luego, temblando al pensar en el castigo que su padre podía imponerle, murmuraba con voz implorante:

—Llévame á tu casa... no me abandones... Enrique, Enrique...

V

YO, HORTERA...

Al llegar á mi hogar, una mañana luminosa, lo encontré desierto. Mi padre estaba en los archivos coloniales, escudriñando el alma de algún virrey de peluca blanca. Mi madre había salido, probablemente para ir á la iglesia. Mi hermana Luz y mi hermano Ricardo hallábanse en el colegio. Yo trataba de parecer muy tranquilo ante las viejas criadas que me habían visto nacer y que, obedeciendo sin duda á una consigna, no me hablaban de mi aventura. Sin hacerme la menor observación, una de ellas puso en mi cuarto una cama para Rinconete, que me seguía como una sombra, temeroso de verse abandonado.

—¿Qué crees que van á decirte?—preguntóme el pobre.

—No sé—le contesté.

—¿Y si te llevan de nuevo al Instituto?

—Me escapo otra vez... me voy á México...

—Yo tengo miedo de ver á tu familia...

—Yo también... un poco...

Los primeros que llegaron, corriendo, con las caras alegres y curiosas, fueron mis hermanos. Luz me miraba con sus grandes ojos claros, en los cuales había mucha ternura y un poco de espanto. Ricardo tocábame la ropa, aconsejándome que me mudase pronto. Pero de mi viaje, de las inquietudes que habían sufrido todos, de lo que se había dicho durante mi larga ausencia, ni una palabra...

—Pregúntales lo que piensan hacerte—decíame al oído mi compañero, obsesionado por la perspectiva de las represalias.

Yo adiviné en el acto lo que iba á suceder. Y, en efecto, cuando llegó mi padre, siempre risueño, siempre suave, me dió un abrazo, me miró un segundo y, como si no hubiera pasado nada de extraordinario, aconsejóme, lo mismo que Ricardo, que me cambiara de ropa. Mi alma estaba serena. Un sentimiento de orgullo, una secreta vanidad de sentirme admirado por mi osadía, por mi valor, animaba mi rostro moreno. Escogí dos trajes: uno para Rinconete, otro para mí, y me puse lo más elegante que pude. Luego, con el deseo de afirmar mi independencia, salí á la calle sin pedir permiso, como un hombrecito dueño de sí mismo. En la primera esquina me encontré con mi madre, que marchaba despacio, pálida, grave, pero sin ninguna pena reflejada en su rostro de madona.

—¡Enrique!—exclamó deteniéndose, sonrien-

te, algo sorprendida, muy contenta, muy bella en su gran sencillez de rica hembra desterrada.

Mis fuerzas flaquearon y sin poder articular una palabra le cogí las manos y se las besé largamente, apasionadamente. Ella me miró, acariciándome con sus miradas, y al fin, tratando de reir para ocultar su emoción, exclamó:

—¡Qué negro estás...!

Fué todo...

En la mesa, una hora más tarde, hablamos de mil cosas, sin aludir siquiera á mi fuga... Pero al caer de la tarde mi señor papá, poniéndose serio, llamóme á su despacho y me dijo, con voz afectuosa:

—Vamos á ver, Enrique... eres ya grande... eres inteligente... eres bueno... Es preciso que pienses tú mismo en tu porvenir... ¿Qué quieres ser...? Hay que ser algo en la vida... Yo hubiera querido que continuaras mi labor, aunque no sea una canonjía... Pero puesto que el estudio no te conviene, tenemos que buscar otra cosa... Yo no veo más que dos caminos: el de los empleos públicos y el del comercio... ¿Qué prefieres tú...?

Tímidamente contestéle:

—El comercio...

—Muy bien—murmuró—, muy bien... Puede que estés en lo cierto... Ya tu madre y yo había-

mos previsto eso. En la tienda de don Angel González hay un puesto vacante... Te pagará bien y lo que ganes será para ti, para comprarte corbatas, para lo que quieras... Mientras yo viva no habrá necesidad de que pienses en otra cosa... ¿Cuándo quieres comenzar?

—Mañana...

Mi padre, muy meticuloso en cuestión de fechas, reflexionó un instante.

—Mañana—me dijo—es el día de tu cumpleaños... Vas á tener quince febreros... Y aunque no comienza á esa edad la madurez del juicio, tengo la esperanza de que dentro de cuarenta y ocho horas, sintiéndote ya con un año más en el cuerpo, reflexionarás mejor en lo que conviene á tu porvenir. Yo no te aconsejo nada. Si quieres ser dependiente, serás dependiente...

Después, sacando su pobre petaca muy usada, me ofreció un cigarrillo. Y yo, que antes me había escondido siempre para fumar, lo encendí dándome aires de hombre y me puse á echar humo en silencio. Indudablemente, mi buen papá, tan ingenuo, tenía deseos de interrogarme sobre las peripecias de mi viaje. Su boca bondadosa sonreía algo irónicamente y sus ojos sin malicia me examinaban llenos de curiosidades minuciosas. Al fin, como terminando un discurso mental, exclamó dándome una palmada en la cabeza:

—¡Es cierto que eres el demonio...!

Yo sentía el alma henchida de orgullo, de un orgullo pueril y fiero, figurándome que mi aventura rodeaba mi frente de una aureola luminosa. Lo que no había sido, en el fondo, sino un paseo campestre, una fuga de estudiante, aparecíame como una odisea de la cual muy pocos eran capaces. Si hubiera conocido entonces las *Confesiones* de Juan Jacobo, habríame sentido avergonzado de mis ocho días de marcha por una comarca hospitalaria, rica y primaveral, comparándolos con sus viajes á pie de Suiza á Italia, de Italia á París. Pero, lo repito, mi ignorancia hacíame creerme un niño prodigioso, un ser aparte, animado por energías superiores á mi edad, y dotado de una inteligencia extraordinaria. Pensando ahora en todo aquello lo que me extraña es que, en medio de mi orgullo, la perspectiva de ser dependiente de comercio, lejos de indignarme ó de ofenderme, fuérame muy grata. Y también me extraña que la gran pasión que luego he tenido por la lectura no hubiera aún despertado en mi alma.

Muy suavemente, con algo de melancolía, mi padre preguntóme de nuevo, cuando hube cumplido los quince años:

—¿De veras prefieres trabajar en la tienda de don Angel González á estudiar?

—De veras—le contesté.

—Pues entonces mañana mismo puedes comenzar, si te parece.

—Mañana mismo...

Al día siguiente, muy tempranito, ya estaba yo en la calle Real, esperando que se abrieran las puertas del «Bazar de la Sorpresa», donde esperaba ser feliz. El dueño, un andaluz muy bondadoso, muy amigo de mi familia, recibióme afectuosamente, y sin hablarme de mis travesuras, me dijo riendo:

—¿Sabes barrer...?

—Supongo que sí—le respondí.

—Pues yo estoy seguro que no... Pero eso no importa... Yo tampoco sabía cuando vine á Guatemala... Tú no ignoras que yo he sido militar y que á estas horas podría ser coronel, si no hubiera tenido ideas de correr el mundo... Menos mal que vendiendo cintas he hecho fortuna...

Y después de mirarme con ojos simpáticos agregó:

—Tú también puedes hacer fortuna... No hay nada tan fácil como hacer fortuna... Ya verás... Aquí aprenderás á vender, á llevar los libros, á conocer á los parroquianos... Luego, con el crédito de tu padre, pondrás un comercio... ¿Te gusta mi programa...?

—Me entusiasma.

La tienda de don Angel González era, en muy

pequeño, una especie de Bon Marché, en el cual había una sección de artículos para niños, otra de artículos para caballeros, y una tercera de artículos para señoras. Puesto á escoger, no vacilé un instante y me decidí por la última. Una instintiva voluptuosidad hacíame de antemano grato el manejo de los atavíos femeninos. Lo que luego he sentido con un goce casi enfermizo en mis visitas frecuentes á los paraísos mujeriles de París, lo experimenté desde el primer día en aquella tienda americana. No había allá, sin embargo, nada digno de tentar á una dama lujosa. El genio del gusto, con sus mil complicaciones encantadoras, con sus mil reflejos cambiantes, con sus mil suavidades tibias, no habia aún penetrado en los trópicos. Sombreros cargados de plumas, sedas de colores vulgares, encajes hechos á máquina, medias de hilo negro, camisillas groseras, parasoles demasiado adornados, zapatitos de raso falso, he ahí lo mejor que se vendía en «La Sorpresa». Pero por ordinario que fuese, para mí resultaba aquello la quinta esencia de la elegancia, de la riqueza y del arte.

—La clientela de mujeres—díjome don Angel González—es la más molesta... Ya verás cómo regatean esas señoras... Para comprar un par de guantes, revuelven la tienda entera...

Lejos de temer los largos *marchandages*, los esperé con impaciencia, deseoso de entrar en

intimidades de *toilette.* Y debo confesar que, á pesar de lo que pensaba mi señor patrón, nunca, durante los pocos meses que duró mi carrera, me fué desagradable la manera prolija de comprar que tenían treinta años ha las bellas guatemaltecas... ¿Que ofrecían veinte pesos por lo que estaba marcado ciento?... Gracias á esas lecciones de regateo, he aprendido yo á no dejarme robar mucho en los zocos de Damasco, del Cairo, de Estambul... Y además tengo la idea de que sin aquel aprendizaje, no hubiera podido escribir más tarde un libro que quiero mucho á pesar de su frivolidad, y que es más popular en París que en Madrid y en Buenos Aires: mi *Psicología de la Moda.*

Lo malo es que don Angel González estaba empeñado en hacer de mí algo más que un amable vendedor de cintas, y me obligaba muy á menudo á abandonar el *rayon* lleno de espejos en los cuales yo me complacía en verme al lado de mis parroquianas, para encerrarme en el despacho de la correspondencia. Mi letra era clara. En cuanto al estilo, en poco tiempo me asimilé los términos comerciales. Y con eso, y con mi espíritu vivo, al cabo de dos semanas llegué á ser un secretario tan aceptable, que estuvo á punto de tener la desgracia de verme ascendido á la categoría de empleado sedentario. Por fortuna, el tenedor de libros, celoso de mis triunfos de escritorio, declaróme la guerra y logró, á

fuerza de insinuaciones contra mi ortografía, que me dejaran de simple hortera, no llamándome sino los días de correo al famoso y obscuro santuario de las cartas.

Lo único que me resultaba penoso, en el cumplimiento de mi deber, era servir á las mujeres feas. Nunca he podido curarme de mi injusto horror hacia las mujeres feas. Ahora mismo creo que si, en vez de ser lo que soy, fuese médico, me sería imposible examinar á una enferma desagradable. Ya sé que, en principio, esto es absurdo. Ya sé que hay señoras muy estimables y muy respetables, á pesar de no ser agraciadas. Sólo que yo no he podido jamás darme cuenta de ello, porque siempre he huído de la fealdad femenina como de un mal contagioso. Mis amigos se ríen de tal manía, que se les figura una simple *pose,* hermana de las numerosas supersticiones que complican mi vida. No hay nada de afectado, empero, en mi modo de ser, y cuando por fuerza tengo que hablar con una de esas caricaturas humanas que deshonran su sexo, sufro físicamente cual si me hallara ante un bicho monstruoso. Y es que el amor de la belleza está tan arraigado en mi alma; es que tengo un concepto tan ideal de la gracia, del *charme*, de la gentileza; es que doy tal precio al espectáculo de una sonrisa y de una mirada,

que me parece una profanación, un pecado y hasta un crimen ostentar con cinismo un rostro mal formado. Las mujeres, para mí, tienen el deber sagrado de gustar, ó por lo menos de no disgustar. Mas no vayáis á creer, tampoco, que exijo perfecciones esculturales. Una carita *chiffonnée*, sin rasgos correctos, con tal que sea simpática y que esté animada por un reflejo de dulzura, basta á seducirme.

Digo todo esto porque cuatro ó cinco veces, en medio de mi mansedumbre y de mi bienaventuranza de joven dependiente sentimental estuve á punto de abandonar la carrera del comercio por las quejas que contra mí formulaban ciertas parroquianas. Hubo una, sobre todo, una inglesa de lentes, flaca, con una dentadura amenazadora, que sin duda se había propuesto amargarme la existencia. No contenta con ser la más lenta de las compradoras, siempre encontraba pretextos para cambiar, al cabo de dos horas, lo que había escogido. Un día aquella hija de la Gran Bretaña, cuyo sólo recuerdo me irrita y me hace reir á la vez, pidióme unos zapatos de goma. Yo le dí un número 37. «Más grandes», me dijo. Le dí un 39. «Más grandes», repitió. Le dí un 41. «Más grandes», exclamó con ira. Entonces, fuera de mí, fuí en busca de un par de *snow-boots* de cartón, del tamaño de un metro, hechos para colgarse como anuncio en la puerta, y se los coloqué sobre el mostrador.

¡Cuál se puso la endemoniada! En una lengua que no era ni castellano ni inglés, llamóme todo lo que se le ocurrió... Y como ni los demás clientes, ni los demás empleados, ni el mismo patrón podía contener la risa, la inglesa estuvo á punto de desmayarse de rabia... Todavía por la tarde, cuando don Angel me llamó á su despacho para reprenderme con gravedad paternal, no logró llegar hasta el fin de su filípica sin que de nuevo le acometieran unas ganas nerviosas de reir.

No fueron las feas, ni las agrias, ni las descontentadizas, sin embargo, las que me hicieron abandonar mi empleo, y con mi empleo las esperanzas de llegar un día á tener un bazar en la calle Real, una cuenta en el banco colombiano, una casa en el paseo de la Reforma, una carretela con dos caballos de California... No, no fueron las feas. Las pobres no me han hecho nunca más daño que el de obligarme á volver la cara para no verlas.

Fué la más bella de todas... Una mañana la vi entrar, la vi acercarse á mi *rayon* andando cual un hada, envuelta en un traje de tul celeste, cubierta la cabeza con un sombrero de amplias alas palpitantes. La vi sonreir enseñando el collar de perlas de sus dientes y también un

poquito del engarce rosado de sus encías. La vi detenerse frente á mí y seguí el vuelo de sus miradas verdes que parecían buscar, en el espacio lleno de cajas blancas, algo especial. Luego la oí hablar. Y era una música extraña, una armonía antes nunca escuchada, un gorjeo de notas altas y de notas graves, envueltas en un acento que no tenía patria, que no parecía ni español, ni francés, ni italiano, ni inglés, que cantaba, con algo de mimoso y con algo de imperioso, haciendo soñar en continentes remotos, poblados de princesas de ensueño...

Muy amable me dijo:

—Quiero, ¿cómo se llama eso? Quiero... medias... *des bas*...

Por primera vez me sentí avergonzado de enseñar nuestros artículos de lujo cuyas etiquetas pomposas decían: *dernière nouveauté de Paris.* Confusamente, adivinaba yo que aquella mujer no podía aprisionar sus finas pantorrillas en nuestras modestas mallas catalanas... Y muy confuso, excusándome antes de abrir el paquete, murmuré:

—Esto no es para usted... No vale ni la pena de que usted lo vea...

—En efecto—me contestó tocando con dedos nacarados el extremo de una media—, en efecto, yo quisiera algo más fino... ¿dónde podría encontrarlo?

—En ninguna parte digno de usted...

Ella me pagó el piropo con una sonrisa, me envolvió en una dulce mirada y desapareció, lentamente, muy lentamente, ondulando, bajo el sol del trópico, que parecía, aquella mañana, feliz de acariciar á una criatura tan bella.

VI

LOS OJOS DE LA PANTERA

Mi existencia de joven dependiente aristocrático deslizábase feliz y activa entre las realidades modestas de mis quehaceres y las magníficas ilusiones de mis ensueños. Poco á poco, la idea de que yo había nacido para el comercio arraigábase en mi cabeza con fuerza de dogma. Parecíame que el arte de comprar y vender, ganando siempre en la operación, no tenía secretos para mi inteligencia. Examinando las facturas de las casas de Barcelona que nos enviaban «artículos de París», y comparándolas con los precios que nuestras parroquianas pagaban aun después de regatear mucho, dábame cuenta de que no hay en el mundo negocio más pingüe que el del tendero. Muy francote, muy socarronamente cínico, don Angel, lejos de negar sus beneficios, solía decirme riendo:

—Sí, chico, sí... mejor que esto no hay más que el robo... Pero no te olvides de que es indispensable quejarse siempre de lo mal que van las cosas, de lo poco que se gana, de lo triste de

estos tiempos menguados... Fíjate en mi modo de operar...

Y, en efecto, cuando era él mismo quien despachaba, los clientes casi no se atrevían á pedirle rebajas: de tal modo juraba que al dar aquellas cosas que valían un duro en tres ó cuatro, salía perdiendo...

—Voy á enseñar á usted las facturas de la fábrica—decía moviendo papeles—y verá que no le pongo sino el precio justo... Con personas como usted yo no quiero hacer negocio...

Al fin, usando de su supremo argumento, exclamaba:

—Nada... nada... para usted no hay precio... Usted se lo lleva en lo que quiera... Y, aunque no quiera usted dar un real, se lo lleva... ¡Pues no faltaba más!... ¡Un amigote!...

A nosotros mismos, los de la casa, que en teoría teníamos derecho á comprar lo que queríamos á precio de coste, creo que también nos hacía pagar algún porcentaje de beneficio. Yo, sin embargo, lo encontraba todo tan barato, que no resistía nunca á la tentación de llevarme algo cada tarde, haciendo que el cajero lo apuntara en mi cuenta. Mi madre, mi padre, mis hermanos, mis parientes, mis amigos, el mundo entero, en suma, recibía regalos míos. Pero ¡ay! al llegar el fin del mes, nunca me tocaba un real de mi sueldo, sino que, por el contrario, siempre quedaba debiendo algo. En vano toda mi fa-

milia dábame consejos de economía y protestaba contra la profusión de mis obsequios. Derrochador por instinto, érame imposible dejar de comprar por comprar, por gastar, por satisfacer una necesidad física. Ahora mismo, ya tan lejos de la adolescencia, me ocurre muy á menudo detenerme ante las vidrieras del bulevar y enamorarme de los más absurdos bibelots, de los objetos más inútiles, de las cosas más infantiles. Entonces, cual un niño, lo compro todo y todo lo regalo.

—Con lo que usted ha ganado en su vida—suelen decirme mis amigos—podría ser rico.

Cierto que han pasado por mis manos muchísimos miles de duros sin que yo haya guardado nunca nada. Pero no lo lamento. Lo que lloro es no haber sabido conservar las innumerables reliquias, los incontables objetos de arte que he poseído. Hasta los recuerdos de mis viajes, hasta las imágenes de amor, las he regalado.

Mi maestra en este punto fué aquella extraña dama ibseniana que, yendo á comprar medias, se llevó mi corazón... Yo soñaba en ella día y noche, sin esperanza de volverla á ver. Por las señas nadie le conocía en Guatemala. Y yo había ya perdido la esperanza de encontrarla, cuando una tarde, poco antes de cerrar nuestro bazar, presentóse de nuevo y compró, compró mil ton-

terías, compró cintas, plumas, encajes, perfumes... Yo le hice un paquete muy coquetón, atado con un cordel de seda. Luego le pregunté si quería que se lo mandara aquella misma noche.

Ella me miró con sus ojos glaucos y murmuró:

—¿No podría traérmelo usted?

Don Angel González, lleno de respeto por una parroquiana que no regateaba, contestó por mí:

—¡Pues ya lo creo, señora!... Yo se lo llevaré á usted si quiere...

La desconocida puso su tarjeta sobre el mostrador y repitió dirigiéndome una sonrisa:

—Usted, *petit*; tráigamelo usted, á la hora que quiera.

—A ver, cómo se llama esta lechuga—exclamó el amo.

Y después de leer la tarjeta dijo con tono respetuoso:

—Edda Christensen... sí, ya sé... debe ser la mujer del ministro de X X... Bastante fea es, con su cuerpo de palo de escoba y su máscara blanca...

Yo la encontraba divina en su palidez iluminada por dos inmensas pupilas verdes, y á través del tiempo, sigo convencido de que no he vuelto á ver una belleza tan rara, tan alucinan-

te. Para un tendero andaluz, acostumbrado á la hermosura morena y sana, claro que aquella faz lívida en la que la boca de carmín resaltaba cual una mancha de sangre y las ojeras azules ahondaban las órbitas, tenía que chocar como un capricho carnavalesco. A mí me enloqueció de tal modo, que todavía años después, cuando había renunciado al comercio para consagrarme á la literatura, una de las primeras páginas líricas que escribí, y que conservo por casualidad, es una especie de poema en honor de sus ojos. «A veces, por la noche—dice esa página—, cuando rendido por el peso de sus miradas me quedo dormido, sus pupilas se dilatan en la bruma de mi sueño y me hacen temblar. Ultimamente, temeroso de ahogarme en sus efluvios, les pedí por Dios que me dejaran tranquilo, que no me persiguieran más con sus luces fosforescentes, que tuvieran lástima de mí. Y fué horrible... Se marcharon, me dejaron solo, ya no tuve frío, ya no sufrí, y mi alma, mi pobre alma enamorada, sufrió, sin embargo, mil veces más de no sufrir... Pero volvieron. En su crueldad infinita, son clementes... Y allí están de nuevo, siempre míos, siempre fijos, muriendo conmigo, matándome dulcemente, piadosamente, sin perder un minuto, ni un segundo; matándome de las mil muertes de que ellos han perecido... Porque son ojos muy antiguos, conservados en lágrimas... Son tal vez los ojos de Cleopatra, palide-

cidos por los siglos... los ojos de Salomé, arrepentidos... Son los ojos de todas las princesas lejanas muertas de amor... ¡Son tan claros, tan flúidos, tan tiránicos! A veces parecen turquesas iluminadas por una luz espectral; á veces son ópalos mates, con toda el agua de la gema glauca, pero sin sus cabrilleos de luz; á veces son esmeraldas casi blancas... En la penumbra de nuestras horas de amor, son como llamas que se ahogan en un piélago, y que luego resucitan, y luego vuelven á morir, y que así, muriendo y reviviendo, me hacen gozar y padecer del vértigo de lo infinito.»

Naturalmente, la primera noche en que fuí á casa de mi bella extranjera, no sentí de una manera tan literaria lo raro de su gracia. Comparada con mis paisanas, parecíame extraña, á causa de su cabellera muy rubia, de sus ojos muy verdes, de su rostro muy blanco, de sus labios muy rojos. Eso era todo. Y así, cuando después de ofrecerme una taza de te, preguntóme, risueña, por qué la miraba asustado, no pude sino balbucear algunas excusas vulgares en las cuales iba envuelto un homenaje á lo que yo llamaba su *jolie figure.*

—*¡Oh! pas jolie, pas jolie...*—gorjeó ella.

En seguida, acercando su silla á la mía, preguntóme mi nombre, mi edad, mi situación. Yo le hablé de todo con sencillez sincera.

—A su madre—díjome al oir mi apellido—la

conozco... La he visto en casa del ministro de España... ¡Qué linda es!

Y cogiendo una de mis manos entre las suyas, agregó:

—Tiene usted su misma boca, sus mismos ojos... En ella pensé cuando lo vi en el bazar de la Sorpresa... Pero cómo iba yo á figurarme que el hijo de una dama tan distinguida...

No terminó su frase. Yo sentí, sin embargo, al mismo tiempo que la vergüenza de mi estado, la pena de pensar que aquella mujer no me amaría nunca á causa de mi humillante carácter de hortera. «Este afecto que me demuestra, me dije, es por lástima... He venido como un criado á traerle un paquete... En vez de darme una propina, me ofrece una taza de te»... Y obedeciendo á un impulso de amor propio herido, púseme de pie bruscamente para despedirme. Pero ella me detuvo y cual si adivinase mis cavilaciones, murmuró:

—Seguramente su familia no le deja en ese puesto sino para castigarlo y obligarlo á estudiar... ¿Quiere usted que yo le hable á su madre?

—No, señora; mil gracias—contestéle—; yo creo que mi único porvenir se halla en el comercio...

Sin insistir, levantóse de su asiento, silenciosa, como irritada por una súbita contrariedad, y

me acompañó hasta la puerta de su chalet situado en medio de un jardín. Era ya de noche. Una brisa tibia, olorosa á rosas y á jazmines, acariciaba nuestras frentes. De un árbol caían los gorjeos entrecortados de un ruiseñor y de otro llovían flores níveas, ligeras cual copos de escarcha. Envuelta en un traje colán que marcaba sus líneas delicadas, la singular embajadora detúvose junto á la reja tapizada de alcotán, alzó los brazos, cortó un racimo de campánulas temblorosas y lo llevó á sus labios con una lenta armonía eucarística. Yo admiraba su altivez, su gracia algo hierática, sus gestos un poco teatrales. Todo en su belleza inspirábame amor y temor. Por besar sus largas manos pálidas habría expuesto mi vida. Para pagarle una palabra tierna hubiera vendido mi alma al diablo. Pero no dijo nada, nada... En silencio me entregó el frágil racimo de pétalos azules que sus besos habían ajado y en silencio alejóse hasta perderse en la sombra...

En la desierta avenida del Hipódromo, yo no acertaba á orientarme. Embriagado de ilusiones, atormentado por ideas contradictorias, marché al azar durante largo tiempo, dudando entre creer que Edda me amaba ó creer que me despreciaba, que me tenía lástima y que si me había ofrecido unas flores era por darme una

propina... «¡Una propina!» ¡Con cuánta humillación consideraba mi miserable estado...! «Un hortera—decíame—, soy un hortera... soy el que lleva los paquetes... soy el que barre la tienda...» Y comparándola conmigo, veía á mi rubia extranjera cual una princesa intangible, y hasta inmaterial...

Al llegar á casa me acosté. Quise leer y no pude. Traté de dormir y no conseguí conciliar el sueño. Mi alma, exaltada, sufría y gozaba, inquieta, ansiosa, acongojada, obscura. «Me ama, me ama»—decíame. Luego pensaba: «Me considera un miserable que sólo merece piedad.» Y sintiendo que no era posible soportar inmóvil tamaña lucha interna, levantéme y esperé el día sentado ante una mesa, tratando de escribir una carta llena de confidencias á mi amigo Rinconete, que había ido á pagar su aventura en el presidio del Instituto. Cuando mi casa se despertó corrí á sentarme á la cabecera de mi madre, y le conté de un modo escrupuloso lo que me había pasado. Ella me oía, sonriendo, sin interrumpirme. Al fin, acariciándome las mejillas, murmuró:

—La señora Christensen... sí... la he visto una vez... Creo que fué en casa del ministro Arellano... Es muy linda... muy pintada... Dicen que conoce el mundo entero, que habla todas las

lenguas... Algo loca, algo extraña... Muy, muy linda, sí...

Las palabras agonizaron en sus labios como si un pensamiento ajeno á lo que significaban las fuera matando poco á poco... Hubo en la alcoba un largo silencio meditabundo.

De pronto:

—Pero si debe tener mi edad—exclamó.

Yo, que no había pensado hasta entonces en los años de mi madre, preguntéle:

—¿Cuántos?

Y ella, haciendo un gentil gesto de horror, dijo:

—Muchos... muchos... Diez y ocho más que tú...

—¿Crees que ella tiene también treinta pasados...?

—Muy pasados...

—No importa...

—¿Quieres que te diga una cosa seria...? Estás enamorado de veras... ¡Y de una vieja...!

Mi mamaita trataba de reir, y tal vez en el fondo, con su manía de creerme siempre un niño, todo aquello que para mí era tan grave, para ella no pasaba de ser una broma. Yo no quise protestar contra sus burlas. Sintiéndome herido en lo mejor de mi pasión, arrepentíme de haberla confiado así á quien no quería comprenderla y decidí callarme.

A la hora del almuerzo un criado negro llevó á casa una caja atada con una cinta blanca y una carta escrita en papel blasonado... Era de ella. «*Cher petit ami*—decía—: *J'ai gardé une image si belle de madame votre mère, que je voudrai vous prier de lui offrir le souvenir que je vous envoie ci-joint. C'est un objet sans valeur, mais je l'aime parce qu'il garde un peu du passé religieux du Mexique et parce qu'il est formé de cinquante amulettes qui preservent contre les cinquante dangers de la vie. Le savant qui me l'a donné, m'a dit que c'est un des colliers trouvés à Yucatan au XVIème siècle par Juan de Grijalva. Je vous donne mes mains à baiser.*—EDDA.»

Luego, en un ángulo del papel, estas palabras en español: «Venga á verme esta noche como ayer.»

Cuando mi padre y mi madre hubieron leido la carta abrieron la caja y encontraron en ella un collar de turquesas multiformes, palidecidas por el tiempo.

—Yo no puedo aceptar un regalo tan valioso de una señora á quien apenas conozco—exclamó mamá.

Pero papá dijo:

—Sí... hay que aceptarlo... Y puesto que esa dama se interesa por los tesoros históricos de América, yo te daré, para que se lo mandes, en pago de su obsequio, un evangeliario iluminado hace tres siglos en un convento de la Antigua,

por un fraile que tenía el espíritu infantil de fray Junipero y el talento artístico de fra Angélico...

Pensando en Juan de Grijalva y en sus compañeros los magníficos hombres de presa que saquearon el tesoro de Quetzalcoatl para adornar con las pedrerías santas de los aztecas el pecho de sus barraganas, mi señor padre, siempre fuera del tiempo y del espacio, acariciaba el regalo sin preguntarse siquiera de quién venía. En su ingenua buena fe, parecíale merecerlo todo y de seguro pensaba, tocando las preciosas turquesas, que eran un homenaje al lustre de su nombre...

Mi señora madre, en cambio, mostrábase preocupada y daba más importancia á la carta que á la joya. Tres, cuatro veces la leyó. Más veces clavó en mí sus ojos escudriñadores... Y cuando nos levantamos de la mesa, pasó su brazo alrededor de mi cuello, me atrajo suavemente y con aire serio me dijo al oído:

—¿Has comprendido bien...? Esas palabras contienen una declaración... No es á mí á quien me manda sus amuletos... Es á ti, Enrique... Llamarte *cher petit* cuando sólo te ha visto un día... y eso después de las flores... Que te halague la cosa, no me extraña, puesto que á mí misma me halaga... Sólo que, te lo confieso, la mujer me inspira miedo... No olvides que está casada... que no es una niña... ¿Qué vas á hacer?

—Ir á verla...

—No vayas... tonto...

—Tengo que ir... ¿No ves que me llama...? Hay que darle las gracias...

—Bueno, pues en tal caso iremos juntos... Yo estoy más obligada que nadie á expresarla mi agradecimiento...

Y riendo agregó:

—Estrenaré el collar... me pondré guapa... Vamos... ¿me llevas á ver á tu novia...?

—Con encanto...

En realidad, más que encantado, al tomar, en la noche, el tranvía acompañado de una mamá tan joven, tan bella, tan elegante en su sencillez, sentíame orgulloso. Pensaba que aquello solo, bastaba á lavarme de mi mancha social y que mi adorada Edda no podría ya despreciarme ni tenerme lástima. Pero al propio tiempo experimentaba el temor de que mi amiga no fuera simpática á mi madre, que le pareciera demasiado fantástica, demasiado loca. ¡Ah!, y además temía también la presencia del señor ministro. «¿Cómo será ese hombre?»—preguntábame devorado por los celos.

La extranjera calmó todos mis temores en el espacio de un cuarto de hora. Con su gracia de gran dama acostumbrada á recibir, conquistó á mamá en el acto. Luego, excusándose de no presentarnos á su esposo, nos dijo:

—Mr. Christensen ha tenido que ausentarse por asuntos de su carrera. Está en Europa y no volverá sino dentro de muchos meses.

—¿Y usted no tiene miedo aquí sola, en este lugar tan aislado?—la pregunté.

—No—contestóme—, no... ¿De qué? Entre mis amuletos los hay contra los ladrones... Por otra parte, el sitio es muy tranquilo. ¿Quieren ustedes visitar mi jardín...? El tiempo está agradable.

Era una noche de primavera tropical, á la vez muy negra y muy clara. El cielo de terciopelo obscuro, parecía estrecho para el cortejo de sus blancas constelaciones. El aire, embalsamado por esencias sutiles y voluptuosas, hacía palpitar suavemente los corazones y las ramas.

—Es un paraíso—decía mi madre, tratando de hacer creer que no veía sino el jardín y las estrellas.

Pero, en realidad, ninguno de nuestros manejos amorosos escapaba á su perspicacia. Edda marchaba á mi lado y me acariciaba la mano, oprimiéndomela entre las suyas con un ardor tembloroso. Sus labios de carmín sólo se entreabrían para sonreir y enseñar los dientes menudos. Yo, en cambio, para aturdirme, para evitar el silencio hablaba: hablaba, animado por el orgullo de saberme amado. Y con frases en apariencia impersonales, no hablaba sino de amor, celebrando aquella soledad idílica...

Cuando nos marchamos, cargados de flores que mi amiga había cortado para nosotros, no nos atrevimos durante largo rato á pronunciar una palabra. Nuestras mentes deshilvanaban, cada una á su manera, la madeja misteriosa de mi destino inmediato. En mi madre, naturalmente, había más temores que alegría. En mí sólo había goce, esperanzas, exaltaciones, ternura, y también, allá en el fondo, una satisfacción pueril de amor propio halagado.

Ya en nuestra puerta, mamá murmuró:

—Es muy bella, no hay duda... Tiene unos ojos de...

—De pantera—exclamé.

Y ella terminó:

—No me atrevía á decirlo...

VII

EN PLENO IDILIO

En la tienda, por uno de esos fenómenos tan frecuentes en las ciudades pequeñas, mi patrón y mis compañeros enteráronse de lo que ellos llamaban mi conquista, antes de que yo hubiera cometido la menor indiscreción amorosa. Grandes psicólogos todos, habíales bastado que Edda me llamara dos veces por teléfono y que un pariente mío hablase de las turquesas, para que en el acto nos convirtieran en «novios», según se dice, con gentil eufemismo, en los viejos pueblos españoles. Y como es natural, no había nadie que dejara de felicitarme con un poco de burla y otro poco de envidia.

—Tu suerte—me dijo uno de los dependientes, tratando de convencerme de que si él hubiera estado en mi caso lo mismo se habría hecho querer—, tu suerte es haber llevado el paquete.

Y otro, más agrio, murmuró:

—Regálale un frasco de agua veneciana, para que se pinte las canas.

Sólo don Angel González, bondadoso y prác-

tico, me felicitó cordialmente, aconsejándome que no me olvidara de recomendar las sederías recién «importadas» de París.

—Clientas así—decíame—son las que nos convienen á ambos... Cuando esas mujeres se llegan á encaprichar, cometen cualquier locura...

Lejos de halagarme, aquello hería mi delicadeza y me hacía despreciar cada día más el medio social en que mi horror al colegio obligábame á vivir. Porque después de haberme hecho la ilusión, durante tres ó cuatro meses, de que el comercio era para mí el mejor de los estados, bastó que mi bella demostrara extrañeza al verme detrás de un mostrador, para que me avergonzase de ser hortera. «Si no fuese demasiado tarde para volverme atrás—decíame á mí mismo—me consagraría á un estudio digno de mí.» Y viendo, por una parte, que fuera del comercio todas las puertas estaban cerradas á mi ignorancia, y, por otra, que era imposible vender cintas sin incurrir en el desprecio público, ó mejor dicho en la piedad protectora de mi amada, comprendí, una vez más, que el destino se oponía al desarrollo normal de mi existencia. «Yo no puedo, no puedo, no puedo quedarme aquí», pensé, examinando el horizonte de cajas de cartón blanco que me rodeaba. Pero, al mismo tiempo, una voz angustiosa preguntóme en el secreto de la conciencia: «¿Y adónde vas á ir?...

¿qué vas á hacer?... ¿hacia qué porvenir vas á dirigir tus pasos?... ¿con qué rostro vas á confesar á tus padres que no sirves ni siquiera para dependiente?...»

Mis ideas tortuosas no se aclaraban sino por la noche, cuando, después de cenar, encaminábame hacia el jardín paradisíaco de mi divina amiga. Ella me esperaba bajo las enredaderas de su verja, y al verme llegar, corría, como una niña, á mi encuentro, acariciando algunas flores con sus manos nerviosas.

—Ven, pequeñito, ven—murmuraba con su voz gorjeante—, ven... ¿Por qué llegas cada día más tarde?... Detesto tu tienda y tu casa, que me roban las mejores horas de tu vida... ¿Por qué no vienes á comer conmigo todos los días?... Yo estoy sola, abandonada... ¿No me tienes lástima?...

Y echándome el brazo al cuello, acercando su rostro á mi nuca para respirarme mimosamente, llévabame hacia el *boudoir* de su palacete campestre. Había ahí en una atmósfera, que luego he encontrado en casas como las de Isidora Duncan y Liane de Pougy, una mezcla sabia de puerilidad femenina llena de molicies sedeñas y de grave preocupación de arte, de religiosidad confusa y de inquietudes estudiosas. Entre frascos de cristal, veíanse, sobre los veladores, libros

cuyos títulos parecían pedantes á mi ignorancia. En un nicho negro, un Buda de oro sonreía con labios enigmáticos, haciendo su milenario gesto que todo lo perdona porque todo lo desdeña. Dentro de una amplia vitrina, amontonábanse joyas, porcelanas, lacas y cristales de todos los países del mundo. A cada paso los pies tropezaban contra algún cojín oriental. Los muros desaparecían detrás de una verdadera galería de estampas, de acuarelas, de óleos, de fayenzas, de mosaicos.

Cuando entrábamos en aquel santuario, ella deshacía con sus dedos ligeros mi peinado burgués, dando á mi cabellera ondulada un desorden vaporoso.

—Si fueras mío—decíame—, enteramente mío, yo querría vestirte de otra manera, no sé cómo... pero no así... Hay algo de salvaje y algo de refinado en tu cara... Eres Antinoyo y eres Dionisio...

Una noche le contesté con amargura:

—Soy un pobre comerciante...

—Sí—exclamó exaltándose—, sí; eres un mercader como aquellos que en los zocos de Bagdad embriagaban á las princesas veladas con el aroma de sus esencias y con el filtro de sus miradas... Eres Bedredin... ¿No conoces *Las mil y una noches?* Yo te las leeré para ver si recuerdas el lugar en que conquistaste á la hija del visir...

Luego, poniéndose en pie y llevándome á un

ángulo iluminado por una lámpara rosa, díjome en tono imperativo:

—Mírame... mírame bien... dime si soy la misma que viste en Bagdad, en el harén del califa...

Yo la miraba con embeleso, no para buscar ilusiones de vida legendaria, sino para convencerme de que su belleza era impecable. Herido por las frases de mi madre y de mis compañeros de tienda, buscaba en su frente, en sus párpados, en sus mejillas, en su garganta, algo marchito, algo fatigado, algo envejecido. Todo era terso y diáfano. Todo era claro. Todo era fresco. Su rostro parecía un esmalte inmaculado. ¿Y qué decir de su cuerpo virginal, de sus movimientos de bailarina de Tanagra, de sus gestos armoniosos, de su esbeltez elástica?... Comparándola con ciertas paisanas mías que aun no habían cumplido los diez y ocho abriles y que tenían fama de bellas, parecíame no sólo tan joven como ellas, sino más joven, más ligera, más colegiala.

En su *boudoir*, mientras una doncella flaca y discreta preparaba el imprescindible te, Edda sentábase ante su piano y tocaba para mí, cantando extrañas melodías del Norte, un aire raro, siempre el mismo, siempre con la misma lentitud caprichosa y voluptuosa. ¡Oh, aquella músi-

ca que era como el reflejo de su espíritu y que nunca he podido olvidar!... Ahora, treinta años después, todavía la escucho y todavía me estremezco entre el dulce torbellino de sus notas... Es una música en la cual hay algo de himno religioso, de canción ingenua y lenta, de sencilla zarabanda antigua, y algo también de marcha funambulesca y de vals exótico; una música que ríe y que llora á un tiempo mismo, y que es noble y grave cual una pavana, y fina y galante cual un minué, y que en seguida es ruda y melancólica como las armonías de los aires húngaros, y que gime en los violines lascivos para pasar de pronto á los cobres sonoros y esparcirse en ruidosas ondas evocadoras de Walkirias y de reales cortejos; una música con languideces de habanera, con piruetas de cancán, con muecas de *highland-flinh*, con aspavientos de Polichinela y pucheros de marquesita empolvada; una música hecha de caprichos húngaros, de caprichos parisienses, de caprichos ingleses; y, en fin, tal cual mi memoria me la canta esta noche de tiernas reminiscencias, una música cosmopolita, compuesta de ritmos mezclados y de ecos combinados en un crisol que ha conocido el fuego de todas las pasiones del mundo y de los siglos...

—¿Te aburro, mi alma?—solía preguntarme

en los momentos en que la doncella iba en busca de alguna taza.

Y sin esperar mi respuesta, agregaba:

—Espera que nos dejen solos...

Yo me sentaba siempre en un diván oriental, entre almohadones olorosos á sándalo, y no me cansaba de contemplar un retrato de mi amada, colocado en el muro de enfrente. De pie, destacándose sobre una cortina roja, Edda aparecía en aquel lienzo en un instante de íntima coquetería, en uno de esos largos minutos en que la mujer se mira y se admira, sin pudor y sin malicia, abriendo mucho los ojos, entreabriendo apenas los labios, provocándose á sí misma para aprender á provocar á los demás. El brazo desnudo surgía de entre los pliegues flotantes de una echarpe negra, con ademán de canéfora en reposo. ¡Y qué brazo! ¡El más bello, el más puro, el más carnal y al mismo tiempo el más lilial de los brazos de estatua viva! En la garganta descubierta, un broche de diamantes resplandecía, haciendo con su brillo, más mate aún, más mate, y más suave, y más exquisita, la blancura inmaculada de la carne.

Una noche, viendo mi admiración por aquel cuadro, exclamó:

—Te lo regalo... Es tuyo... ¿Lo aceptas, alma mía?... Mañana te lo mando... Dime que te gusta y que lo aceptas...

Ante su generosidad extraordinaria, yo tenía que defenderme todos los días contra sus ofrecimientos tiránicos. «Quiero que le lleves esto á tu hermanita»—decíame despojándose de algún brazalete ó de alguna sortija. O bien, al verme acariciar sus exóticos bibelots: «Toma ése para tu mamaíta, te lo ruego, te lo pido por favor»... Y cuando se convencía de que con tales maneras no lograba hacerme aceptar sus presentes, empleaba supercherías infantiles ó diabólicas, metiéndome en los bolsillos, sin que yo lo notara, objetos preciosos, ó mandándome á casa libros, estampas, carteras, corbatas... Me acuerdo de cierta mañana en que, invocando el cumpleaños de mi hermana Luz, fuí á decirla que no me esperase aquella tarde.

—Voy á darte unas flores para ella—exclamó, dejándome solo en su *boudoir*.

Al cabo de un cuarto de hora volvió y puso entre mis manos un ramillete envuelto en un papel.

—No lo abras—díjome—, para que no se escape el perfume. Entrégaselo así; pero dile que es un regalo tuyo... No hay que pronunciar mi nombre muy á menudo en tu casa...

Cuando mi madre sacó las flores de su cucurucho para ponerlas en un búcaro y vió que estaban atadas con un hilo de perlas, la alegría del regalo trocóse súbitamente en disgusto.

—Esto—murmuró—no viene de ti.

—En efecto—le confesé—, pero yo no sabía... te lo juro... Es ella...

—Ya lo adivino... Siempre ella...

Y después de acariciar la blanca sarta de gemas, que para nuestra pobreza resultaba de un lujo extraordinario, agregó con voz muy suave:

—Enrique, es preciso encontrar el modo de devolverla este regalo sin ofenderla... Si fuéramos ricos, lo guardaría con gusto, y en cambio le mandaríamos un diamante... Pero, por lo mismo que no lo somos, hay que hacerle comprender que nos ofende sin quererlo... ¿No te das cuenta de mis inquietudes?... Antes temblaba pensando en lo que tu amiga podía robarme de tu amor... Ahora lo que me preocupa es su empeño en hacerte salir de tu modestia...

Yo no sabía qué contestar. Con dedos trémulos envolví el collar en un pañuelo y lo metí en mi faltriquera, decidido á devolvérselo á su dueña. Un silencio angustioso pesaba en la estancia, embalsamada por las flores del jardín de Edda. Inmóvil, junto á una mesa, mi mamaíta, más pálida que nunca, grave y cavilosa, con los brazos apoyados en el respaldo de una vieja butaca abacial, algo crispada, algo huraña, parecía huir de mis miradas. Yo me acerqué á ella, y al coger una de sus manos entre las mías, la sentí fría, casi hostil.

—¿Qué quieres que haga?—preguntéle.

Una sonrisa amarga crispó sus labios, sin despegarlos.

Luego, entornando sus grandes ojos soñadores, se dijo á sí misma:

—No me doy cuenta de lo que hay en esa alma tan rara, tan diferente de las nuestras.. No sé si es un ángel ó un demonio... No me quejo sino de sus bondades, de su cariño, de su dulzura... Tal vez soy injusta... No sé... No estoy tranquila...

De pronto me miró de frente y pronunció una por una estas palabras:

—Enrique, tú no eres ya un niño... no me mientas... esa mujer, ¿es...?

Adivinándola, respondí:

—No... no es más que una amiga... no sé cómo explicarte... es más que una amiga... me ama... me dice que me ama... no más...

Hasta aquel día, en efecto, mis amores no habían tenido nada de carnal. A los quince años, con apetitos precoces, con curiosidades fogosas, viviendo entre compañeros que me hablaban vanidosamente de sus conquistas domésticas, habíame conservado virgen. Yo comprendía, sin embargo, que Edda no me amaba cual una novia, que sus labios deseaban mis labios, que su cuerpo se estremecía al contacto de mis manos. Y sintiendo también la tentación tiráni-

ca de sus caricias, temblaba como deben temblar las prometidas ante la proximidad fatal del primer beso.

—Tu novia—murmuró mamá con algo de ironía.—¿Y tú?...

Grave y sincero, contesté:

—Yo la adoro.

El silencio, el terrible silencio, más elocuente que nuestro diálogo, volvió á llenar de congoja la atmósfera. Al fin, alejándose, mi pobre madre murmuró:

—Tengo miedo...

¿Qué hacer?... ¿qué pensar?... ¿qué ruta segura seguir?... Con el alma desgarrada, tuve la conciencia de que todo en mi vida tendría que ser fatal, que ningún camino se abriría ante mí libre de escollos, que un hado siniestro torcería, sin fatigarse, el rumbo de mis pasos... Creyendo que había ya vivido mucho, no vi en mi pasado sino desilusiones. Mientras mis demás amigos tenían novias sin que nadie lo notara, mis amores con Rosa, tan puros, habían acabado antes de empezar. De los colegios, donde abundaban los perezosos, los díscolos, los traviesos, sólo á mí me habían expulsado. En el Instituto, cuando deseaba estudiar, cuando me proponía hacer una carrera, el capricho de la suerte habíase opuesto á mi voluntad. Y ahora, que sólo el

amor llenaba mi alma, haciéndome saborear la bienaventuranza, la pena de mi madre elevábase entre Edda y yo, para amargar mi idilio.

Huyendo de mis tristezas, abrí uno de los libros que mi amiga me había regalado, y, sin darme cuenta de lo que hacía, me puse á leer. Era un libro muy distinto de los que hasta entonces me habían entretenido durante mis horas de ocio. Hojeándolo sin orden, iba de una página á otra, y en cada una de ellas encontraba algo que me sorprendía, haciéndome suponer que su autor lo había escrito pensando en ella... Luego lo he vuelto á leer tantas veces, que lo sé de memoria. Pero creo que aunque sólo aquella mañana lo hubiera abierto, conservaría en mis labios la miel de sus palabras. «Son lágrimas las que te ofrezco, ¡oh! Heliodora, aún más allá de la tierra; lágrimas crueles de llorarse, reliquias de mi amor»... «Uniré á los mirtos el tierno narciso, uniré el lirio risueño al azafrán suave, uniré el jacinto púrpura á las rosas pasionales, y con todo eso, Heliodora, haré para tu cabellera de oro una corona»... «Las flores se marchitan entre tus manos, Heliodora; pero así marchitas son más bellas que antes»... Evocando la gracia con que Edda estrujaba con sus dedos febriles las campánulas de las enredaderas, preguntéme, algo inquieto,

si aquellas estrofas no serían obra de alguno de sus amantes. En la cubierta, preciosamente impresa, del tomito, leí: *Epigramas de Meleagro.* Y tuve celos de aquel desconocido... Por fortuna, mi padre entró en la estancia. Viéndome leer con gran atención, acercóse, y, después de acariciar el pergamino de mi libro, exclamó, lleno de júbilo:

—Un hombrecito que lee á los griegos, no puede ser hortera...

—Puesto que no tengo otro camino... Y, además, ¿qué diría mi mamá si ahora abandonara el comercio?

—No sé lo que diría... Las mujeres no saben casi nunca lo que dicen. Por eso son tan encantadoras... Pero yo te daría mil abrazos, y hasta te regalaría mi biblioteca...

—¿No fuiste tú mismo, sin embargo, quien me propuso entrar en la tienda de don Angel?...

—Sí... sin duda... Creí que al cabo de una semana tu sangre hidalga se rebelaría contra tan bajas ocupaciones... ¡Con cuánto gusto te hubiera oído maldecir del oficio de mercachifle!... Por desgracia, veo que eso te gusta.

—No; gustarme, no me gusta... Al contrario... A veces me siento humillado. Sólo que, no teniendo una carrera...

—¿Y qué necesidad hay de ser médico, ó ingeniero, ó abogado?... Yo soy abogado, y jamás me ha servido mi diploma... La ignorancia y la

pedantería han catalogado á los hombres, poniéndoles etiquetas más engañosas que las de los vinos... Lo único indispensable es amar el estudio por el estudio, sin pensar en lo que ha de producir, y el trabajo por el placer de realizarlo... ¡Si tú quisieras!... No te pido más que una cosa: que leas lo que te guste... Y que no tengas prisa, que esperes... ¿Cuánto te da González?...

—Por ahora, veinte duros...

—Bueno, yo te los daré... No lo digas á tu madre... Piensa en la dicha de ser libre...

Abrazando á mi padre, lleno de gratitud por salvarme así de una esclavitud que me pesaba cual un castigo divino, en lo que pensaba era en ella, en Edda, en la mujer de los ojos que, como la estrella Canope, habrían podido crear, con sus «esplendores salvajes», un culto más misterioso que el de los primeros ismaelitas...

Y mientras mis labios decían: «gracias, papaíto, eres muy bueno, muy bueno», mi alma volaba hasta el santuario presidido por el Buda de oro, y arrodillándose ante mi ídolo, ofrecíale una vida limpia de humillaciones, libre, ávida de saber y de amar.

Un instante después, cuando mi madre, no viéndome en la sala en que Luz recibía á sus amiguitas, fué en mi busca, le dije:

—¿Sabes?... Tengo que darte un disgusto... uno más... el número mil y pico... He decidido

abandonar el comercio y consagrarme á otra cosa cualquiera...

Sonriendo, contestóme:

—Esa es una idea de Agustín... Apostemos á que es él quien te ha metido en la cabeza que un Carrillo de Albornoz no puede ser hortera...

Mi padre no se atrevía ni á negar ni á confesar su iniciativa.

—Verás—decía—, verás... No hay duda de que yo no puedo, por mucho respeto que los señores negociantes me inspiren, declarar que es digno de un hidalgo barrer una tienda... Pero de eso á pretender que yo he dicho «no puede ser», hay una gran distancia... Yo no he hecho más que expresar mis ideas... Dilo tú mismo, Enrique...

Mamá se echó á reir alegremente, y, volviéndose hacia mí, exclamó:

—Bueno; pues yo también te confieso ahora que no estaba muy orgullosa de verte vender cintas á las señoras guapas...

Y pensando, sin duda, en Edda, agregó:

—¡Ojalá no hubieras comenzado!..

VIII

LAS LÁGRIMAS DE SUS OJOS

Al día siguiente mi bella amiga me encontró preocupado, distraído, inquieto. En vano, para hacerme sonreir, multiplicaba sus atenciones cariñosas, sus halagos elegantes, sus suaves mimos. Yo no la oía, casi no la veía. Cuando le di cuenta de mi renuncia del cargo honorable de hortera, creyó descubrir en aquel cambio de existencia el motivo de mi malestar, y se empeñó en hacerme comprender que, gracias á mi talento, un porvenir magnífico se abriría pronto ante mis pasos triunfales.

—Verás—decíame—, verás, pequeño; yo me ocuparé de ti, yo te ayudaré á estudiar. Yo tengo más años que tú. Yo querría que fueras diplomático, para que viajáramos juntos. Yo no quiero que te alejes de mí nunca, nunca... ¿Me juras que no te alejarás?

—Te lo juro.

Pero aquella noche, más que mi amor, preocupábame el collar que me había comprometido á devolverla y que no sabía cómo entregar-

le. Dos ó tres veces estuve á punto de depositarlo sobre una mesa sin decir una palabra. Una delicadeza moral impedíame pensar siquiera en quedarme con un regalo tan valioso; pero otra delicadeza sentimental, más respetable quizás, obligábame á comprender que un gesto brusco heriría á la mujer que me amaba. Haciendo un esfuerzo, quise explicarle lo que realmente había pasado.

—Sabes—la dije—, el collar...

Llena de alegría, cortóme la palabra y exclamó:

—¡No te figuras lo feliz que me siento al pensar que tu hermanita lo lleva!... Es una joya que me dió mi padre cuando cumplí los quince años... Es lo más puro que tenía... Por eso lo envié á Luz... ¡Y si supieras la mala noche que pasé ayer, pensando que podía rechazarlo!... ¡Me habría causado una pena!...

Ante tal discurso, no me encontré con valor para insistir. Callé ahí y luego callé en casa; y durante semanas enteras llevé el paquetito precioso en el fondo del bolsillo.

Mi madre me preguntó:

—¿Le explicaste bien á esa señora que no era posible aceptar sus perlas?

No queriendo mentir, contestéle:

—¿Para qué hablar de cosas desagradables, mamaíta?... Yo sé lo que hay que hacer...

La pobre imaginóse, sin duda, una delicada

escena que no había sido representada, y me recompensó, con un beso en la frente, de mi hipotético heroísmo. Luego, llevándome hacia el jardín, echó su brazo alrededor de mi cuello y me acarició las mejillas. ¡Cuán dulce parecióme aquel mimo! Pero poco después, recordando que Edda me trataba del mismo modo, sentí un desasosiego interior, como si viera las manos santas de mi mamaita acercarse inconscientemente á un objeto profanado por manos impuras. Una carta que llegó en aquel instante, dirigida á mí, proporcionóme el pretexto que buscaba para librarme de las caricias maternales. Era una carta de Edda, una simple carta de amor, temblorosa y fogosa, tierna y tiránica, humilde cual un himno franciscano, y al mismo tiempo altiva é imperativa. «Yo haré siempre lo que tú quieras—decíame—; yo no tengo más voluntad que la tuya, lo que no habla de ti no me interesa». Y luego: «Puesto que no vas ya á tu tienda, no me hagas aguardarte hasta la noche. Ven en seguida; ven en mi carruaje, que espera á tu puerta y que no regresará sino trayéndote».

Me volví hacia mi madre para pedirle permiso de ausentarme.

—Es Edda—le dije—que me llama... ¿Quieres ver su carta?...

Entonces fué ella quien, repitiendo mis palabras, murmuró:

—¿Para qué hablar de cosas desagradables?... Tú sabes lo que debes hacer...

En seguida:

—Si es para eso para lo que has dejado tu empleo—agregó—, no valía la pena...

Tuve un instante de vacilación cobarde y heroica. Mi alma en aquel momento estaba dividida en dos pedazos dolorosos: uno que era de mi familia, mejor dicho, de mi mamaíta tierna, bella, suave, y otro de la seductora extranjera. Y pensaba: «Si voy, dejo una pena aquí, y si no voy, causo una pena allá...» Pero no... no pensaba nada... Incoherentemente sentía en el fondo del corazón el choque de los deseos y de los deberes que me convertían en personaje de drama clásico. Figurábaseme que para ser buen hijo era necesario renunciar á obedecer á mi instinto amoroso. Y al propio tiempo una fuerza secreta empujábame hacia el jardín de mi rubia.

Buscando un subterfugio conciliador, dije á mi madre:

—¿Por qué no vienes conmigo?... Ella te ha visitado dos veces y tú no has vuelto nunca...

No me contestó siquiera... Lentamente alejóse deshojando una rosa blanca, y la vi perderse en el fondo de un pasillo conventual, como una religiosa que huyera de miradas profanas...

Mi padre, que salía en aquel instante, preguntóme:

—¿Me acompañas hasta los archivos?... Tengo en estudio un códice colonial muy curioso. Es la historia de doña Beatriz de la Cueva, amiga de don Pedro de Alvarado...

Al poner el pie en la acera, un lacayo abrió la portezuela blasonada del coche y me hizo una profunda reverencia. Yo tuve entonces una idea diabólica.

—Papaíto—dije—, vamos á ver á la señora Christensen, que quiere darte las gracias por el evangeliario... Verás qué casa tan hermosa...

—Sí, chico, vamos... Me han dicho que es una mujer muy guapa...

Y mirándome con malicia:

—También me han dicho que te quiere mucho... Cuéntame algo de tus amores...

Le conté todo, sin ocultarle la pena que me causaba la inexplicable oposición de mi madre.

—Las mujeres son todas iguales—exclamó riendo—. ¿Quieres creer que Josefina tiene todavía celos de mí, después de diez y siete años de matrimonio?... Pero no hay que dar importancia á esas cosas... ¡Es tan buena!... Yo te diré mi opinión cuando hayamos visto á esa dama... Yo conozco el alma femenina...

En realidad mi buen papá no conocía sino á las heroínas de la historia y á las amorosas del teatro antiguo. Una niña era siempre para él

Agnés; una coqueta, Celimena; una esposa engañada, Armanda; una doncella agradable, Maturina... Mi amiga tuvo la suerte de hacerle pensar, apenas la vió, en Ofelia. Y con eso, y con la atmósfera de arte que se respiraba á la sombra del Buda de oro, y con un poco de música antigua, y con muchas palabras llenas de halagos para su sabiduría, para sus libros, hasta para su estampa de capitán de los tercios de Flandes, la sutil Edda lo cautivó por completo.

—Es muy bella... muy artista... muy agradable—murmuraba al regresar hacia casa—. Yo he conocido algunas mujeres así en Londres... ¡Tienes una suerte!... Pero, ¿por qué demonios le has hablado de eso á Josefina?... Las mujeres toman muy en serio lo que en general no es sino un pasatiempo. Me acuerdo que á tu edad, viniendo de España en un barco... Ya te lo contaré otro día...

Había en mi papá, siempre tan bueno, tan optimista, una gran alegría y un gran orgullo, como si mi conquista fuera una victoria suya. Lo que podía tener de peligrosa la aventura, ni siquiera ocurríasele. No viendo, según su costumbre, más que el lado bueno de las cosas, halagábale que su hijo, es decir, la carne de su carne, hubiera parecido digno de ser amado á una dama aristocrática, y comenzara su vida amorosa no con trapicheos de criaditas, sino en

medio de encajes y de obras de arte, á los pies de una princesa shakespeareana.

—¿La encuentras vieja?—preguntéle.

—Vieja precisamente, no... Debe tener unos cuarenta años... tal vez menos... Estas mujeres del Norte son enigmáticas en todo... Es escandinava, como Ofelia... En fin, pongámosle treinta y seis... ¿Qué más quieres?

—Más, nada... Así la hallo perfecta...

Los que consideren un poco amoral este diálogo entre un adolescente y su padre, no se dan bien cuenta ni de mi carácter precoz, ni de la ingenuidad del autor de mis días. Fuera de ciertos principios de ética ante los cuales era inflexible, aquel soñador erudito tenía una concepción de la existencia digna de un Montaigne ó de un Gracián. Engañar en un negocio, traicionar á un amigo, hacer daño á alguien, negar un favor, calumniar, cometer una ingratitud, he ahí, más ó menos, los pecados que su filosofía no podía perdonar. Pero el amor pareciale sagrado hasta el punto de que cuando el rumor público acusaba á alguna niña de haber dado un mal paso, convertíase en defensor suyo, arguyendo que la pasión lo excusa todo y todo lo santifica.

—Mucho más culpable la encontraría—exclamaba—si en vez de escaparse con un novio que le gusta, se hubiera dejado casar con un

hombre á quien no quisiera... Los únicos pecados, en ese punto, son los que se cometen por interés ó por cálculo.

En las discusiones de tal índole, mi madre acababa siempre por indignarse, llamándolo inmoral.

Y él decía, sonriendo:

—Sí, Josefina, sí... Lo confieso... Soy de una inmoralidad evangélica...

Aquel día, ambos fuimos víctimas de la indignación general. Enterada mi familia de nuestra visita, no nos perdonaba el haber ido en un coche de «esa mujer», el habernos quedado horas enteras en el jardín del chalet, el haber salido entusiasmados hablando como dos amigotes. Pero en punto á principios de tolerancia, aquel hidalgo era tan impermeable á las tempestades de la maledicencia, que por la noche, después de cenar, cuando nuestro comedor estaba lleno de tíos y primos, díjome en alta voz:

—Enrique, hijo mío, no hagas esperar á esa dama... Yo la prometí que te recordaría las horas de tus citas y no quiero incurrir en su desagrado...

—Eso es—gruñó sin poderse contener uno de sus hermanos—, conviértete ahora en alcahuete de este mocoso...

Al marcharme lleno de admiración por el carácter de mi «viejo», y lleno de desprecio por el farisaísmo de mis parientes, sólo me llevé la amargura de que mi madre no hubiera correspondido con sus besos á los que deposité, lleno de ternura, en su cabeza rizada.

Edda era cada día más dulce y más ardiente. Ya ni siquiera esperaba que su doncella hubiera acabado de poner la mesa del te, para acariciarme la frente, para besarme las manos, para despeinarme á su modo echándome el pelo hacia atrás, en un desorden que luego he conservado siempre. Sumisa y dominante, obligábame á sentarme donde quería, y luego arrodillábase ante mí, para recitar letanías de amor á mis ojos, á mis labios, á mis mejillas, á mi cuello. Todo, en mí, parecíale perfecto, lo que entonces, con mis quince abriles, me extrañaba, y que ahora, cuando á alguna mujer que se enamora de mi cara de mártir y de mis pelos canos le pasa lo propio, me parece muy natural...

—¿Qué puedes encontrarme digno de ti?—preguntábala—; ¿qué puede gustarte en mí, á ti que has conocido tantos hombres, que has amado tantas veces tal vez?...

Ella protestaba y me hacía callar poniéndome su pañuelo sobre la boca. ¡Amar! Jamás había amado... Su marido tenía veinte años más

que ella... A los demás, ni siquiera los veía... Yo era su primer amor, su único amor, su último amor...

—Verás—decíame abriendo sus ojos verdes, que brillaban en la penumbra con fulgores felinos—, verás, pequeño... Yo no me separaré nunca de ti... Cuando me marche de aquí te raptaré lo mismo que á una niña... Mi esposo es un ser superior que me adora como á una hija y que comprenderá... Se lo diré todo, te presentaré á él... Será un padre para ti... Te llevaremos á París, á Roma, á Constantinopla... ¿No has soñado nunca en el Oriente misterioso, donde las mujeres no enseñan sino los ojos, donde los hombres se visten con túnicas de púrpura...? En el Cairo, si quieres, nos instalaremos en una casa blanca al borde del Nilo, y por la noche veremos las cimas de las pirámides destacándose sobre el fondo plateado del cielo... Te pondrás un manto de seda roja, como los que llevan los príncipes, y una corona de lana blanca, como las de los jinetes beduínos, y unas zapatillas de tafilete azul, que yo misma bordaré de oro, poniéndoles versículos del Corán para que Alá guíe tus pasos... Le mandaremos á tu mamaita velos constelados de estrellas, perfumes que hacen soñar, chales amarillos... Ya verás, amorcito, ya verás...

Poniendo sus codos sobre mis rodillas hacía con sus manos un marco para su rostro y me

miraba alzando la vista de tal manera, que sus pupilas perdíanse á medias bajo sus párpados superiores.

Cierta tarde, después de una escena dolorosa provocada en mi casa por uno de sus regalos, llegué á su *boudoir*, triste, crispado y, sin poder contenerme, le confesé que mi madre se oponía cada vez más tenazmente á nuestros amores.

—Yo también tengo un hijo—murmuró con voz quejumbrosa—y no me meto en lo que hace... ¿Qué me encuentra tu mamaíta que no le guste...?

—Nada y todo—le dije.

—Mi situación, ¿cierto?... Una mujer casada...

—Sí...

—Y mis ojos verdes...

—Sí... sí...

—¡Ah! y mi edad... Estoy segura de que me llama vieja...

—Sí... También...

Se me quedó mirando en silencio largo rato, muy largo rato... Por sus pálidas mejillas pasaba un ligero temblor febril que ahondaba las comisuras de su boca. Su frente, tersa y curva, igual á la de algunas madonas primitivas, contraíase moviendo nerviosamente las cejas negras.

—Vieja—susurró.

Y en su cara inmóvil resbalaron dos grandes

lágrimas que no me atreví á beber por respeto á su dolor.

—Vieja—volvió á decir.

Al fin una sonrisa amarga animó su fisonomía.

—Siéntate aquí, lejos de la luz—exclamó—, no me mires... Oyeme sin interrumpirme... Sé bueno... sé piadoso... no trates de consolarme con galanterías indignas de mí... Es exacto que soy vieja... ¿Me has dicho que tu madre tiene treinta y cuatro años?... Yo tengo más... Tengo treinta y nueve, dentro de pocos meses tendré cuarenta... casi tantos como tu padre, á quien tú llamas «mi viejo»... Pero él no es viejo... Los hombres no son nunca viejos... Yo sí... yo soy vieja... Piensa en lo que te falta para llegar á mi edad... veintitrés años... Tengo veintitrés años más que tú... Si fuera razonable, no debería amarte sino maternalmente... Pero no puedo, no puedo... He luchado... no te lo he dicho nunca... he luchado... ¿Te acuerdas de la primera vez que fuí á tu tienda pidiendo medias de seda?... Tus miradas tristes me penetraron en el acto y tu voz me acarició como una mano misteriosa... Te veía por todas partes, tenía ganas de ir en tu busca... Resistí un día, una semana... Al fin, ¿sabes lo que me propuse, creyéndome enferma de un simple capricho y haciéndome la ilusión de que podía curarlo con sólo saciar los apetitos voraces de mis sentidos?...

No te ofendas... Yo te tomaba por un muchacho del pueblo, ávido de ganar dinero, necesitado de todo... Pues bien: me propuse comprarte lo mismo que se compra un esclavo en Oriente... Te pedí que me trajeras un paquete... ¿Te acuerdas?... Ahí lo guardo, sin abrirlo, entre mis reliquias, junto con las cartas de mi hijo, entre una corona de azahar marchita, no por el amor sino por el tiempo, y un rizo de mi madre. Pero en cuanto me hablaste y me contaste tu vida, comprendí que la esclava sería yo y me incliné ante el destino, feliz en mi esperanza...

Edda continuó de esta manera su triste y ardiente confesión:

—Me amará—pensé—y será mío, será mi dueño... Yo seré para él una novia, y poco á poco conquistaré su corazón salvaje. En seguida pensé en mi edad, y desde entonces no he dejado un solo instante de repetirme que soy vieja... Y eso no es todo. Lo más terrible es que comprendo que cuando tú tengas veinte años, veinticinco años, yo estaré llena de canas y de arrugas... ¿Cómo esperar, pues, que nuestro amor pueda durar lo que yo he soñado, mucho... mucho?... Ya ves, en mi inconsciencia parece que ni siquiera tuviese prisa; pero en el fondo, cada vez que te atrasas una hora, siento que es una hora robada al tiem-

po, y para mí el tiempo no es, como para ti, un tesoro que puede derrocharse sin empobrecer... Para mí cada minuto vale un año, cada día me platea un cabello... ¡Ah!, tú no lo has notado al jugar con mi cabellera, porque me arranco las pobres canas, y las guardo, y las cuento, y las cubro de lágrimas, no por mí, pequeño, no por coquetería, no, sino por ti, por tu amor, porque temo que me desprecies... No sabes hasta qué punto te adoro desde el primer instante en que te vi... Las mujeres del Norte somos así, algo locas tal vez, y muy engañosas en nuestro aspecto frío... Durante años y años nada nos conmueve. A veces morimos llenas de hijos y con el corazón virgen. Pero cuando la pasión nos sale al encuentro, se apodera de nosotras con garras implacables... ¿Tú dices que tu madre me tiene miedo?... Más miedo me tengo yo... A ti no, á ti no te temo... Es á mí, porque sé que por tu amor sería capaz de cualquier cosa... Mi pequeño... mi pequeño... mi pequeño...

Escondiendo su divino rostro entre las manos, Edda se puso á sollozar, no como una niña, no como una mujer que sufre, sino como una demente, con quejidos uniformes y acongojadores, en gamas que subían y bajaban sin cambiar de tono. Yo me acerqué á ella, conmovido y atemorizado, y cubrí su cabeza rubia de besos muy

tiernos, muy suaves, muy tristes, sin acertar á decirla nada. Toda mi alma, sin embargo, protestaba contra la acusación que ella me había dirigido al asegurarme que yo también debía encontrarla vieja. La encontraba perfecta y la amaba ardientemente, tímidamente, como un novio...

De pronto, con las ojos llenos de lágrimas, se puso en pie, me cogió las manos, y me dijo:

—¿Me amas?

—Te adoro—le contesté.

—¿A pesar de mi edad y de mis canas?

—Si yo no veo en ti nada de eso... si eres la más bella, la más joven de las mujeres... si no sueño más que en ti... si soy tu esclavo...

Me arrodillé á sus plantas. Ella se arrodilló á mi lado... Y después de contemplar el Buda de oro que parecía bendecirnos, murmuró, con voz velada:

—¡Gautama, que estás entre tus elegidos, tú que aconsejas el renunciamiento, tú que maldices el deseo, tú que predicas el nirvana, hazle comprender que la juventud no es nada, que la belleza no es nada, que sólo el alma que se sacrifica es grande en su holocausto de amor!...

IX

LA INICIACIÓN

Mientras Edda elevaba así su alma complicada y teatral al cielo lejano de la India, yo me sentía vulgar y tiránicamente atraído por sus labios palpitantes, por su cuello ebúrneo, por sus ojos húmedos de lágrimas. Nuestros cuerpos tocábanse y el aliento de su boca envolvía mi rostro en un soplo de fuego perfumado. Ella notó la insistencia profana de mis miradas, y me dijo al oído, con un gorjeo tembloroso:

—No me veas de ese modo, pequeño... no seas cruel...

Había en su actitud una languidez febril, un abandono de todo su ser que parecía inclinarse bajo el peso de una obsesión. Su cuerpo, envuelto en un *peignoir* translúcido que moldeaba los dos globos rosados de sus senos, no había tenido nunca para mí tan sensuales tentaciones. Encontrábala más menuda, más frágil que antes, y me sentía capaz de estrecharla entre mis brazos y de estrujar su carne aun contra su voluntad.

—Mi vida... mi alma... mi mujer—murmuré, sin poder contenerme, acercando mis labios á su nuca.

Ella apoyó su cabeza sobre mi hombro, estremeciéndose.

En la estancia, apenas iluminada por las lámparas del altar de Buda, reinaba una penumbra tibia. En un ángulo erguíanse dos rosas epitalámicas y fieras, dándonos consejos de vida, de amor, de lujuria. Las figuras de los cuadros volvían hacia nosotros sus caras risueñas, como convidándonos á pecar. El mismo Gautama, convertido en cómplice, invitábanos con sus bendiciones desdeñosas á no conceder gran importancia á los prejuicios de la moral cristiana.

—Mi vida... mi vida...

Su boca tapó mi boca... Y fué primero un beso lento, suave, un beso hermético, una caricia sinuosa, mimosa... Y luego, de pronto, aquel beso se abrió cual una flor mojada, se hizo franca y ávida, insidiosa y despótica. Sus labios palpitaban y sus dientes chocaban contra mis dientes. En un instante, Edda había recobrado todo el imperio de su fuerza para hacerme sentir que era siempre mi dueña. Por mis espaldas corrían escalofríos antes nunca sentidos.

—Mi vida, mi vida...

Habíamos caído sobre la alfombra de las preces, al pie del diván, y nuestros cuerpos estaban pegados el uno contra el otro. Sus rodillas

crispábanse, oprimiendo una de las mías. Su pecho temblaba junto á mi pecho... Al fin, nuestras dos epidermis cálidas estremeciéronse al unirse... Fué mi primer espasmo, un largo espasmo palpitante, balbuceante, jadeante, inconsciente, casi doloroso. Su boca, abierta sobre la mía, mezclaba los besos con los suspiros y los suspiros con los mordiscos, en un delirio sagrado. Yo había perdido casi por completo la noción magnífica de la realidad y apenas me daba cuenta, en mis transportes y en mis desmayos, de que en aquella hora sublime la naturaleza revelábame el más divino de sus misterios...

X

EL FIN DEL IDILIO

Como si aquella victoria hubiera rejuvenecido su alma, Edda mostróse en lo sucesivo más tranquila, más segura de sí misma, y al propio tiempo más despótica y más caprichosa. Disponiendo de mí á su antojo, tratábame cual yo me figuraba entonces que los amantes verdaderos debían tratar á sus queridas. Todas las iniciativas voluptuosas partían de ella. Ella solía llamarme: «mi novia... mi mujercita»... Ella se reía de mis timideces, de mis ignorancias... Ella me hablaba de los secretos del *Kamma Sutra*, de los ritos obscenos de Chrisna. Y de vez en cuando, en los momentos de languidez que seguían á nuestros arrebatos sensuales, prometíame llevarme á la India para iniciarme en placeres que sólo bajo el cielo de Oriente pueden florecer.

—Cuando seas mío, enteramente mío—murmuraba sonriendo con sonrisa diabólica—; cuando ya no seas un niño, cuando seas un hombre, comprenderás que el amor es una cosa terrible...

A su lado, entre sus brazos, mi sumisión era absoluta. Pero cuando más tarde, en mi cama de estudiante, pensaba en mi situación algo subalterna de juguete vivo, rebelábame contra mi suerte. En mi orgullo de machito ingenuo hubiérame gustado, si no sentirme más fuerte que mi amiga, por lo menos, igual á ella. Su edad me humillaba, su situación también. Y también su carácter imperioso. Sin embargo, todo parecíame dulce cuando pensaba en el esplendor extraño de su belleza y en el sabor embriagante de sus caricias.

Ella, por su parte, hacía todo lo posible por ofrecerme una existencia agradable, rodeándome de halagos. Jamás sus labios exhalaban una queja ó un reproche. Para ocupar las largas horas que pasábamos separados, inventaba á cada instante nuevas ocupaciones ó nuevas preocupaciones.

Guiada por un jardinero japonés, cultivaba sus flores con mimos minuciosos, y convertía, poco á poco, su *boudoir* en un invernadero exótico. Sus manos blancas y afiladas consagrábanse durante horas enteras á la lenta labor asiática de transformar una rama de cerezo en un ramillete ó en hacer, con fragmentos de pino, arbolillos enanos. Todo lo artificial la seducía.

—Respira esta rosa—solía decirme.

Y como yo, en mi sencillez, no notaba nada de extraordinario, ella se reía llamándome sal-

vaje y me explicaba de qué manera había logrado perfumar con esencias mezcladas de sándalo y de jazmín, los pétalos blancos de la divina corola, para comunicarles el aroma místico de la India.

Un día, al entrar en su santuario, encontréla arrodillada ante el Buda de oro, y vi sus ojos enrojecidos.

—¿Has llorado?—preguntéle inquieto.

—No—me contestó—no... Es el humo... ¿No sientes nada?... He tenido que combinar yo misma las esencias para desagraviar al pobre Gautama... Porque estaba irritado, muy irritado... ¿No lo notaste anoche?... Yo vi que sus pupilas no querían mirarnos... Sin duda hemos pronunciado, sin darnos cuenta de ello, alguna palabra de las que no pueden decirse en su presencia... De hoy en adelante, no dejaré apagarse nunca este pebetero... No podría dormir tranquila, si supiera que nuestro señor Sakia Muni no nos es propicio...

Oyendo discursos cual éste, yo sonreía complacientemente, haciéndola creer que me preocupaban mucho sus supersticiones orientales. Pero en el fondo, después de haber creído que hablaba en broma, llegué á dudar de su juicio cuando me convencí de que era muy sincera en sus gentiles desvaríos. Las cosas más absurdas

la entristecían ó la exaltaban, según los presagios que en ellas descubría. A veces, era el vuelo de un pájaro, á veces una flor que se deshojaba, á veces un rayo de sol proyectando una sombra...

—Mi pequeño, mi amor, mi vida, mi alma—exclamó una tarde estrechándome entre sus brazos nerviosos—, ahora estoy segura de que me amas, de que eres mío, de que no me olvidarás nunca... Los números me lo han asegurado. Tú no conoces la ciencia de los números. Es la más exacta, la más antigua, la única...

Y llevándome á un ángulo de su *boudoir*, me mostró un libro extraño, abierto en una página cubierta de signos cabalísticos.

—Aquí estamos nosotros—murmuró poniendo el índice sobre una doble estrella entrelazada—¿ves bien?... Los Drujs desean separarnos con la influencia de las tres llamas rojas... Pero los Ameshas Spentas, con los siete metales bajo los siete planetas, nos protegen y nos unen para siempre... ¿ves bien?... ¿ves bien, pequeño?...

—Veo...

Entonces, oprimiéndome el brazo con la mano izquierda y dándome con la diestra un largo alfiler, exclamó:

—Vamos á mezclar nuestras sangres en la página de nuestro destino... Una gota... Una gota de cada uno... Es el rito de la alianza...

Sus ojos verdes dilatados en las órbitas azu-

les, inspirábanme un terror misterioso. Y yo pensaba, sin atreverme á decir una palabra, abandonando mi muñeca al instrumento de su holocausto: «Está loca, está completamente loca.»

Pero un rato después, al verla correr por el jardín, alegre, risueña, ocupada de sus flores, atenta á todos mis gestos, más sencilla y más fresca que nunca, olvidé por completo sus miradas dementes y me extasié, en mi constante adoración, contemplando su belleza.

Fuera de los momentos de malestar que me causaban sus caprichos de bruja, lo único que amargaba mi idilio era la invencible antipatía que mi madre demostraba por ella. «Lo que te suplico—solía decirme—es que no me hables de eso.» Pero sin hablar, era fácil darme cuenta de que vivía preocupada, obsesionada por nuestros amores. ¿Imaginábase, acaso, lo que, en la rubia escandinava, había de desequilibrado, de enfermizo, de peligrosamente seductor?... No lo creo. Lo probable es que, aun creyéndola muy normal, muy armoniosa, muy digna de ser amada y estimada, detestábala por lo que, para una mujer educada en estrictos principios de austeridad cristiana, y de orden burgués, tenía de culpable el caso de Edda. Y tal vez no era ni siquiera el saberla casada lo que la chocaba. Era más bien

su edad, su cinismo, su fiebre de colmarme de regalos. Recuerdo que un día, como papá dijera: «Entre nosotros lo que indigna no es el pecado, sino el escándalo», mamá aprovechó la ocasión para dedicarme un discurso sin dirigirme la palabra y sin hablar de mí.

—El escándalo—dijo—agrava el pecado, porque lo saca de la sombra y lo convierte en ejemplo pernicioso. Yo no soy de las que practican la hipocresía; pero creo que, lejos de ser un crimen, es una virtud necesaria, algo así como el pudor de los que reconocen su error y tratan por lo menos de ocultarlo. Un ser que lucha contra sus malas pasiones, que las reprime hasta donde puede, que se defiende contra sí mismo, tiene derecho, cuando cae, á que se le excuse. Un ser que se precipita en brazos de las tentaciones, no obedeciendo sino á un apetito animal, no merece más que desprecio...

Sin poderme contener, exclamé:

—¡Quién sabe lo que pasa en las almas!...

Mi madre volvióse hacia mí; me miró tristemente, y sus grandes ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando, más tarde, después de cenar, la encontré sola, le dije:

—¿Quieres que hablemos seriamente de lo que tanto te disgusta?

—No—contestóme—, no hablemos de eso.

Yo hubiera sido capaz, en aquel momento,

para evitarle penas, de renunciar á mi amor, de alejarme de Edda, de sufrir en silencio. Su sequedad hirió mi vanidad. Y sin darle un beso, salí de casa nervioso, irritado, quejándome de mi mala suerte.

No era aún la hora de ir á casa de mi amiga, que comía más tarde que nosotros. Pero como yo no conocía sino el camino de su chalet, hacia allá me dirigí, andando de prisa, rumiando mis inquietudes, ansioso de dulzura, de ternura. Al llegar, la doncella me dijo que *madame* recibía en aquel momento la visita de una señora, y para hacerme esperar me abrió las puertas del *boudoir*. Algo noté, ahí, de cambiado. Una mesa había desaparecido, y en su sitio vi un mueble chino, sobre el cual erguíase, en un cuadro de laca negra, un joven oficial de marina, apuesto, altivo, algo irónico. Instintivamente cogí el retrato y lo examiné con ojos hostiles, sin acertar á descifrar la dedicatoria que llenaba el margen inferior del cartón. Sólo los números de la fecha comprendí: «1889»... Era, pues, de aquel año... No era un recuerdo traído de Europa... ¿Sería, acaso, algún diplomático de los que solían visitarla?... ¿Sería...? El veneno de los celos penetró en mi alma. Me sentí engañado y humillado: sobre todo humillado, por aquel uniforme, por aquellos galones, por aquel aire...

¡Ah, cuán distinto aquel mozo rubio, del pobre hortera apenas salido de su tienda, que yo me complacía en ver siempre en mí!... Todo en sus facciones, en su porte, en su elegancia, causábame horror y envidia. Veía sus pupilas serenas, seguras de sí mismas, orgullosas de poder mirar de igual á igual á las damas linajudas... Veía sus labios rojos, imberbes, sinuosos, risueños, burlones, detestables y adorables... Veía sus manos finísimas cruzadas sobre la empuñadura áurea de un puñal... Y sin poderme contener, soñaba, exaltado, en verlo entrar por la puerta, y en provocarlo...

La que entró, de pronto, fué Edda... Entró sin hacer ruido; observó un instante mi actitud ante aquella imagen. Y adivinando lo que me pasaba, gozó en su singular amor.

—Mi pequeño —dijo—, mi pequeño...

Yo coloqué el cuadro de laca sobre el mueble chino y le pedí mil perdones por haber sido indiscreto.

Luego, fingiendo indiferencia, con la voz seca, con la rabia reflejada en el rostro, preguntéle:

—¿Quién es?...

No me contestó.

—Es guapo—agregué.

—Sí, muy guapo...

—¿Lo quieres mucho?...

—Mucho...

Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual yo sentía impulsos de gritar, de romper el retrato, de injuriar á mi amiga, de marcharme, de desahogarme... Sólo que, por un fenómeno muy frecuente, mientras más volcánicos eran los movimientos de mi corazón, más frío, más hermético se mostraba mi rostro.

Como para exasperarme, cogió el retrato y lo besó largamente, tiernamente.

Entonces, sin poderme dominar, le arrebaté el marco y lo arrojé contra el suelo.

—¡Enrique!—gritó ella, pálida, temblorosa—. ¡Enrique!...

Y se acercó á mí, me examinó, puso sus labios contra los míos y me dijo:

—Estás celoso... sí... estás celoso... sufres... me odias... ¿verdad que me odias?... ¿verdad que querrías matarme á mí y matarlo á él?... Dime que sí... dime que me odias... que estás celoso...

—Yo... no... ¿Con qué derecho?... Eres libre...

Traté de alejarme. El aliento de su boca me quemaba y en sus pupilas ardían luces fosforescentes que mi mirada no podía soportar.

— No te vayas—murmuró—; mátame si quieres, pero no te vayas... Te adoro... Me gusta verte padecer... ¡Ah!, dime que me detestas, maltrátame, hiéreme... Tus celos penetran en mi pecho como un bálsamo de fuego... Tú sufres y yo gozo... ¿No ves mi alegría?... Mi pe-

queño, mi pequeño... Ya no eres un niño... Hoy comienzas á ser un hombre... ¡Un hombre!... Mi hombre; vamos, al fin, á saborear el infinito... Déjame que bese tus manos frías, déjame que bese tus pies...

Envolvíame entre sus brazos febriles, acariciándome la cabeza, el cuello, la espalda... Todo su cuerpo vibraba, ondulando serpentinamente como para estrecharme en sus anillos. Sus mejillas estaban lívidas.

Y me decía:

—Amor, mi amor... sí, quiero que sufras... quiero que conozcas el sabor de agonía que tantas veces ha amargado mi lengua... quiero que paladees el martirio de los celos... Me amas... ¡Cómo me amas!... Yo no lo creía... Yo no lo esperaba tan pronto... Ha sido un milagro... un sublime milagro del demonio... Yo se lo he pedido al demonio...

Señalando el marco roto, la dije:

—¿Lo quieres?...

—Sí...

Con un ademán brusco quise arrancarme á sus brazos para huir. Mas ella, tan frágil en apariencia, clavó sus uñas en mi nuca y me detuvo. Las heridas que me hacía en la carne calmaban mis nervios, produciéndome una sensación dolorosa y agradable. Se miró las manos, y al verlas manchadas de sangre, de mi sangre, desmayóse, murmurando frases incoherentes, en las

cuales yo sólo percibía las palabras amor, muerte, celos... Arrodillado ante el diván traté de socorrerla.

—No es nada—me dijo volviendo en sí—, no es nada... Siéntate aquí, á mi lado... Déjame reposar un momento... Dime que me amas... Dame tus manos... Bebe mis lágrimas...

Yo estaba á sus pies, sin saber ni lo que sentía, ni lo que pensaba, ni lo que deseaba... Como por ensalmo, mis celos habían desaparecido, y en mi alma reinaba una gran claridad melancólica. La paz del Buda de oro brillando en la penumbra, envuelto en una espiral de humo aromático, parecía sonreirme piadosamente para enseñarme la suprema vanidad de todo. Un cansancio físico, una modorra de mis miembros, fatigados por la fiebre reciente, me sumía en una raro bienestar de convalecencia.

Después de un largo rato de inmovilidad, Edda incorporóse, recogió el retrato, y sonriendo dulcemente, díjome:

—¿Sabes quién es este oficial tan guapo? Míralo bien... ¿No le encuentras algo que se parece á mí?... Es mi hijo...

Una hora antes, en los momentos angustiosos en que mi pecho hallábase á punto de estallar, estas palabras hubieran sido el más dulce de los bálsamos. Cuando ella se decidió á pronunciarlas, lejos de agradarme, sonaron en mis oídos como una confidencia monstruosa, reveladora de un

espíritu diabólico, de un cerebro perverso y enfermo. Por primera vez tuve miedo ante sus ojos glaucos, que no fulguraban ya, sino que parecían pedir por piedad una caricia. Entre el humo del pebetero parecióme ver el bello rostro de mi madre, siempre serio, siempre melancólico, siempre tranquilo. Y oí su voz que me decía: «Esa mujer, que se sirve de lo más santo que hay en el mundo, del amor maternal, para hacerte una escena miserable, es, ó una loca, ó una comedianta peligrosa. Yo la detestaba antes. Ahora la desprecio. Si tú no quieres verla todavía tal cual es, no hay duda de que estás ciego.» Para huir de la sonrisa severa de mamá volví la vista hacia mi amiga, buscando su belleza extraña, buscando su boca, buscando su cuello de esmalte, buscando sus brazos serpentinos. No sé si fué ella la que cambió de pronto ó si fuí yo. Pero, por primera vez, creí descubrir arrugas en su frente. Ya no era el lirio del Norte, orgulloso y tentador en su alta esbeltez, en su nítido orgullo. Era una flor que el destino acababa de ajar con manos implacables, como las campánulas que ella misma, entre sus dedos de fiebre, solía marchitar en un minuto de exaltación. Pasándose los dedos por las mejillas, después de frotarse los ojos, se había hecho horribles tatuajes con el antimonio de sus ojeras artificiales. El carmín de sus labios también habíase extendido, pintándola un gro-

tesco bigote rojo... Y con eso, y con su lividez, parecía una máscara á la par cómica y macabra. «No es ella—pensé—, no es mi Edda. Es otra... Es una mujer vieja, una bruja... ¿Cómo he podido amarla hasta el punto de no notar que su belleza era un engaño?... Mi pobre madre tenía razón...» Y para saciarme en su súbita metamorfosis, la contemplé largamente.

—Estoy muerta—murmuró.

Luego, más quedo, suspirando mejor que hablando:

—No te vayas, pequeño, no me dejes sola... Tengo miedo... Tengo algo que me acongoja... Siento que va á pasar no sé qué de terrible... No te vayas hasta que se calme mi angustia... Ven á sentarte á mi lado... Busquemos la sombra de Buda para que calme nuestro delirio... Ven, pequeño, mi pequeño, mi vida...

Su cabeza inclinóse, pesada, como si la enorme madeja de oro de sus cabellos sueltos la arrastrasen en su caída... Hubo en su pecho algunos movimientos de sobresalto. Al fin se quedó dormida en el amplio diván oriental, bajo la bendición impasible de Gautama.

Cuando volví á casa más tarde, mucho más tarde que de costumbre, mi madre me esperaba inquieta. Al verme quiso encerrarse en su alcoba, pero yo la detuve, y sin darla explica-

ciones sobre lo que acababa de pasarme, la dije:

—Todo se ha acabado... Ya no tendrás motivos de alarma...

En silencio apoyó su tierna frente sobre mi hombro, y murmuró á mi oído:

—Es Nuestra Señora de Guadalupe la que ha hecho el milagro... ¡He llorado tanto ante su imagen!... Si te queda un poco de pena yo te consolaré... Ya verás qué buena es la existencia después de la tormenta... Duerme bien, hijo mío...

Al día siguiente escribí á Edda una carta cruel de ruptura. Ella me escribió no una, sino cuatro, seis cartas que no me atreví á abrir, adivinando el dolor que contenían. Más de una vez estuve á punto de correr hacia el santuario del Buda, alucinado por el recuerdo de sus ojos. Pero otros ojos más dulces me detenían en mi hogar.

Pasaron quince días que fueron para mí una convalecencia.

Al fin, una noche, muy tarde, mi madre recibió un telegrama: venía del puerto de San José, y decía: «*Je vous comprends et je vous embrasse. Dites lui que je lui pardonne et que je vais mourir de son amour. Je pars ce soir pour mon pays à la recherche de mon fils. J'ai tant vieilli depuis deux semaines. Adieu.*—EDDA.»

A medida que mamá leía, las lágrimas caían de sus párpados sobre el papel azul.

—Pobre mujer—murmuró al fin.

Yo sentí entonces algo trágico y confuso, algo que era rebelión contra el destino de los hombres y que era resignación ante los dolores de la vida... Y sin pensarlo adiviné lo que Maeterlinck habría de decir poco después... Adiviné que si fuera Dios tendría piedad del corazón humano...

XI

DÍAS DE ANGUSTIA

En los primeros momentos la ruptura había sido para mí, no una pena, sino una satisfacción de deber filial heroicamente cumplido, y sobre todo una afirmación orgullosa de mi independencia y hasta de mi importancia. Más de una vez, en los albores de mi idilio, cuando pensaba en el porvenir, sentíame acongojado al figurarme que Edda, tan bella, tan rica, tan distinguida, se cansaría pronto de acariciarme cual un juguete y me abandonaría, riéndose de mis lágrimas, de mis súplicas, de mis desesperaciones, de mis amenazas. Y al ver que no era ella quien me abandonaba, que ella era la que lloraba é imploraba en vano, experimenté un placer miserable y cruel de amor propio halagado. Pero al mismo tiempo había en mi alma otro sentimiento menos bajo que nacía de mi instinto de libertad, instinto casi salvaje que no he podido curar nunca y que, en el transcurso de mi existencia, ha envenenado las más bellas de mis horas haciéndome sentir con una exageración enfermi-

za el peso de todas las cadenas, aunque hayan sido de oro ó de flores. «Soy libre—decíame respirando el aire fresco de la primavera—; soy libre, no tengo que pensar en las horas de las citas, no tengo que ocultar lo que hago, no tengo que mentir.» Y cual si mi pobre amiga, que había sido un espejo de benevolencia, me hubiera tiranizado antes, gozaba de una ilusoria conquista de mi albedrío. Por otra parte, como el ruido causado por nuestra aventura aureolaba mi cabeza con resplandores donjuanescos, deleitábame en las reuniones burguesas, notando que las niñas me veían con admiración y los chicos con envidia.

Pero de pronto el telegrama de despedida, que hizo llorar á mi madre, cambió de una manera brusa el curso de mi sentir... En el primer instante hubo en mi pecho un choque sordo, una especie de aturdimiento, algo de confuso y de indefinido que desconcertaba mis previsiones. Lo que yo podía esperar hasta entonces, no lo sé. Lo que sí sé es que no había pensado en ver partir á Edda y sobre todo en oirla quejarse con voz trágica. Dudar de su amor resultábame absurdo. Creía que me amaba y que me había amado. ¿Era acaso posible no creerlo?... Sólo que entre esta certidumbre y la idea de que por mi abandono pudiera pensar en morir, abríase un abismo al cual mi conciencia se acercaba temblando. «¡Si realmente muriera por mí!»—decía-

me. Y no me atrevía siquiera á agregar: «¡Si se matara!» Porque entonces, con mis nociones puras de la existencia y con mis ideales de responsabilidad moral, figurábame que el hombre que provoca con sus crueldades voluntarias el suicidio de una mujer, no tiene derecho á sobrevivirla.

La atmósfera de mi casa, contribuía á entristecer mi espíritu. Enterados todos de lo que pasaba, parecían complacerse en rodearme de silencio, como si temieran que cualquier palabra agravase los dolores de mi espíritu. Mi madre mostrábase más afectuosa, más tierna que nunca, y á pesar de su deseo de ocultarme sus preocupaciones, vigilaba mis pasos de una manera algo indiscreta. Mi padre mismo, en medio de su calma habitual y de su habitual franqueza, mirábame con ojos llenos de ternura y de lástima. Notábase que el niño travieso habíase convertido en una especie de niño prodigio. Las amiguitas de mi hermana Luz bajaban la vista al saludarme y se ruborizaban al oir mi voz. Algo de diabólico y algo de misteriosamente grave completaba mi leyenda local. Rinconete iba á pasar conmigo los domingos y me decía lo que mis antiguos compañeros pensaban de mí, de mi conquista, de mi gran escándalo... Porque en aquel pueblo pequeño, donde todo se sabe y todo

se agranda al pasar de boca en boca, la historia de mi idilio metamorfoseábase poco á poco en una novela romántica y patética.

Yo vivía cual un fantasma entre aquel murmullo admirativo y hostil, rumiando sin descanso las cuatro ideas fijas de mi dolor, de mi sorpresa, de mi arrepentimiento, de mi inquietud. Una vez más, en el espacio de pocos años, el porvenir pareciame cerrado, la existencia inútil... Y ya no era sólo la vida material lo que me atormentaba. Acostumbrado á creer que no teniendo oficio no podía aspirar á nada honroso, resignábame á volver á ser dependiente en caso necesario. ¡Qué importancia tenía eso!... En cambio, mi alma herida, creyéndose herida de muerte, agonizaba en silencio.

«¡Si al menos tuviera un amigo!»—deciame cada vez que el peso de mi angustia me hacía sentir la urgencia de las confidencias y de los consuelos fraternales.

El destino colmó este anhelo dándome, de pronto, un verdadero hermano, inteligente, fuerte, alegre, capaz de aconsejarme, de guiarme, de prestarme alientos para sobreponerme á mis desmayos. Me refiero á mi tío José (1), hermano de mi madre, casi de la misma edad mía y que

(1) D. José Tible Machado, hombre de gran espíritu y gran inteligencia, que, como Arthur Rimbaud, aban-

hasta entonces había vivido en Europa. Todo me sedujo en él. Sin carrera y sin paciencia para consagrarse á un estudio universitario, tenía una confianza absoluta en la vida. Y como era bravo, atrevido, amigo de intrigas amorosas, conocedor del mundo, agradable en su trato, generoso, afectuoso y ambicioso, desde el primer día en que lo vi le quise de corazón. Luego, en treinta años de intimidad, hemos reñido treinta veces. Pero en el fondo nuestro cariño es siempre el mismo y, de lejos ó de cerca, en el curso de existencias paralelas tan agitadas la una cual la otra, cuando él necesita de mí sabe que basta llamarme para que yo acuda con los brazos abiertos.

En aquellos días de mis amarguras, él fué mi consuelo y mi guía. Juntos íbamos por las tardes á contemplar la verja cerrada de mi paraíso perdido. Juntos nos paseábamos por las calles á la hora en que el Ave María del amor convierte cada reja en un altar de comuniones galantes. Juntos nos encerrábamos, después de cenar, en su estancia, para edificar castillos aéreos en las nubes del futuro. Sin la menor idea de que el ambiente de Guatemala podía ser estrecho para nuestros ensueños venideros, nos arreglábamos situaciones magníficas al amparo de la influencia de nuestras familias. Con hipotéticas fianzas de

---

donó las letras á la edad en que los demás comienzan á cultivarlas. Hoy está consagrado por completo á la diplomacia.

mi padre, comprábamos plantaciones, fundábamos agencias de negocios, creábamos bazares, explotábamos industrias nuevas... Yo tenía metida en la cabeza la idea del comercio menudo y de sus pingües ganancias.

—Alquilaremos una tienda en la calle Real—decíale—y pediremos á Barcelona artículos para señoras... Las facturas se pagan á tres meses de plazo, de modo que cuando la primera se venza, tendremos lo necesario para cubrirla. D. Angel comenzó así y ya ves la fortuna que ha realizado...

José encontraba mi proyecto muy práctico, pero su codicia volaba más alto que la de un hortera. La perspectiva de pasarse años enteros detrás de un mostrador, no le sonreía. Tenía prisa.

—Lo más seguro—respondíame—es crear una plantación y luego venderla. En dos años podemos enriquecernos.

Rinconete, á quien aceptábamos en nuestros coloquios los domingos, nos dió cierto día una idea fabulosa y miserable.

—¿Cuánto podrían ustedes reunir para un negocio seguro?—preguntónos.

Después de hacer muchos cálculos y de escribir muchas cifras, llegamos á convencernos de que, recurriendo á todos nuestros parientes y explicándoles que se trataba de una cosa seria, llegaríamos á disponer de una suma de mil duros.

—Con eso basta—exclamó mi amigo—; con eso hay para vivir regiamente... Óiganme bien. ¿Han tenido ustedes necesidad de empeñar algo?... Ya sé que no... Bueno: pues yo, sí... Yo he empeñado hasta zapatos de mi padre... Frente á mi casa se encuentra uno de los montepíos más honrados, el de D. Joaquín Melo... Por un objeto cualquiera que vale diez pesos me dan ahí cinco, y luego, sobre esta suma, me cobran el seis por ciento mensual. Así, en un año, su capital está duplicado...

Mi tío se echó á reir. ¡Ganar mil duros con mil duros en doce meses de trabajo!... Para eso, mejor no hacer nada. Lo que necesitábamos era algo que nos produjese por lo menos el mil por ciento... Y de nuevo nos expuso su plan quimérico de pedir un terreno al Gobierno, sembrar en él maíz y venderlo antes de la cosecha en ochenta ó noventa mil pesos...

Por desgracia, unas pocas palabras de un abogado enemigo de los bellos ideales adolescentes, echaron por tierra nuestras esperanzas:

—Antes de los veintiún años—nos dijo con el Código en la mano—no se puede ni comprar, ni vender, ni poseer, ni administrar... No se puede nada, en suma...

Entonces, nuestras veladas perdieron algo de su encanto. La ley, la dura ley, había roto el cántaro de nuestra lechera de cuento de hadas. Y después de haber sido millonarios un par de

semanas, volvimos á pensar en tener un empleo para hacer algo.

Mi familia, viéndome siempre al lado de José, figuróse que mis tristezas se habían curado. En realidad, durante el día la pena no me atormentaba grandemente. Pero en cuanto regresaba á casa, solo, la sombra blanca de mi amada surgía de entre la sombra para repetirme su desgarradora melopea de amor y de reproches. Pareciame ver sus labios sinuosos, sus ojos dilatados, su pecho palpitante. Y oía decir á mi oído á una voz muy suave, muy triste, algo irónica, algo despreciativa: «Has sido cobarde, pequeño; te has inclinado ante temores ilusorios; has obedecido á tu madre como un niño... ¡Ah! Y además, has sido injusto, y porque un día de delirio viste mi rostro descompuesto, tuviste vergüenza de ser el amante de una mujer vieja... ¡Ah, vanidad!... ¡ah, cobardía!... ¿Cómo no encontraste tiempo, pequeño, para comparar el valor de lo que yo te ofrecía, que era mi vida entera, mi alma entera, con el de tus caricias, que era lo único que te pedía?... Ten cuidado, pequeño... Todo se paga en este mundo...» Ante aquellos discursos obscuros, mi alma y mi carne estremecíanse, llenándome de vagos presentimientos de futuras desgracias.

Una tarde dije á mi tío:

—Tengo á veces la idea de que Dios ha de castigarme.

—¿Tú crees en Dios?—preguntóme con aire importante.

No sólo creía profundamente, ingenuamente, con una fe heredada de mis padres y que por fortuna he conservado siempre, sino que hasta sentía la necesidad física de buscar, á los pies de Jesús crucificado, el único bálsamo capaz de cicatrizar mis heridas interiores. A veces, en mi estancia, arrodillábame, á punto de desfallecer, ante un crucifijo negro que protegía mis sueños, y al cabo de un largo coloquio irrespetuoso en el que subían hacia el cielo, mezcladas y sin orden, las frases del *Padrenuestro* y las letanías de mi amor, levantábame con un alma nueva refrescada por un soplo sublime que me hacía creerme capaz de todas las inmolaciones. En esos raptos de purificación mística, figurándome que en los conflictos entre una madre y una amante Dios está siempre de parte de la primera. Las cobardías que solía echarme en cara el fantasma de Edda, trocábanse entonces en actos de bienaventuranza. «Por la más sagrada de las mujeres—decíame—he renunciado á la más seductora de las amigas; en la lucha del deber y del placer me he sacrificado á mí mismo en aras de la piedad filial; he sido fuerte, sin que

me importe ser infeliz...» Los misteriosos, los engañosos consuelos de la fe torcían así mi conciencia apenas despierta, salvándome del dolor con silogismos que el egoísmo milenario atribuye calumniosamente á la razón divina.

Pero en el fondo, cuando me sentía con el valor necesario para hablarme á mí mismo sin hipocresías, tenía que acabar por rendirme ante la evidencia. Y esa evidencia no me era favorable en ningún sentido. «Vamos á ver—decíame—, ¿estás seguro de que si Edda te hubiese siempre parecido muy joven, muy bella, muy buena, habrías sido capaz de inclinarte sin discutir ante los consejos de tu mamaíta...? Recuerda que durante los largos días en que no descubriste ni una arruga en el rostro, ni un defecto en el carácter de aquella mujer amada, te guardaste muy mucho de hacer el holocausto de tu amor. La verdad, hermano, es que eres un ser débil, un ser flotante, una mezcla de orgullo y de timidez, uno de esos hombres que querrían que sus deberes estuvieran siempre de acuerdo con sus deseos, y que no saben ser ni de Dios ni del Demonio. Tu misma idea de independencia, ¿qué es sino un egoísmo envuelto en un bello ropaje de libre albedrío? Ten cuidado, si no quieres sufrir haciendo sufrir, por falta de carácter...»

Recuerdo estas palabras porque luego, en el transcurso de mi existencia, he tenido que repetírmelas más de una vez. Tal cual fuí en mi primer amor, he sido siempre. Pero entonces, en mi poca experiencia, siquiera tenía la excusa de «no saber», y me figuraba que con más años hubiera podido tomar un rumbo menos tortuoso. ¡Ay!, la experiencia no existe, la edad no enseña nada, los corazones sensibles son incurables, la flaqueza de ánimo es un mal crónico. Evocando la imagen de Edda, es un cortejo el que aparece ante mi vista. ¡Cuántas mujeres me han amado y han padecido por mi amor, y no por mi falta de amor, sino por falta de cordura en mi amor!...

Una noche, bajo el naranjo florido de nuestro patio, confié á mi madre los tormentos de mi alma. La hablé, como á una hermana, de soledad moral, de congojas solitarias, de cruel arrepentimiento...

Ella me escuchó en silencio, acariciando mis cabellos. Luego, en voz muy baja, murmuró:

—Yo también tengo la conciencia intranquila... Yo también suelo pasarme horas y horas sin dormir, preguntándome si no he contribuído á cometer una injusticia, una cobardía... Yo no sé si hice mal en tratar de alejarte de una mujer que te amaba tan profundamente... A veces

me digo que mi deber era ignorarlo todo y dejarte libre... ¡Qué desgracia que no haya sido ella la primera en romper!

En la sombra, yo no veía el rostro de mi madre, no veía sus ojos; pero sus manos ardientes y febriles hacíanme sentir la profunda agitación de su corazón, lleno de escrúpulos piadosos.

--Sabes—me dijo después de exhalar un largo suspiro—; una tarde, poco antes de que tú la abandonaras, estuve á punto de ir á verla para pedirle por Dios que renunciara á amarte, que te alejara, que te cerrara su puerta. Sentíame capaz de arrodillarme ante ella y de implorar, invocando la imagen de su hijo, el sacrificio de su capricho de mujer... Porque yo pensaba que na era sino un capricho de dama rica que se aburre y que quiere adornar su ocio con flores novelescas... Creyéndola buena en el fondo, figurábame que me habría concedido sin pena el favor que la pedía. ¡Cómo iba á imaginarme que una señora de mi edad, casada, de gran familia, y además madre, podía estar enamorada hasta tal punto de un muchacho!... No fuí, sin embargo. No fuí por no exponerme á representar el papel del Sr. Duval en *La Dama de las Camelias*. Y en vez de humillarme ante ella, corrí á postrarme á las plantas de la Virgen, para decirla: «Nuestra Señora, que estás en los cielos; tú, que también fuiste madre, ten compasión de mí».

—Ya ves que la tuvo—exclamé estrechándola tiernamente en mis brazos.

—Sí—contestóme—; de mí, sí... Pero de la otra, no... Por eso ahora, queriendo lavarme de mis remordimientos, rezo por ella... Todas las noches rezo por ella... le ruego á la Virgen que aclare su alma turbia, que la guíe hacia su hogar sin hacerla sufrir, que abra sus ojos maternales, que la salve del pecado y del dolor...

La sublime debilidad de mi mamaíta me dió fuerzas no sólo para sobreponerme á mis propias penas, sino para tratar de calmar las suyas. Convencido de que el único medio de curar su tristeza consistía en despojarme de la mía, mostréme desde entonces tranquilo, suave, casi alegre. Los libros, que me comenzaban á interesar, sirvieron en parte para calmarme. Además, inconscientemente, instintivamente, puse en práctica el sistema de aturdirme, de huir de la soledad, de correr en pos de intrigas menudas, de buscar en satisfacciones de amor propio un bálsamo contra el amor, de embriagarme con la vida como después, en casos iguales, me he embriagado de vino... E imponiendo silencio á mi conciencia, con la alegre complicidad de mi tío José, que aun gozaba de la paz del corazón, me propuse recomenzar mi vida á la edad en que otros no la han comenzado todavía.

XII

PRIMERAS LECTURAS

Mi padre tenía por su biblioteca un cariño natural y una admiración exagerada. Todas sus obras parecíanle de primer orden, y todas sus ediciones antiguas antojábansele incunables. Yo conservo aún, como una reliquia, el catálogo que escribió mi madre para inventariar aquel tesoro, y hoy me basta hojearlo para revivir con dulce melancolía las horas algo aburridas que, entre los diez y seis y los diez y siete años, pasé encerrado en la estancia clara y vasta que era entonces para mí el templo de todas las ciencias humanas y divinas. Nótase, desde luego, que el autor de mis días era, por lo menos en sus lecturas, un hombre enemigo de la frivolidad y hasta de la fantasía. No había una sola novela ligera entre sus libros. La literatura imaginativa estaba representada para él en el *Telémaco*, en el *Quijote*, en *El Gran Tacaño*, en algunos dramas clásicos y en tres ó cuatro *fabliaux* franceses de la Edad Media. Pocos versos también, y todos españoles, todos clásicos.

Pero, en cambio, encuentro en mi lista familiar una serie de filósofos, de cronistas y de historiógrafos que inspira profundo respeto. Desde Herodoto hasta Menéndez Pelayo, desde Plutarco hasta Cánovas del Castillo, desde Froissart hasta la señora Pardo Bazán, todos los que á través de los siglos han sobresalido escribiendo la vida de algún pueblo ó de algún hombre, estaban al alcance de mis manos. Y debo confesar, sin rubor, que no sólo no me tentaban, sino que me causaban un poco de antipatía... No es de ellos la culpa. Es mía, ó más bien de mi mala suerte. En vez de comenzar por las *Vidas Paralelas*, que me habrían apasionado, ó por la *Conquista de Nueva España*, de mi paisano Bernal Díez, que me habría entretenido cual una novela, quise iniciarme en los misterios del pasado leyendo al padre Mariana, el cual, Dios me perdone, no me dió sino ganas de dormir. ¡Cuántos volúmenes hay que entonces entreabrí sin respeto, y que ahora, al verlos figurar en mi viejo inventario, me producen la impresión de biblias del espíritu humano!... «¿Por qué—me pregunto contemplando el estante reservado á los griegos—por qué no escogí la *Odisea*, que es el más divino cuento de hadas imaginado por los hombres?...» Verdad es que la traducción de mi casa era la de Hermosilla, en versos chatos y monótonos... Pero en cambio, Platón, aunque algo entibiado por

el bueno de Azcárate, brindábame la copa embriagadora del *Banquete*, sin que yo, en mi ignorancia, lograse apurarla. ¡Cuántos misterios de mi alma inquieta hubiéranse aclarado en la risueña intimidad de Alcibíades!... ¡Cuánto menos habría padecido dándome cuenta de que el amor es, desde el tiempo de los dioses, un sublime tormento!... Porque lo más terrible de mis estados de ánimo era que yo los creía originales, fabricados exprofeso para torturarme á mí solo, ajenos por completo á los demás mortales. En mi vanidosa ceguera, no viendo sino el rostro apacible de los que pasaban por la calle, el mundo componíase para mí de muchos seres tranquilos, felices, equilibrados, y de un hombrecillo singular que todo lo hacía al revés, que sufría con lo que para los demás es un placer, que no lograba saber lo que todos aprenden sin esfuerzo, y que, en suma, resultaba un monstruo. Si mi buen papá, en vez de ser un historiador grave, hubiera sido un psicológo escéptico, habría abierto ante mis ojos *La Comedia Humana*, para hacerme comprender que todas mis tormentas eran una gota de agua en el océano infinito de las pasiones.

Pero Balzac no estaba en nuestra biblioteca... Ni Zola tampoco... Ni Dickens... Ni siquiera Galdós... Y mi padre, adivinando la sed que me

devoraba por encontrar algún alivio á mis íntimos anhelos, sólo sabía aconsejarme los tratados de Balmes, que era su filósofo favorito.

Yo prefería las obras históricas y las obras clásicas españolas. En las primeras buscaba las aventuras de los grandes capitanes, y en las segundas creía encontrar lecciones de elegancia en el hablar.

Un día mi padre me preguntó:

—¿Has leído el *Quijote?*

—No—le contesté.

—Pues... hijo mío, te has perdido el más preciado de los deleites, la más extraordinaria de las enseñanzas. Todo está en el *Quijote.* Yo lo leo por lo menos una vez al año...

En el acto busqué el famoso libro y comencé mi lectura. «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero...» Al cabo de dos horas, no sé si debo confesarlo, me quedé dormido... Al despertarme quise continuar y leí aún treinta páginas, sin encontrar ni el placer ni la enseñanza prometidos. Pero como era necesario conocer aquella obra maestra, seguí al día siguiente, y al otro día, y llegué hasta el fin del primer tomo, siempre sin haber logrado descubrir el interés de la obra. Luego, naturalmente, he recomenzado mi lectura con mayor agrado. Pero, á riesgo de indignar á mi fraternal amigo el manchego Tomás Romero, que por su amor de Cervantes hasta algo de Quijote tiene, declaro

en toda sinceridad que nunca me he dado una cuenta muy exacta de lo que constituye la grandeza sin par de la inmortal novela castellana. *El Gran Tacaño*, que me enteresó siendo niño, me apasiona ahora más que el *Quijote*, y las *Novelas Ejemplares*, que no leí sino después de los veinte años, me parecen más dignas de eternizar el nombre de su autor, que la historia terriblemente larga del caballero de la triste figura.

¿Es una herejía?... Otras muchas diré en estas confesiones, que, de no ser sinceras, serían un cuento sin interés.

Así, por ejemplo, cuando encontré en la biblioteca de mi casa una antología clásica española publicada por Baudry á mediados del siglo XIX, fuí derecho á los poetas de la Edad de Oro, para buscar en ellos un manantial de emociones. Leí á Boscán, á Garcilaso, á los Argensola, á Góngora... Y fuera de dos ó tres madrigales, todo lo demás parecióme frío, engolado, artificial, retórico... Seguramente no eran éstas las palabras que yo empleaba entonces para calificar á los dioses del parnaso hispano. A los diez y siete años ignoraba lo que es retórica, lo que es literatura y hasta lo que es artificio... Mas mi alma, ávida de sincero ardor lírico, sintió en seguida lo vacío, lo mecánico, lo enfático ó lo rebuscado de cada uno de aquellos astros.

Tímido y vergonzante dije un día á mi padre:

—No me entusiasman los poetas clásicos.

El me contestó:

—No me extraña... Es necesario tener una preparación literaria para entenderlos y para sentirlos. Más tarde, cuando hayas hecho tus humanidades, podrás paladear la miel de la musa castellana antigua, que es incomparable.

Sin duda por no haberme consagrado al estudio de las humanidades, sino de la humanidad, ahora mismo apenas amo á los grandes señores de la poesía española antigua algo más que en mi adolescencia. Digo «amar», cometiendo un aparente galicismo, y no «admirar», porque sin duda Góngora es admirable, los Argensola son admirables, todos son admirables, si queréis que lo sean... Pero «amables» no...

Y yo, que me aburría buscando un refugio en las obras consagradas; yo, que me acusaba de ser incapaz de comprender la belleza literaria, habríame probablemente alejado para siempre del estudio, si un día mi tío José, que tenía un estante lleno de obras francesas modernas, no me hubiera invitado á acompañarlo en sus lecturas. La primera obra que devoramos juntos, la recuerdo como si aun la tuviera ante mi vista, fué *Mensonges*, de Paul Bourget... Luego nos consagramos á Alfonso Daudet... luego á Maupassant... y por último leímos, palpitando de vo-

luptuosidad y de entusiasmo lírico, la *Thais,* de Anatole France...

Cuando mi padre se enteró de mi afición por los libros franceses creo que tuvo un disgusto más grande que el día en que me escapé del colegio. Español hasta la medula de los huesos, nutrido de savia espiritual castellana, aquel hidalgo no era injusto sino al comparar España con el resto del mundo. De la literatura francesa para él no debían leerse sino las obras imitadas del castellano, las comedias de Molière y los dramas de Corneille, las novelas de Le Sage y de Scarron. Lo demás, lo original, lo puramente galo, salvo las crónicas y los *fabliaux* de la Edad Media, no podían compararse con lo de España.

—¿Dónde tienen un Cervantes, dónde un Lope, dónde un Calderón de la Barca?—exclamaba, animándose más que de costumbre—. El mismo Víctor Hugo, en su capítulo sobre los genios del libro de Shakespeare, después de estudiar á los genios hebreos, griegos, latinos, italianos, españoles, ingleses, confiesa que sólo Francia no ha dado un genio al mundo... Pero ¡qué digo! Ese Hugo, que ha sido sin disputa el más gran poeta de su patria, encontró sus primeras y sus mejores inspiraciones en nuestros romanceros...

Yo no discutía. Humildemente, reconociendo mi ignorancia, inclinábame ante la vasta erudi-

ción paternal y trataba de calmar mis escrúpulos, diciéndome que de seguro, más tarde, cuando mi cultura estética fuese menos rudimentaria, lograría reconocer la superioridad indiscutible del estro hispano. Para demostrar mi buen deseo busqué las novelas recientes publicadas en Madrid. Y yo solito, sin confesarlo á José, que no tenía devociones sino por París, leí *Sotileza*, de Pereda; *Misericordia*, de Galdós; *Marta y María*, de Palacio Valdés; *Madre Naturaleza*, de doña Emilia Pardo Bazán, y hasta *La Regenta*, de Clarín. Eran los libros que un amigo muy docto, D. Manuel Coronel Matus, habíame indicado como la quinta esencia de la nueva España literaria.

¿Cuál fué la impresión exacta que tales lecturas causaron en mi alma?... Casi no me atrevo á decirlo. Dejando aparte *Misericordia*, que me apasionó entonces y que todavía hoy me parece lo más fuerte de la obra galdosina, lo demás me aburrió terriblemente. ¡Ah, las lentas pesadeces de Pereda!... ¡Ah, las interminables, las monótonas, las insoportables descripciones de Clarín!... La misma señora Pardo Bazán, en quien más tarde había de reconocer, si no un gran novelista, sí un jugoso escritor, y el mismo Palacio Valdés, cuyo espíritu delicado me agrada cada día más, antojáronseme aburridos y descoloridos. Sin saberlo, sin decírmelo, obedeciendo á un instinto obscuro, yo buscaba ya en

los libros el matiz, la armonía, las sensaciones, la gracia intensa, el perfume voluptuoso del amor, el refinamiento del gusto, lo que no es español, en suma, y que casi es opuesto al ideal español.

Cuando le expliqué todo esto á D. Manuel Coronel Matus, que se había convertido en mi guía y que poco después había de ser mi protector, comenzó por sonreir con suave escepticismo.

—Comprendería tales preferencias—me dijo—en un hombre que hubiera estudiado mucho y que conociera la vida de las grandes capitales. Hay, sin duda, en los novelistas franceses, en el arte francés, un encanto exquisito y una perfección plástica que no existe en nuestros autores. Ellos visten á su musa de sedas y de encajes, mientras nosotros les conservamos un sayal algo ordinario. Pero por lo mismo, un joven educado en un ambiente modesto, debiera sentir mejor la ingenua frescura castellana que las complicaciones parisienses...

—Si justamente—contestéle—es por lo que tiene de sencillo, de puro, de armonioso, de cristalino el estilo francés, por lo que me gusta. En los españoles, aun en Galdós, la frase es complicada, larga, monótona, difícil de soportarse y al mismo tiempo desgreñada, sin matices, sin ritmo... Compare usted una página de Anatole France con cualquier modelo de nuestra lengua y notará la diferencia...

Mi docto amigo me miró largo rato en silencio, como atónito de lo que oía...

—¿Ha notado usted esas diferencias?—preguntóme al fin.

Y sin darme tiempo para contestarle, fué hasta su librería, buscó unos cuantos tomos encuadernados lujosamente y me los entregó diciéndome:

—Aquí tiene usted las obras más notables que ha producido Guatemala. Son las novelas de D. José Milla. Quiero que usted las lea con atención, tomando notas de lo que en ellas encuentre de notable para que luego me comunique su juicio.

Antes de consegrarme á aquella lectura que debía ser, para mí, un trabajo, quise continuar, en compañía de José, mi estudio de la literatura francesa. Una vez su caudal de novelas agotado, habíamos buscado otras obras en las librerías y entre ellas encontramos un florilegio de poetas del siglo XIX, que comenzaba en Marcelina Desbordes Valmore y terminaba con Baudelaire. Entre estos dos cantores del dolor y del amor, figuraban, naturalmente, los grandes románticos, los Lamartine, los Musset, los Hugo, los Vigny, los Gautier. Mi tío, que recitaba con énfasis los alejandrinos heroicos, hacía temblar nuestro refugio clamando:

Waterloo, Waterloo, Waterloo, morne plaine!
Comme une onde qui bout dans une urne trop pleine,
Dans ton cirque de bois, de coteaux, de vallons,
La pale mort melait les sombres bataillons...

O bien, cuando quería enternecerse y dar á su voz clara un tono de melancólica suavidad, recurría al «Lago» y salmodiaba:

Ainsi toujours poussé vers de nouveaux rivages,
Dans la nuit eternelle emportés sans retour,
Ne pourrions nous jamais sur l'océan des ages,
Jeter l'ancre un seul jour?...

Yo admiraba á Hugo y á Lamartine, pero tanto los vendavales fuliginosos del primero, como las brisas dolorosas del segundo, pasaban sobre mi cabeza sin sacudir mi corazón. Marcelina Desbordes Valmore, en cambio, penetrábame hasta el fondo del alma, haciendo temblar todo mi ser de ternura, de voluptuosidad, de tristeza y de entusiasmo.

Ingenuamente, yo murmuraba:

—Para mí, la más admirable es esta mujer.

Mi tío se reía. ¡Comparar á una poetisa obscura con el dios Hugo!

—Es que no entiendes — deciame —, es que no eres capaz de saborear lo grande, lo enorme, lo excelso...

Yo me resignaba á no comprender á los genios franceses, como antes me había resignado á no sentir á los genios españoles. Mas habién-

dome trazado una línea de conducta de sincera franqueza, no renegaba de mi diosa doliente, cuya imagen aparecía ante mi vista en la actitud de una mártir de la pasión, ofreciendo á Jesús su pecho blanco atravesado por las flechas de las desilusiones amorosas. Y á todas horas, en todas partes, repetíame las estrofas que había aprendido de memoria, y que llevaban hacia el cielo, en sus alas temblorosas, algo de mis propias nostalgias ideales.

J'irai, j'irai porter ma couronne effeuillée,
Au jardin de mon père où revit toute fleur;
J'y repandrai longtemps mon ame agenouillée:
Mon père a des secrets pour vaincre la douleur.
J'irai, j'irai lui dire, au moins avec mes larmes:
«Regardez, j'ai souffert»... Il me regardera
Et sous mes jours changés, sous mes paleurs sans char-
[mes,
Parce qu'il est mon père il me reconnaitra,
Il dira: «C'est donc vous, chere ame desolée,
La terre manque-t-elle à vos pas egarés?
Chere ame, je suis Dieu: ne soyez plus troublée,
Voici votre refuge, voici mon cœur, entrez!»...

En mi entusiasmo por estas poesías vibrantes de amor humano y sedientas de consuelos divinos, había algo de muy personal y de muy íntimo que José no podía comprender. El fantasma de Edda ya no me atormentaba como antes, pero comparecía al más ligero conjuro y animaba mis labios al recitar los himnos de la

gran Marcelina. Era yo, era mi tristeza, era mi arrepentimiento lo que despertaba en tales acentos para clamar su dicha muerta y para pedir á Dios un refugio en su clemencia.

Para ser justo, debo agregar que ahora mismo, con el espíritu sereno, sigo teniendo por aquella poetisa un respeto y un cariño muy grandes. El divino temblor de su voz, que anuncia el advenimiento de nuestro señor Verlaine y de su excelso balbuceo á veces ligero cual la palpitación de una rama y á veces intenso como el aletear de una ave herida, contiene, á mi juicio, el más bello acento de ingenuidad apasionada, de fuego humilde y devorante que ha salido de labios femeninos. Puede que sus dominios, perfumados por las rosas sangrientas de Saadi, sea un poco reducido... Puede que su soplo, siempre acongojado, resulte algo monótono... Puede que en su misticismo haya indicios de histerismo... No importa. Sin compararla con nadie, colocándola bajo la sublime protección paternal del Pauvre Lelian, aparece como una Santa Clara siempre en éxtasis.

Cuando, con la antología sobre la mesa, me decidía á abandonar á la Desbordes Valmore, pasaba por encima de los demás poetas románticos para ir, ávido de sacudimientos fuertes, en busca de Baudelaire. En mi florilegio, compues-

to para las escuelas, no figuraban las composiciones más típicas del gran desesperado. De sus os compañeras inseparables, la muerte y la lujuria, sólo la muerte había encontrado cabida en aquellas páginas. Y yo la hallaba en todas las estrofas, velada á veces en cendales pálidos, y á veces desnuda y lívida, á esa muerte obsesionante, implacable, reina del mundo; la encontraba hasta en los recuerdos impersonales de «años difuntos», hasta en la imagen de los relojes, que sólo dicen *meurs, il est trop tard,* hasta en los paisajes iluminados por un sol que arrastra en el Oriente *un long linceul.* Pero era al verla tal cual es en su hieratismo macabro, como más bella la hallaba. ¡Ah! las veces que me repetía, alucinado, las crueles estrofas de las *Flores del mal:*

Les morts, les pauvres morts ont de grandes douleurs,
Et quand octobre arrive, emondeur de grands arbres,
Souflant melancolique alentour de leurs marbres,
Certes, ils doivent trouver les vivants bien ingrats
De dormir comme ils font chaudement dans leurs draps...

Oyéndome recitar con voz cavernosa estas estrofas tétricas, en mi casa se reían de mí y me preguntaban si estaba aprendiendo algún sermón de Cuaresma. Mi padre, sobre todo, que no quería renunciar á su apostolado clásico y patriótico, interrumpíame á menudo para tratar de demostrarme que todo Baudelaire no vale un

madrigal de Gutiérrez de Cetina ó un soneto de Boscán.

—Termina tu poema—decíame.

Luego, llamando á mi madre como juez supremo de nuestros juegos florales, leíame algunas estancias de Argensola ó de Góngora, y al terminar exclamaba, con aire triunfal:

—Vamos á ver, Josefina, pronuncia tu fallo.

Mi pobre mamaíta, que, á pesar de su sangre francesa, era muy española, habría votado contra mí, si, en su deseo de conciliar todas las opiniones, no hubiera adoptado una fórmula diplomática que, en resumen, llegaba á significar:

Todo es según el color
del cristal con que se mira.

Y yó, lo confieso, cada día afrancesaba más mis lentes, llegando hasta cometer injusticias tan absurdas como la de asegurar que Molière, á quien no había leído, era más admirable dramaturgo que Lope, á quien tampoco conocía.

—Estás loco — exclamaba mi señor papá, riendo—. Te han vuelto loco los novelistas de París...

En realidad, no lo estaba todavía. La locura parisiense me la comunicó más tarde en París mismo una novela que todos hemos leído en la adolescencia, y que á todos nos ha impresionado,

más ó menos profundamente. Me refiero á *La Vida de Bohemia*, de Murger. Yo la encontré una tarde en un puesto de libros viejos, no en el original, sino en una traducción mal impresa, firmada por «un redactor de *El Imparcial*». Antes de leerla se la di á mi tío, y mientras él se divertía con las aventuras encantadoras de Rodolfo y de Mimí, yo me puse á cumplir el encargo que D. Manuel Coronel Matus, director de un periódico que, si no recuerdo mal, se llamaba *El Día*, habíame dado. Al cabo de una semana, dirigí á aquel excelente amigo una carta, en la cual le decía, de la manera más correcta y más discreta, lo que pensaba de las obras nacionales de D. José Milla.

XIII

PRIMER ARTÍCULO, PRIMER ESCÁNDALO...

¡Cuál no fué mi sorpresa al abrir una mañana *El Día!*... En la página literaria, que, naturalmente, no era la primera, aparecía mi carta al señor Coronel Matus, convertida en artículo. Una nota de la Redacción serviale de prólogo. Y esa nota rezaba, más ó menos:

«Un joven de abolengo literario, muy estimado en nuestra sociedad por su nombre y por su inteligencia, inicia hoy su carrera periodístisca en nuestras columnas y nos promete su asidua colaboración. Huelga advertir que, siguiendo nuestra línea de conducta, insertamos, sin modificarlas, las opiniones expuestas en este trabajo; pero, lejos de solidarizarnos con ellas, seguimos creyendo que el egregio D. José Milla es una gloria nacional que no puede discutirse. La excusa de nuestro nuevo colaborador al mostrarse irreverente ante el altar mayor de las letras patrias, la encontramos en su juventud.»

Contento de ver mi firma impresa, leí de nuevo mi carta, buscando en ella lo que así había

podido despertar los escrúpulos de una Redacción que tenía fama de liberal y hasta de irrespetuosa. En mi alma y conciencia no hallé nada de que me pareciera necesario, aun dentro de la mayor prudencia, deber arrepentirme. Declarándome, en principio, admirador de las obras del novelista guatemalteco, contentábame con hacer observaciones sobre su desdén, tal vez voluntario, del «arte», y sobre su noción un poco «descuidada» de las reconstituciones históricas. Yo acababa de leer *Le Roman de la Momie*, de Teófilo Gautier, y estaba enamorado de las filigranas y de los esmaltes que el maestro francés había empleado en su labor milagrosa de desenterrador de fantasmas.

«Lamentemos—decía al terminar mi crítica—que D. José Milla haya sido incapaz de ofrecernos la novela de las momias coloniales; pero estimemos en lo que valen sus pinturas de una época que tendrá siempre para nosotros el aroma de lo que ha desaparecido.»

Muy satisfecho, muy orgulloso, suponiendo que mi labor leal sería apreciada por todas las personas de buen gusto, corrí á casa de mi tío José, para pedirle las alabanzas que creía merecer. En vez de encontrarlo en la cama, como de costumbre, hallélo ante su mesa de trabajo, rodeado de libros y de papeles.

—Adivina lo que estoy escribiendo—me dijo.

Sin contestarle le pregunté si había leído *El Día.*

—Por lo mismo que lo he leído—exclamó—quiero saber si adivinas lo que estoy haciendo.

—No lo sé...

—Pues una respuesta á tu artículo.

—¿Conoces acaso las novelas de Milla?

—No es de eso de lo que me ocupo: lo que me interesa, es la teoría de las evocaciones históricas. ¿Conoces tú la *Salambó* de Flaubert?

—No.

—Pues bien, cuando uno no ha leído ese libro, y más que el libro su prefacio y su apéndice, no tiene derecho á hablar de tal asunto. Yo veo, en lo que á ti te parece un problema de puro arte decorativo literario, un conflicto entre el realismo y la fantasía. Hay que estudiar el naturalismo primero que todo.

Ante aquellas palabras de mi docto pariente, quedéme perplejo. Mi maldita ignorancia pesábame de nuevo, más que antes, y me hacía otra vez dudar de mí mismo... ¿Por qué desgracia irreparable no había leído *Salambó...?*

Amargamente murmuró:

—Debiste haberme dado ese libro.

Con ironía, José respondióme:

—¿Me leíste tú eso antes de enviarlo al periódico?... No...

—¿Sabes por qué?... Por vergüenza.

El comprendió en el acto que mi aparente falta de confianza no había sido sino un pecado de mi incurable timidez, y me perdonó.

—Verás—me dijo—. Lo que yo tengo ya escrito puede servirte para un segundo artículo sobre el mismo tema. Tú lo pones en tu estilo y lo arreglas como te parezca. Voy á leértelo. No es tan bonito como lo tuyo, pero tiene muchas citas... Verás...

Y me leyó una página erudita y fina, escrita con elegancia ingenua, llena de observaciones originales, salpicada de exquisitas y rápidas digresiones sobre la literatura naturalista.

—Dame eso—le dije, cuando hubo terminado.

—Te lo regalo—contestóme riendo.

Yo tenía mi plan de generosa venganza, y en el acto lo puse en práctica. Corrí al *Día* y rogué al director que publicara el artículo con el nombre de José. Luego, más satisfecho que antes, satisfecho de mi *début* literario y de mi buena acción, entré en mi casa cuando ya mi familia estaba en el comedor. Sin poderme contener pregunté á mi padre si había leído mi crítica y si la encontraba bien.

—Muy bien—me dijo—, pero temo que tus juicios disgusten á mucha gente... Y todavía temo más que los atribuyan á influencias mías. ¡Hay tanta mezquindad en lo que se llama el mundo de las letras!... Hace una hora algunos amigos me hicieron observar que tal vez debí

yo aconsejarte que no publicaras eso. Y por mucho que les aseguré que no me habías consultado, no quisieron creerme.

—Yo mismo—contestéle—no tuve la menor idea al escribir las notas que D. Manuel Coronel Matus me pidió, de que iban á aparecer en un periódico. No sé por qué las publicó...

—Estoy convencido de su buena intención. Es un hombre leal, muy entusiasta de los jóvenes. Ayer, sin hablarme de tu artículo, me preguntó si querrías aceptar un puesto de redactor en *El Día*.

—¿Y tú le respondiste...?

—Que sí...

La dicha no me cabía en el pecho. El camino soñado y no esperado, abríase de pronto ante mis pasos, sin abrojos humillantes. Ya no era un porvenir de hortera ni de amanuense lo que brillaba á mis ojos. Era una carrera tentadora, halagadora, capaz, no sólo de asegurarme la vida material, sino de conferirme un prestigio más grande que el de los abogados y los médicos. ¡Mi firma aparecería á menudo en letras de molde, mis opiniones serían discutidas, mi fama de chico travieso trocaríase en un renombre honroso!... Yo, que algunos años antes consideraba la literatura cual el más triste de los oficios á causa de la pobreza de mi padre, encon-

trábame al fin conducido hacia ella por la mano del azar y me sentía feliz de mi nueva suerte. Una extraña fatalidad brindábame lo que nunca antes esperara, después de haberme negado todo lo que le había pedido. «Yo que no he sido capaz de obtener mi diploma de bachiller—decíame—soy lo que ninguno de mis maestros es.» Y me decía también confusamente con algo de ironía y algo de sorpresa: «Tal vez el mundo está hecho de tal manera que no somos nosotros, sino el Hado, quien arregla nuestra existencia.» Esta vaga idea que después ha ido arraigándose en mi espíritu con hondas raíces de experiencia, comunicábame una repentina confianza en el mañana. Imaginando grandezas, veíame redactor de *El Día* y hasta director de *El Día*, con una casa igual á la de Coronel Matus, ejerciendo mi influencia en el país entero, respetado, halagado, admirado...

Mi madre, que no veía sin temores aquel inesperado avatar de mi suerte, preguntóme:

—¿No decías hace dos años que la más triste de las profesiones es la de escribir?...

—Sí—contestéle—hace dos años habría preferido otra carrera. Viendo lo que papá trabaja para ganar lo que gana y comparándolo con lo que trabajan y ganan nuestros amigos ricos, me lo figuré el más infeliz de los hombres. El dinero

era entonces, para mí, la única clave de la ventura. Ahora siento tan fuertemente mi vocación literaria, que si D. Angel González me regalara su tienda, no la aceptaría.

—¿Y cuándo nació en ti esa vocación?...

—Esta mañana...

La lectura y las charlas literarias con mi tío José y Coronel Matus habían poco á poco despertado en mi alma los gérmenes atávicos del placer estético. Hijo de escritor, descendiente de un linaje de hidalgos estudiosos, criado en un ambiente en el cual, sin notarlo, respiraba un aire saturado de evocaciones poéticas, no aguardaba, como el arpa de Becquer, sino la mano de nieve que hiciera vibrar las cuerdas de mi sensibilidad. Esa mano inicial fué la de Edda, que, con sus mimos, con sus refinamientos, con sus palabras, con sus locuras, abrióme una ventana sobre el infinito. Volviendo hoy la vista hacia atrás noto que el niño que penetró con un paquete, una noche providencial, en el *boudoir* del Buda de oro, salió algunos meses después hecho un hombre y un artista. Lo que me faltaba era aprender el «oficio», la técnica, la parte mecánica del escribir. La Providencia quiso que ese aprendizaje no lo hiciera en una escuela donde, enseñándome gramática, retórica y filosofía, hubieran podido ahogar lo que ha-

bía en mí de espontáneo, de «salvaje» si se quiere.

«Pero—oigo preguntar á algunos lectores respetuosos de la disciplina universitaria—¿no es acaso indispensable el estudio para el escritor?...»

Sí, sí lo es... El espíritu necesita alimentarse, lo mismo que el cuerpo. Más lejos voy: espíritus hay que requieren, para dar sus frutos naturales, una educación universitaria, un modelo de estilo, una norma de conducta intelectual. La casta de los Ricardo León no puede salir sino de los textos clásicos. Mas figuraos lo que sería un Pierre Loti educado en la Escuela Normal... Como Loti, yo he estudiado, me he nutrido, he tenido curiosidades de mandarín... Sólo que en vez de proceder á la manera de los rumiantes, que mastican con método el mismo alimento desde el principio de la vida, he corrido por la jungla del Arte, nutriéndome unos días con la miel de las flores y otros con el áspero jugo de las raíces. Gracias á una especie de doncellez del cerebro que ninguna cátedra me arrebató en la adolescencia, he logrado conservar siempre una frescura de sensaciones que me permite contemplar cada nuevo espectáculo cual un milagro inesperado.

—Usted, que ha visto el Japón, la China, Jerusalén, Constantinopla, Ceilán, el mundo ente-

ro, en suma—suele decirme la gente—, no encontrará nada que lo sorprenda.

¡Oh error!... En cualquier aldea de Francia ó de España, en cualquier ciudad del universo, por insignificante que sea en apariencia, hallo siempre, para calmar la sed inextinguible de novedades que me devora, un alma, una vida, un carácter. Me acuerdo que cuando al regreso de mi primer viaje á la Argentina, le hablé á Valle Inclán del libro que acababa de escribir, y que iba á publicar con el título de *El Encanto de Buenos Aires*, el gran don Ramón, sonriendo diabólicamente, me preguntó:

—Pero ¿qué va usted á decir de aquel pueblo?

—Lo que sentí—le contesté.

Si él hubiera insistido y me hubiera pedido una síntesis de mi obra, no habría logrado complacerle, porque en general mis cuadros son el espejo inmediato de lo que experimento al contacto de la realidad y muy á menudo pasan de mi retina al papel sin dejarme un recuerdo neto. Esto es tan cierto que, á veces, al leer algo mío muchos meses después de haberlo escrito, tengo que hacer un esfuerzo para darme cuenta de que se trata de una página vivida por mí mismo.

Volviendo á mi primer artículo, debo decir que fué tan mal interpretado como otros que más

tarde provocaron contra mí las cóleras de Madrid y de Buenos Aires. De mis elogios á don José Milla nadie hizo caso. Mis reservas, en cambio, indignaron á los devotos de su gloria. Para halagar á la opinión ignorante y farisea los periódicos me atacaron con desdeñosa dureza. ¿Quién era yo para atreverme á tocar al ídolo?... ¿Quién era ese Teófilo Gautier?... ¿Quiénes eran los franceses todos para compararlos con el autor de *La Hija del Adelantado?*... En el olimpo castellano, cuando llegara la hora del juicio sereno, el egregio guatemalteco, digno paisano de aquel Juan de Meztanza, á quien Cervantes coronó de rosas en su *Viaje al Parnaso,* tendría un sitio á la diestra del padre de la novela histórica...

Contentísimo empero del ruido que provocaba mi debut, aunque irritado contra la mala fe de mis adversarios, escribí un segundo artículo contestando á mi tío José, cuyo trabajo había disgustado casi tanto como el mío. Antes de llevarlo al *Día* quise, sacrificando mis ardores al respeto filial, leerlo á mi padre, quien me escuchó con gusto y me felicitó por mi gentil erudición.

—Sólo que—díjome al fin—más vale no volver á mover este hormiguero. Trata otros asuntos. En la literatura cabe el Universo entero. Mañana Coronel Matus te defenderá, y pasado mañana, si quieres, podrás comenzar á trabajar seriamente en el periódico. Nuestro buen amigo

te tiene reservado un puestecillo de 40 duros. Para principiar, no está mal esa situación...

—¿Y para José—preguntéle—no tendría otra igual?...

Mi papá, incapaz de odios, sentía no obstante por aquel joven y ardiente cuñado suyo una injusta antipatía, originada por la influencia que las lecturas francesas habían ejercido en mi ánimo.

—Sin ese endemoniado—decíame—hubieras saboreado poco á poco las letras castizas, y no te habrías pervertido el gusto con los novelistas parisiénses, tan ligeros, tan frívolos, tan fantaseadores.

No obstante, cuando comprendió que mi tío también merecía se le ayudara á darse á conocer, ofrecióme hablar en favor suyo con el propietario de *El Día*, que era un catalán llamado Chambó, incapaz de escribir una carta, pero muy convencido de que era el llamado á regenerar el periodismo del mundo.

—Matus—díjome mi padre—no es más que director literario... Chambó es el que dispone del dinero y de los empleos...

Al cabo de una semana, cuando yo ya no pensaba siquiera en mis adversarios, tuve el triste placer de sentir, por primera vez en mi vida, los efectos de la indignación pública. Ha-

llábame, acompañado de mi tío, en el Teatro Nacional, escuchando una comedia española. En el primer entreacto notamos que algunos de nuestros amiguitos, al pasar junto á nosotros, nos saludaban apenas, y que muchas personas desconocidas nos señalaban con el dedo. En nuestra ingenua vanidad, atribuíamos todo aquello al interés que despertaba en la gente de buen gusto nuestro sensacional debut literario y también á la envidia que nuestro éxito inspiraba.

—Ya ves cómo nos miran, cómo hablan de nosotros—decía yo al oído de mi pariente.

Él trataba en vano de incrustarse en la órbita un monóculo, conteniendo sonrisas de júbilo. Eramos los hombres del día, nos sentíamos envidiados, nos creíamos admirados, suponíamos que cualquier señorita á quien nos hubiéramos dignado distinguir, se habría vuelto loca de orgullo. De los palcos lejanos, los gemelos volvíanse hacia nuestras butacas. Estábamos en plena apoteosis, saboreábamos las mieles de la gloria, éramos felices...

De pronto, al comenzar el segundo entreacto, cuando nadie había tenido aún tiempo de abandonar su sitio, una vocecilla clamó con tono clownesco:

—¡Vivan los genios que se han comido crudo á D. José Milla!

Una risa general acogió aquellos chillidos. Y en el acto, como si el escándalo estuviera prepa-

rado, comenzamos á oir gritos, maullidos, ladridos y relinchos que bajaban del paraíso, que subían de la platea, que se cruzaban de palco á palco. Las mismas damas, aunque guardando silencio, mostrábanse contentas de tan heroico acto de desagravio. En su tumba, los manes del gigante de la literatura nacional estremecíanse sin duda de placer. Santiago de los Caballeros vengaba á su ídolo...

—¡Afuera los mentecatos!—vociferó un energúmeno.

José, muy tranquilo, incorporóse y paseó la mirada de cíclope de su monóculo por la sala.

—Son unos necios—dijo en alta voz dirigiéndose á mí.

Yo me puse también en pie, sin perder la sangre fría, sonriendo, con ganas de lanzar alguna broma.

Un inspector de Policía, seguido por cuatro ó cinco guardias, acercóse á nuestras butacas, que afortunadamente eran de las últimas. «Vienen á protegernos», pensé. Pero no... La Policía también estaba indignada; la Policía también tenía opiniones literarias; la Policía también se burlaba de ese tal Gautier... Y con voz de mando, el representante de la autoridad nos dijo:

—Salgan de aquí en el acto, si no quieren que los saquemos nosotros...

Pálidos, indignados, tratando de parecer des-

deñosos, nos dirigimos hacia la puerta, lentamente. Una vez en la calle, José me dijo:

—Vamos al bar del Gran Hotel... Si hay ahí alguien que se permita insultarnos, le daremos unos cuantos palos...

—Vamos.

Por fortuna, en aquel antro nocturno donde se reunía la flor y nata de la juventud, no había más que ingleses borrachos, los cuales, al vernos solos y tristes, nos invitaron á tomar *whiski.*

Al volver hacia nuestros hogares, dos horas después, algo borrachos, no conservábamos de la aventura sino una impresión cómica y halagadora. Nos sabíamos atestados, pero nos creíamos envidiados. Además, siendo, como lo éramos ya, redactores de *El Día*, nos proponíamos imponernos poco á poco y lograr que aquellos mismos que acababan de silbarnos nos aplaudieran y nos saludaran con respeto.

—Yo daré conferencias en el teatro—decíame José — y explicaré lo que es el movimiento psicológico en la literatura contemporánea. Aquí los muchachos que escriben están aún en la creencia de que el naturalismo es la última novedad de París. Doña Emilia Pardo Bazán, con su *Cuestión Palpitante,* que no pasa de ser un mal extracto de los estudios críticos de Zola,

ha creado una atmósfera falsa. Hay que hablar de Bourget, de Barrés, de Edouard Rod...

Al llegar á casa tuve la desagradable sorpresa de encontrar á toda mi familia despierta, á pesar de que ya era más de media noche. Enterados de lo que había pasado, mis padres, muy inquietos, aguardaban mi regreso, después de haberme hecho buscar en vano. La cara de mi madre me dió pena. Tratando de sonreir, dejaba ver su angustia.

—¡De manera que te han aclamado! — decíame...

Y agregaba con amarga burla:

—Ya notas lo que se saca de la fama, del ruido, de la popularidad... Por eso, cuando vi que te dedicabas á escribir en los periódicos, tuve miedo... Hay que andar con pies de plomo en esa carrera... ¡Pobre hijo; tratado como un tenor malo!...

Más justo, mi señor papá declaró que la culpa no era mía, sino de la intransigencia de la gente. Y filosóficamente agregó:

—Pero puesto que es imposible hacer cambiar á millares y millares de necios, lo más sabio en este pícaro mundo es tratar de no irritarlos...

Yo conservaba mi calma y guardaba silencio. En el fondo, mi línea de conducta estaba trazada. Sin deseo ninguno de provocar indignaciones fariseas, proponíame ser siempre sincero,

hablar según el dictado de mi conciencia y no dar importancia á lo que el resto del mundo pudiera pensar ó decir de mí. Al meterme en la cama murmuré:

—Aunque me maten, no me harán nunca mentir...

XIV

ENTRE LA REDACCIÓN Y LA TABERNA

Como pasa casi siempre en tales casos, el escándalo del teatro dividió la opinión en dos campos igualmente apasionados. Un grupo me apoyaba, si no en el fondo, por lo menos en lo relativo á mi derecho de opinar libremente. Otro grupo pedía mi cabeza en nombre del respeto que se debe á las tumbas sagradas. Y lo curioso, lo absurdo, lo que mejor demuestra lo grotesco de las pasiones colectivas, es que mi tío José, cuyo artículo había sido una respuesta al mío, y que ni siquiera había hablado de D. José Milla, veíase complicado en mi crimen y acusado de sacrilegio. A nuestras familias todo aquello les disgustaba. Con su instinto suave, mi madre sentíase inquieta al ver á su hijo y á su hermano convertidos en héroes de comedia callejera.

A nosotros, en cambio, confieso que la vanidad se nos subió de tal modo á la cabeza, que llegamos á mostrarnos insoportables. Opinábamos en alta voz sobre lo humano y lo divino; discutíamos con quien quería contradecirnos, y cuan-

do encontrábamos en la calle á alguno de los que nos parecían partidarios de nuestros enemigos, lo mirábamos con el más soberano desprecio.

—Esto va á acabar á tiros—decía, lleno de júbilo, el señor Chambó, que se jactaba de conocer mejor que nadie el carácter violento del país.

Coronel Matus sonreía cual una esfinge, feliz de haber logrado dar un poco de vida á los centros literarios.

—Para cualquier cosa—asegurábanos—estoy al lado de ustedes.

Sólo que en vez de escribir en nuestra defensa, como lo prometiera al principio, nos pedía todas las mañanas un artículo nuevo. Y nosotros escribíamos, entusiasmados, tratando sin empacho los problemas más espinosos. Para suplir á nuestra ignorancia, teníamos el *Diccionario Larousse*, en el cual hallábamos la esencia de todos los conocimientos. Siempre ingenuo, mi padre iba de sorpresa en sorpresa, viendo la desenvoltura con que opinábamos lo mismo sobre Homero que sobre Gambetta.

—No hay que abusar del estudio—nos decía.

Nosotros, para darnos tono, nos arruinábamos comprando libros austeros y hacíamos creer que nos pasábamos la noche leyendo y el día escribiendo, cuando, en realidad, empleábamos más horas en beber copas de aguardiente en la tras-

tienda de un bar mal afamado, que en hacer nuestros artículos.

¡Aquellos días de fresca crápula, cómo los recuerdo y cómo siento que no hayan sido eternos!... La dueña del bar, doña Lucrecia Salus, tenía una hija llamada Luz, linda morena de ojos de fuego, que hasta entonces no había sido cortejada sino por borrachos ordinarios. Cuando nosotros comenzamos á echarla flores y á pedirle que se sentara á nuestro lado, mostróse tan equitativa en el reparto de sus sonrisas, que, de no haber sido dos chicos tontos, habríamos comprendido desde luego cuán poca diferencia establecía entre ambos. Pero en nuestra vanidad, nos condujimos, no como socios, sino como rivales. Tratando de engañarnos, cuando nos dábamos cita en la trastienda á las tres de la tarde ó á las diez de la noche, llegábamos una hora antes con la esperanza de estar á solas con Luz un rato. Al marcharnos, locos de amor, soñando en vencer en la lid en que estábamos empeñados, lejos de confiarnos nuestros secretos, tratábamos hipócritamente de engañarnos.

—¡Esa pobre chica!—murmuraba José con aire displicente.

Y yo decía:

—¡Es una infeliz!...

Aquella muchacha, algo gorda, algo ordinaria,

incapaz, en apariencia, de sentimientos delicados, estuvo, no obstante, á punto de provocar una lucha fratricida. Una noche, después de haber bebido demasiado, ella se sentó frente á mí y me puso los pies sobre los míos. Al mismo tiempo, deseosa de no ser injusta, quiso pasar su diestra sobre la cabeza de su otro enamorado. José, bien sea por no dejarse despeinar, bien sea por celos mal reprimidos, rechazó su caricia de una manera violenta.

—¡Grosero!—gritó ella levantándose de su asiento.

Entonces yo, caballero andante, me puse también en pie con aire amenazador.

Mi tío me dijo, despreciativo é irritado, mirándome á la cara:

—Eres un imbécil...

—Y tú un miserable—contestéle.

Por fortuna había cerca de nuestra mesa unos cuantos bebedores que, sólo borrachos de aguardiente y no de celos, conservaban un poco de lucidez. Y esos hombres, en quienes poco antes no habríamos querido reconocer sino ejemplares obscenos de la bestia humana, nos hablaron de un modo sensato, haciéndonos comprender cuán indigno de dos «niños finos» era reñir así por una coqueta de taberna.

—Tienen razón—murmuró José avergonzado—. Dame la mano, Enrique...

Le di un abrazo.

Y nos fuimos... Y en la calle, en media hora, nos confiamos los infinitos secretos menudos y crueles que habíamos ocultado durante más de tres meses... Y después de purificar así nuestros corazones, convinimos en que, puesto que Luz parecía querernos de igual manera á ambos, seguiríamos cortejándola sin dar importancia á su liviandad y nos repartiríamos sus caricias sin darlas mayor importancia que á las de un perro bonito...

—Mañana—solía decirme mi tío—no vengas antes de las cinco, pues me ha dado cita á las cuatro. Déjame solo una hora con ella.

Luego, al día siguiente, cuando nos marchábamos juntos para ir á cenar, contábame su reciente tajada de idilio:

—Me ha jurado que sólo á mí me quiere—decíame—, que es toda mía, que contigo no es amable sino porque eres de mi familia.

Como algunos días antes, en un coloquio solitario celebrado en la penumbra de la trastienda olorosa á alcohol, habíame dicho á mí lo mismo, nos reíamos de su ingenua deslealtad. Pero fieles á nuestro pacto, lejos de dejar transparentarse nuestro juego, nos mostrábamos siempre al hablar con ella muy seguros de su amor y muy celosos de no dejar que nadie nos lo disputara. Poco á poco, sin embargo, aquel manejo

nos iba fatigando, y al fin decidimos romper con nuestra linda tabernera, dándola de paso la prueba de que no era ella quien se había reído de sus dos amantes.

—Vamos á simular una disputa—propuse á José—y después de decirnos mil cosas desagradables, apelaremos á su franqueza para que diga á quién de los dos ama. De antemano queda convenido que aunque en ese supremo trance se decida por uno solo, ambos nos marcharemos.

Así lo hicimos, creyendo que íbamos á reir.

Una noche, cuando ya en la trastienda no quedaba nadie, ni la madre, que solía retirarse temprano, acerquéme á nuestra amiga y le di un beso en la frente. José, fingiéndose indignado, llamóme grosero y me preguntó con qué derecho me permitía tamaña libertad, indigna de un caballero.

—Con un derecho que tú no tienes—contestéle.

—¿Qué sabes tú?

—Tan lo sé, que te desafío á que hagas lo mismo...

—No lo hago porque soy bien educado... Pero si quisiera...

—¡Vanidoso!...

—El vanidoso eres tú...

Mientras nosotros, desempeñando nuestros pa-

peles con un calor en el cual tal vez había un poco de dolorosa sinceridad, nos increpábamos disputándonos nuestra presa, ella nos veía, atónita, lívida, abriendo sus magníficos ojos negros y moviendo nerviosamente los labios como para decir frases que no llegaba á articular.

Al fin José dijo:

—Bueno; puesto que hemos acabado por hablar así, ya no puedo callar mi secreto... Luz me ama, Luz es mía... ¿Verdad, Luz?...

—Sí—contestó ella con energía—, sí...

En mi alma hubo un desgarramiento y mi amor propio sintió el dolor de una herida inesperada.

—Entonces—murmuré—¿á mí me engañabas?... ¿á mí no me amas?

—Sí—dijo—, sí... A ti también... Sí...

Y escondiendo su cabeza despeinada entre sus manos que se crispaban, con voz sollozante, con palabras breves y enérgicas, nos explicó el fenómeno de su corazón, que, como un hueso entre dos mastines golosos, dejábase devorar por ambos sin acertar á dar una preferencia.

—A veces—decía—he querido escoger y no he podido... Cuando creo que voy á perder á uno de los dos, es á ese al que más quiero... Y es que los quiero á los dos igual... No sé si las demás mujeres son como yo... Yo no tengo la culpa... Si se quedara uno, y otro me abandonara, odiaría al que se quedase... ¡Si ustedes su-

pieran!... Lo que me hacía padecer en brazos de uno, era no estar también en brazos del otro...

Hubo entre nosotros, después de esta confidencia, un largo silencio, sólo interrumpido por los sollozos de nuestra complicada amiga. En Edda aquello no me habría sorprendido. Pero ver de pronto á una tabernera convertida en dama de novela perversa y oirla hablar en lenguaje ibseniano, me desconcertaba por completo. No sé si por piedad ó por cobardía, lo cierto es que cogí á José por la mano y lo llevé hasta el lugar en que Luz lloraba.

—Yo me sacrifico...—la dije—. Me voy solo... Les dejo á ustedes juntos... Los dejo amarse...

—Si quieres que se quede Enrique—dijo mi tío—yo me voy... Escógelo á él...

Sin descubrirse la cara, en tono implorante, la infeliz contestó:

—Márchense los dos... No quiero volverlos á ver... No me comprenden... Yo tampoco me comprendo... Márchense... márchense...

Nos fuimos... Anduvimos largo tiempo por las calles, sin hablar. Penetramos en el bar del Gran Hotel, donde tuvimos el valor de reir, en compañía de algunos amigos. Al fin, al despedirnos, convinimos en que no volveríamos á la taberna de la señora Salas, y en que su hija era una tonta que no nos importaba... Durante al-

gunos días, las horas de la tarde que antes pasábamos en la trastienda de nuestro idilio, las empleamos en escribir en la redacción. Pero llegó el domingo. La redacción estaba cerrada.

—Yo no saldré de casa—me dijo José.

—Yo tampoco—le contesté.

A las cuatro, por curiosidad, por nostalgia, por aburrimiento, por instinto, por mil secretos resortes, encaminéme hacia la taberna, y allí encontré á mi señor tío, solo, ante una copa.

—¡Ya sabía!—exclamó, irónico.

—Yo también...

Luz iba y venía, sirviendo á los parroquianes, riendo á carcajadas, coleccionando piropos, pidiendo propinas, imponiendo silencio á los que querían cantar... Su cabellera rebelde envolvía su rostro moreno en un toisón leonino. Las mangas de su corpiño, recogidas hasta el hombro, dejaban desnudos sus brazos de ámbar. Su cuerpo redondo, joven y sano, ondulaba con brusquedades de bailadora andaluza. En sus pupilas, talladas en facetas, cual diamantes negros, había chispas de incendio.

—¡Qué guapa está!...

—Nunca lo ha estado tanto...

Pedimos otras copas, y otras copas... Ella nos servía, nos sonreía, y continuaba yendo y viniendo, y hablando, y ondulando.

—El domingo es un día malo...

—Muy malo...

—Dime...

—¿Qué?

—¿Te conformarías tú?

—¿Y tú?

—Yo, para no mentirte, temo...

—Yo también temo...

—Pero, tú, ¿la crees sincera, la comprendes?

—¿Y tú?

—Yo... no sé...

—Yo... tampoco...

—¿Crees tú que se puede amar á dos hombres á la vez?... ¿ó á dos mujeres?...

—No sé...

—Al fin y al cabo...

—¿Qué quieres decir?...

—Que tal vez somos unos tontos...

—Sin embargo.

—Al fin y al cabo, no se trata de casarnos... una muchacha así...

—Sería curioso casarnos con la misma... ¿Quieres que hablemos de ese proyecto á nuestra familia?...

—Seriamente... ¿qué decidimos?...

—¿Te acuerdas del cuento del Arcipreste de Hita?...

—No es lo mismo...

—Nada es lo mismo...

—Decididamente, somos unos solemnes mentecatos... Yo, si tú te decides...

—Por mí, en el acto...

El aguardiente producía su efecto en nuestras cabezas, convirtiendo en juvenil cinismo lo que, en el fondo, era algo más ingenuo y más respetable. Sin quererlo, sin saberlo, nos habíamos enamorado de aquella muchacha que al principio nos pareció una tabernerilla con la cual se podía pasar el tiempo, y que, de pronto, logró convertir nuestra intriga en una novela stendhaliana.

—Esta noche—dijo uno de nosotros—volveremos y le diremos: «aquí estamos; ámanos á ambos, puesto que tu corazón es como una posada.»

Luz misma nos evitó aquella humillación. En el momento de despedirnos, fué con nosotros hasta la puerta, y nos dijo, muy seria:

—No vengan por la noche... Mi novio, con quien había roto por culpa de ustedes, ha vuelto. Nos vamos á casar pronto. Lo pasado, pasado...

—¿Y quieres á tu novio?—la preguntamos.

Ella nos miró con tristeza. Luego, murmuró con el más profundo acento de convicción:

—También... también lo quiero...

No tuvimos el valor de articular la agria broma que acudió á nuestra mente y que, luego, al comentar el fin de nuestra aventura, nos sirvió de consuelo.

—¡Eramos tres!...

Libre de preocupaciones amorosas, sin haber guardado del idilio de la taberna más que una impresión cómica, consagréme en cuerpo y en alma á escribir. No sé por qué, á mí me habían encargado en *El Día* de la literatura española, y á mi tío de la literatura francesa. Y mientras él tenía todos los días algún nuevo libro que descubrir, alguna bella página de revista que traducir, algún hombre ilustre que enterrar, yo buscaba, desolado, novedades madrileñas. Cualquier cosa servíame para un artículo lleno de paradojas, de irreverencias, de rarezas, de ingenuidades. Me acuerdo de que á raíz de la publicación de un tomo de *Ripios* de D. Antonio de Valbuena, el poeta mejicano Gutiérrez Nájera escribió una diatriba contra «el pedante criticastro». Sin encomendarme á Dios ni al diablo, metíme en la contienda como defensor del Aristarco leonés, y logré el doble honor de que en Méjico Gutiérrez Nájera me contestara con cortesía, y en España D. Antonio de Valbuena me elogiara con gratitud. Y como yo tenía buen cuidado de publicar todo lo que sobre mí decía la prensa extranjera, que no era mucho por cierto, mi pequeña fama crecía, crecía y algunos de los que, á raíz del escándalo del teatro, me tomaban por un necio metido á juez literario,

llegaron á confesar que ciertamente era yo un chico de los que prometen...

Sólo una sombra había, para José y para mí, en la redacción de *El Día*, y era que el señor Chambó también prometía, pero no pagaba. Al cabo de tres meses de trabajo, llamónos á su despacho, nos echó unas cuantas flores sobre nuestro «estilo» y nos aumentó el sueldo nominalmente:

—Desde ahora—dijo—ganan ustedes sesenta pesos...

El administrador, cuando le hablábamos de cobrar, nos contestaba que no tenía fondos. Coronel Matus, siempre amable, aconsejábanos que aguardáramos con paciencia.

—Si necesitan algo—agregaba—pídanmelo á mí... Yo siempre tengo dinero...

Nosotros le pedíamos, le pedíamos todos los días, un duro, dos duros, lo que necesitábamos para ir al café. Y así pasaba el tiempo, y creíamos que así seguiría pasando hasta el fin de nuestra vida. Pero, por fortuna ó por desgracia, en aquellos momentos llegó á Guatemala, ya coronado de rosas, el gran Rubén Darío...

XV

CON RUBÉN DARÍO EN GUATEMALA

Después de pasar algunos años en Chile y de cantar las glorias chilenas diciendo:

> ¡Oh! patria, ¡oh! Chile,
> puesto que tus blasones brillan inmaculados,
> puesto que tras los rudos choques de la guerra,
> tus bravías legiones de soldados
> hieren la negra tierra
> con sus corvos arados;

después de acariciar el dulce ensueño de vivir chileno y de morir chileno, Rubén Darío tuvo necesidad, á la caída de Balmaceda, de emigrar. Y no sabiendo á qué país ir, encaminó sus pasos hacia la América Central, donde había nacido. En el Salvador, el presidente Menéndez lo protegió con esplendidez, lo ayudó para casarse, para hacerse un nido, para poner las bases de una situación que parecía deber durar mucho tiempo. Pero Menéndez cayó como había caído Balmaceda, y el pobre poeta, abandonando á su familia, se refugió en Guatemala, cuyo

presidente, un buen hombre lleno de buena voluntad llamado Lisandro Barrillas, le dijo cual un sultán de *Las mil y una noches:*

—Pídeme lo que quieras, aunque sea el mejor de mis reinos.

Rubén vaciló entre una legación que le permitiera vivir tranquilo en Europa y una imprenta que le pusiese en condiciones de hacer fortuna, sin moverse. Después de meditar, optó por la imprenta, para fundar un diario. Y una vez la parte material de su empresa arreglada con el Gobierno, echóse á buscar entre las cien mil almas que entonces poblaban la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros, unas diez ó doce que fueran capaces de secundarlo en su tarea. Como mi tío y yo éramos entonces los chicos más traviesos de la literatura, ambos fuimos elegidos. Y con nosotros, y con unos cuantos *reporters* callejeros, y con tres ó cuatro editorialistas serios, formóse la redacción de aquel periódico que ya tenía casa, subvenciones, suscritores y hasta enemigos, pero que todavía carecía de nombre. Porque lo más difícil, cuando se trata de un «órgano», es bautizarlo. Para el bautismo del nuestro, que fué hecho con champaña, nos reunimos cuatro personas en una sala de restaurant y trabajamos toda la noche.

—*El Fígaro*—dijo uno.

—*El Gil Blas*—dijo otro.

—*El Liberal*—exclamó un tercero.

Sólo Rubén callaba y bebía engolfado en hondas cavilaciones. Cuando creyó llegado el instante de opinar, expresóse de esta manera:

—*Gil Blas* y *Fígaro* son dos títulos que me gustan y que tienen la ventaja de encarnar un tipo periodístico que corresponde á lo que yo me propongo hacer. Pero por desgracia lo que más se censura en mí es el afrancesamiento, de modo que, adoptando palabras que sirven en París de rótulo á dos grandes publicaciones, daría motivo á que se dijera que hasta el nombre de mi diario es parisiense. Escojamos, pues, algo nuevo, original, expresivo y fácil de popularizarse...

La letanía continuó durante muchas horas y muchas botellas. Cada uno defendía su idea con calor, declarando éste que *La Victoria* era una palabra simbólica y de buen agüero; el otro, que nada convenía mejor á una hoja dirigida por un poeta como *El Ideal*; jurando el tercero, que lo más sencillo era *La Vida*.

Rubén meditaba, callaba, bebía... Al fin, trocando su cara preocupada por una mueca risueña que solía tener cuando estaba satisfecho de sí mismo, exclamó:

—¡Eureka!... He encontrado... Esto es tan sencillo como el huevo de Colón... Estoy seguro de que ustedes ni siquiera han pensado en la palabra...

—¿Qué palabra?

—Pues... *La Palabra.*

—No puede ser—contestó mi tío—porque ya existe una revistilla que se llama así.

—Pues tengo otro mejor—dijo Rubén—. Y éste de seguro no existe. ¿Qué les parece á ustedes *El Correo de la Tarde?*

—Como corto y como original...—murmuré.

José echóse á reir. El otro compañero calló. Y Rubén, acostumbrado á creer que todo lo que él imaginaba era perfecto, tomó nuestras ironías por marcas de aprobación y decretó que ya no había necesidad de buscar más, que *El Correo de la Tarde* resultaba inmejorable.

Una semana después, el primer número de *El Correo de la Tarde* apareció con artículos de Darío, de José y míos. Todo lo hacíamos entre los tres. José, especialmente, mostróse de una actividad, de un ardor, de un entusiasmo, que nos dejaba pasmados. Gracias á su dominio del francés y del inglés, sacaba de las revistas de Londres, de New York y de París, deliciosas misceláneas cosmopolitas que la gente leía con mayor deleite que los artículos políticos ó literarios. Rubén, por su parte, no se conformaba con una idea al día, como Girardin, y tenía diez, veinte, ciento... Los que no han conocido al pobre gran poeta sino más tarde, ya envenenado por el alcohol y la vanidad, no pueden

imaginarse lo que aquel hombre era en el año 1890. Ligero, vivo, curioso, enamorado de la vida, lejos de encerrarse en torres de marfil, acercábase al pueblo para ver palpitar sus pasiones. Trabajando en cualquier parte, á cualquier hora, ocupábase lo mismo de la crónica de tribunales, ó de las revistas de modas, que de los chismes sociales ó de las intrigas políticas.

—Ante todo—decía—no hacer literatura, ni poner cátedras, ni aburrir al público...

Y los jóvenes poetas modernistas, que al ver al patriarca de la tribu convertido en «editor», habíanse figurado que ya tenían un órgano oficial para lucir sus madrigales, notaron con estupefacción que las puertas del *Correo* no se abrían nunca ante ellos.

Una vez por semana, José y yo teníamos derecho á ejercer de críticos ó de cuentistas. Mi tío aprovechó aquellos «sábados» ó aquellos «domingos» para publicar páginas deliciosas que no hacían presagiar á un diplomático, ni menos aún á un miembro del Tribunal Arbitral del Haya, sino á un gran escritor. Pero ¡ay! la existencia es tan caprichosa, que de toda la obra de mi tío, interrumpida por absurdas ambiciones, lo único que queda, en una antología clásica, es una admirable *nouvelle* titulada «Visitha»...

Siguiendo el ejemplo de mi señor director, yo

trataba también de no encerrarme en la literatura y de no desdeñar nada de lo que significa vida. Lo más tentador para mí, á pesar de mi timidez, eran las *interviews* aparejadas, no á lo yanqui, en diálogos secos entre el repórter y el «reporteado», sino á la pariense, con sus ribetes de retrato, con sus asomos de psicología, con sus flecos de paisaje... Yo acababa de leer entonces un elogio paradójico del arte de intervievar. ¿Qué era Herodoto sino un repórter viajero?... ¿Qué la *Historia Lausiaca* sino una serie de reportajes?... Y el divino Froissart y el magnífico duque de Saint Simon, y tantos otros, entre los cuales creo que hasta el Dante figuraba, ¿qué eran sino reporters en prosa ó verso?... Para seguir las huellas de esta egregia falange, fuí á visitar á una tiple muy en auge á la sazón; y de tal guisa pergeñé mi artículo, que hasta mis enemigos lo loaron, más por lo que tenía de nuevo que por lo que en él había de arte.

A la hora de cenar, entre dos copas de champaña, Rubén me habló de mi proyecto... El poeta no era más puntual que el señor Chambó para pagarnos nuestros sueldos, pero en cambio nos alimentaba y nos emborrachaba todos los días. Su mesa, *dressée* en el mejor de los hoteles guatemaltecos, parecía la de una venta. El que quería iba ahí á ocupar un sitio cotidianamente. Y como las viandas eran exquisitas y

los vinos muy escogidos, los huéspedes voluntarios no faltaban. Mi tío José, que había vivido largo tiempo en casa de sus abuelos, en Francia, y que conocía los grandes *crus* de Borgoña y de Medoc, inspirábanos una inmensa admiración con su manera doctoral de escoger las botellas que mejor convenían á cada plato. El famoso cantor de la independencia cubana, señor Palma, ejercía, con nobles maneras de emigrado melancólico y goloso, la dictadura del «menú». Yo comía y bebía, saboreando por primera vez en mi existencia los placeres del suntuoso sibaritismo.

—Esta misma noche—díjome Rubén, refiriéndose á mi artículo—voy á darle una gran sorpresa... No puede tardar en venir el heraldo que lo trae.

En aquel mismo instante penetraron en la sala de nuestros festines dos cantadoras andaluzas seguidas por un guitarrista tuerto. No era la primera vez que recibíamos aquellas visitas encargadas de animar nuestras sobremesas. Pero como una de las dos «artistas» solía mirarme tiernamente cuando aullaba coplas de amor y de celos, creí que la sorpresa prometida se reduciría á sentarme al lado de mi admiradora. Y por más que la muchacha fuera guapa, y que yo tuviese entonces el corazón desocupado,

la perspectiva de comenzar un idilio parecido al de la taberna de Luz Salas, me repugnaba.

—Empiece la juerga—gritó alguien.

Y elevóse en el aire lleno de humo una voz llorona, temblorosa, acongojada, que pedía un remedio para los males del alma. Y luego, otra voz unióse á ella corriendo parejas jadeantes con la primera, alcanzándola en las notas altas, abandonándola en los gorjeos suaves, sosteniendo su vuelo, en suma.

Los comensales parecían encantados y acompañaban con palmas jaleadoras el ritmo de la cancioncilla. El atavismo español, ahogado en el pecho de Palma por las luchas políticas, llenaba sus hermosos ojos azules de lágrimas.

De pronto un oficial que no había creído necesario hacerse anunciar, interrumpió la fiesta con su brusca entrada. Saludó, entregó un pliego á Darío y se marchó en seguida.

—Esta es la sorpresa para Enrique—dijo el poeta.

En alta voz leyó una carta que decía:

«Querido amigo: He puesto en conocimiento del señor presidente su deseo de que el joven literato Gómez Carrillo sea recibido por Su Excelencia para escribir un reportaje. En obsequio á usted y al aludido joven, el general Barillas

espera mañana á las tres de la tarde á su recomendado. Su amigo, ANGUIANO.»

Todos me miraron y todos se mostraron encantados de mi suerte. La cantadora misma, que no sabía de lo que se trataba, pero comprendiendo que era algo bueno para mí, tomó una copa y la apuró de un sorbo, gritándome:

—Por ti, Enriquillo...

Yo, lejos de sentirme feliz, encontrábame como sobre ascuas. La idea de ir á visitar al presidente de la República cuando nunca antes había entrado siquiera en un ministerio, despertaba mi timidez con sobresaltos vírginales. Muy francamente confesé mi estado de ánimo y propuse que otro redactor ocupara en aquella circunstancia honrosa mi sitio.

Interpretando el parecer general, la andaluza exclamó:

—No seas tonto, niño... Ya se te pasarán esos vapores de señorita...

Yo mismo, al día siguiente, al ir á cumplír mi embajada, figuréme que andando el tiempo perdería mi timidez. Por desgracia tan no ha sido así, que aun en estos últimos años, después de asistir á algunos combates y de soportar sonriendo un bombardeo en Reims, no sentí miedo durante mis correrías de cronista de la guerra, sino el día en que el mariscal Joffre me recibió en su cuartel general. Pero, en fin, como hay una providencia para todo, á pesar de mi timi-

dez, hablé durante más de una hora con el presidente Barillas, que me pareció un buen hombre lleno de buenas intenciones y que supo conquistar mis simpatías haciéndome grandes elogios de las labores históricas de mi padre. Al marcharme, le pregunté si quería ver las pruebas de mi *interview* antes de que la publicara.

—¿Para qué?—contestóme campechanamente—; yo no entiendo de cosas de periódico, yo no soy más que un militar, un «militarote bruto», como dicen los curas...

El sábado siguiente apareció mi artículo en la primera columna de la primera página, en caracteres muy grandes, con un título magnífico... Lo único que faltaba era mi firma... ¿Olvido?... No... Leí lo que había escrito y no lo reconocí. Fuíme á casa de Rubén, y antes de que le pidiera una explicación de lo que había pasado, contóme que á última hora el ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Anguiano, encontrando lo mío algo irrespetuoso, habíale pedido que lo modificara y lo «formalizara...»

—Por eso—díjome—no me atreví á dejar su nombre... Ya ve usted que ni siquiera la forma de *interview* le he conservado... Lo de usted era muy bonito... Lo que yo he arreglado es un simple editorial político, hecho á medida de los deseos ministeriales.

—Muy bien—contestéle.

Pero en seguida le escribí al general Barillas explicándole lo que acababa de pasar y mandándole la prueba de mi trabajo. En la misma tarde un oficial fué á buscarme y con un tono brusco que inquietó á mi familia, ordenóme que lo acompañara porque Su Excelencia tenía necesidad de verme inmediatamente.

—¡Con tal que no hayas dicho alguna tontería!—murmuró mi madre.

Yo no estaba tampoco muy tranquilo. Temía que, realmente, el fondo de mi *interview* fuese desagradable y me preparaba á oir una dura filípica por mi carta, en la cual me quejaba discretamente de la poca inteligencia del Sr. Anguiano; mas apenas en presencia de Barillas, comprendí que, lejos de disgustarle, mi franqueza le era simpática.

—Todo eso de los periódicos—me dijo riendo—no me importa... Yo no leo periódicos... Yo no leo nada... Eso está bueno para los literatos... Yo no soy ni bachiller...

—Yo tampoco—le contesté.

El se me quedó viendo asustado, como si le pareciera que un hombre sin diploma no tenía derecho á escribir. Luego, con aire paternal, exclamó:

—¿Cuántos años tiene?

—Diez y siete—contestéle.

—Entonces, ¿por qué no estudia?

Vacilé un instante entre inventar una patraña honrosa y confesarle la verdad. Al fin, avergonzado, le dije:

—Porque me han expulsado de los colegios y me he escapado del Instituto...

—¿Es usted?... ¡Qué tipo!...

Y se echó á reir ruidosamente, enseñando una soberbia dentadura y dándame palmadas en las rodillas.

—Si pudiera—agregué—me iría á estudiar á otro país.

—Pues váyase, y deje eso de los periódicos para los zánganos... ¿Sabe lo que debiera usted ser?... Ingeniero... En San Francisco de California se hará usted ingeniero en poco tiempo... No sea tonto, aproveche la juventud... Váyase, amigo...

—Es que...

—La pereza...

—No, señor; la pobreza... Mi familia vive con mucha modestia de lo que gana mi padre, y por eso tengo interés en trabajar para ayudarla...

Pasó por la cara simpática y bondadosa de aquel hombre, que no carecía ni de bondad ni de inteligencia, una nube de amargura.

—La culpa la tiene D. Agustín, que no se me acerca, que está siempre metido entre los clericales—me dijo.

Y luego:

—Dígale que venga, que me pida lo que quiera...

Al fin, riendo de nuevo:

—Vea: yo he establecido unas pensiones en Europa para los jóvenes que más se distinguen en sus estudios... En París tengo á Toledo, á Rosal, á Ortega... A usted no quiero mandarle á París, para que no se me pierda... Le voy á mandar á España... En París hay muchas cocotas...

—¿En qué me he distinguido yo?...

—En lo malo, mi amigo...

Y volvió á reir, contento de sí mismo, de su gracia, de mi extrañeza y, tal vez, también de su buena acción.

—Se lo agradezco á usted mucho—le dije—, y cuando le sea posible...

—Eso hay que hacerlo ahora mismo, para que no me arrepienta mañana.

Veinte minutos más tarde, el ministro de Instrucción Pública, llamado con urgencia, había redactado un acuerdo concediéndome una mensualidad de 750 francos «para permitirme ampliar y perfeccionar» mis estudios en Madrid.

Cuando por la noche, á la hora de la cena, conté á Rubén y á José lo que acababa de ocurrirme, y les hice leer mi nombramiento, firmado y

sellado, ambos me abrazaron, contentos de mi suerte.

—A ti—me dijo mi tío—todo te sale bien; hasta lo que debiera salirte mal... Has nacido bajo una estrella favorable... Tú no te perderás nunca en el camino...

Mi señor director, en uno de esos raptos de generosidad que, por desgracia, no se traducen siempre en hechos, me habló de París con entusiasmo y me prometió que al día siguiente el administrador de *El Correo* me pagaría los 300 duros que se me debían.

Yo me sentía feliz, pero temía lo que mi familia iba á decirme. Mi madre sobre todo, inspirábame inquietudes. Ella, tan tierna; ella, tan acostumbrada á verme siempre á su lado, ¿consentiría en dejarme partir?...

Y aunque yo veía en aquel viaje la realización de un sueño que ni siquiera habíame atrevido á hacer, comprendía que una sola lágrima y una sola súplica podían echar por tierra todas mis ilusiones.

—Si ella se opone—me juré—renunciaré á irme. Ante todo, darle á ella gusto.

Pero no se opuso. Al contrario: llorando de emoción, bendiciendo al Presidente, confesóme que muy á menudo la pobreza de nuestra casa le había pesado porque no le permitía enviarme á Europa á educarme.

—Lloro—decíame cubriéndome el rostro de

besos y de lágrimas—, pero es de placer. Cuando vuelvas serás un hombre formal y no te se pararás nunca de mí... Es cierto que tienes suerte y que la mereces, por lo bueno...

Mi padre, más satisfecho aún, lejos de llorar, sonreía; me hablaba de nuestra familia en España, me daba consejos prácticos...

—Ese Barillas es un buen hombre—murmuraba—; pero está mal aconsejado, mal rodeado... No sabe lo que es la buena sociedad... Le agradezco lo que hace por ti más que lo que quiere hacer por mí...

XVI

LAS ÚLTIMAS VISIONES DE MI TIERRA

—No puedes figurarte lo contenta que estoy—decíame, á cada instante, mi madre, abrazándome con más ternura que nunca.

Y mi padre, siempre tranquilo, siempre risueño, exclamaba:

—¡Ya verás lo bien que vas á encontrarte en la tierra de tus abuelos!... Desde que sé que te vas, me siento tranquilo, en lo que se refiere á tu porvenir...

Pero yo notaba que, bajo aquel sincero júbilo, iba naciendo, poco á poco, una melancolía inconsciente. Como era por mi bien, mi familia había puesto su voluntad en regocijarse. Sólo que, encima de la voluntad y de la razón, estaba el afecto, y el afecto hacía llorar en secreto todos los ojos. Mi hermana Luz me lo hizo sentir un día, llamándome ingrato.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque te vas; y cuando te hayas ido, la casa va á quedarse vacía...

—Ya ves, sin embargo, que hasta mamá se alegra...

—¿Qué ha de decir la pobre?... Pero si la vieras por la noche, en su cuarto...

Los ojos se me llenaron de lágrimas, y mi valor flaqueó de tal manera, que fuí en el acto á hablar con mi padre, y le ofrecí renunciar á marcharme si él creía que con eso podía evitar futuras tristezas.

—No seas niño—contestóme—. Josefina siente, como es natural, separarse de uno de sus hijos. ¡Yo también, demonio!... Pero la sola idea de que por nosotros dejases de aprovechar una oportunidad inesperada de conocer el mundo, nos sería mucho más penosa que la despedida. No se trata, después de todo, sino de un par de años de separación...

Un pariente nuestro, que asistía á este diálogo, intervino para hablar en el mismo sentido. Según él, no había ventura mayor que salir de América.

—Pero—agregó—en lo que no estoy de acuerdo con Agustín es en eso de que tu ausencia durará poco tiempo. Una vez en Europa, no volverás nunca, y harás bien.

Si yo hubiera dado crédito á aquel vaticinio, creo que no me habría movido de Guatemala. La idea de abandonar para siempre á mi madre, de no volver á ver mi casa, de desarraigarme por completo, apenas podía entrar en mi cabe-

za. Algo antes, al encaminarme hacia el Salvador, decíame: «Volveré sabiendo trabajar, volveré hecho un hombre, tal vez hasta volveré rico.» Y como mis sentimientos filiales, lejos de entibiarse, habíanse engrandecido cada vez más, al preparar mi partida para España, mezclaba el placer de irme con la esperanza de regresar.

De pronto, mi padre me preguntó:

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Hay dos vapores en este mes—respondíle—, uno el 15 y otro el 24. Para estar un poco más de tiempo con vosotros, me iré en el segundo.

—Si quieres oir mi consejo, márchate en el primero... No hay nada tan inútil como hacer durar las despedidas.

—Pero el 15 está muy cerca. Hoy estamos á 12.

—¿Tienes, acaso, muchas cosas que arreglar?

—Nada.

—Pues entonces...

—Lo que tú quieras.

Y tres días después, á las seis de la mañana, salí de mi casa, sin hacer ruido, con el pecho tembloroso, con los ojos enrojecidos por el insomnio y por el llanto... De anteman o

habíamos convenido en que nadie me diría adiós en el último momento, y en que nadie me acompañaría á la estación. Mi equipaje, una maleta modesta de estudiante, había sido facturada la víspera. Yo iba por las calles despacio, con las manos en los bolsillos, mirando las casas cerradas, encontrando encantos imprevistos en todas las esquinas, evocando recuerdos ante muchas rejas... Había algo de automático en mí. Un miedo vago del porvenir inmediato angustiaba mi espíritu. La fiebre que dos años antes habíame dado aliento para caminar á pie por las carreteras, en pos de un destino incierto, no acudía de nuevo á mi conjuro. «Dame valor y dame energía; suaviza mi necia congoja»—decía dirigiéndome á los dioses ignotos que protegen á los niños abandonados. Pero todo era en vano: nada me animaba; ninguna perspectiva hacía palpitar de impaciencia mi alma. «Vas á ver París, alma, vas á respirar el mismo aire que respiran los grandes poètas, vas á conocer las mujeres más bellas del mundo... Vas á vivir en Madrid, alma, en el Madrid de tu padre y de tus abuelos; vas á respirar en Sevilla el aroma de los claveles que ornan las cabelleras negras.» Mi alma seguía padeciendo en una especie de modorra inquieta que no acertaba á dejarme saber si prefería irme ó quedarme... Así tomé el tren y así llegué hasta Escuintla, donde debía parar un día no recuerdo por qué combi-

nación momentánea de trenes... Y así me acosté en un cuarto del hotel que me pareció lúgubre... Y así me levanté diez ó doce horas más tarde...

La razón, sin embargo, habíase sobrepuesto al instinto. En principio, estaba contento y no podía ni vacilar entre volverme atrás ó seguir adelante. En Madrid, cuyas escuelas figurábanseme centros milagrosos donde el saber se hallaba al alcance de todas las buenas voluntades, adquiriría, al cabo de unos cuantos años de estudio, la plenitud de la ciencia literaria. Leyendo artículos sobre la organización de los cursos libres del Colegio de Francia, suponía que en España debía existir algo análogo, para que los Menéndez Pelayo, los Valera, los Salmerón, los Pi Margall pudieran comunicar á los jóvenes el resultado de sus investigaciones. Además, lo que en Guatemala no había podido hacer, pensaba realizarlo en Europa, intervievando á los hombres ilustres, buscando en el fondo de sus pupilas el secreto de su genio, analizando sus obras á la luz de sus propias confidencias. Hablando de todo esto la víspera en nuestra última cena de *El Correo*, Rubén Darío habíase opuesto enérgicamente á mis proyectos madrileños.

—En España—decíame—no encontrará usted nada de lo que busca... España es un país de

retórica atrasada, de gustos rancios, de ideas estrechas... Quite usted á Castelar, á Campoamor, á Núñez de Arce, á Menéndez Pelayo, y no queda nada...

Rubén mismo ha dicho que es á él á quien le debo haber renunciado á la villa del oso y del madroño para convertirme en hijo espiritual de Lutecia. Y también ha contado la historia de un famoso gabán de invierno que me dió antes de marcharme, para que no me muriera de frío en el mes de Diciembre de 1900 al llegar á Europa. La verdad es que si me «regaló», en efecto, un abrigo, fué en cambio de los quinientos duros de sueldos que me debía... Y en cuanto á sus consejos, muy cuerdos en el fondo, apenas los oí... (1). Yo pensaba entonces, como él, que la literatura castellana hallábase en la más lamen-

---

(1) Rubén Darío ha contado á su manera, que es exacta salvo algunos detalles, lo relativo á nuestras primeras relaciones. He aquí algunos fragmentos de uno de sus últimos artículos sobre mí, publicado en una revista parisiense:

«En una de las muchas cartas que conservo de Gómez Carrillo—de un interés para más tarde—, hay una en que me agradece el haber venido á París. ¿Cómo fué ello? Ya lo he contado alguna vez. Dirigía yo, allá por el año 1890, en Guatemala, un diario: *El Correo de la Tarde*. Un día se presentó con unos trabajos un joven, muy joven, de un moreno dorado, de copiosos cabellos y ojos de soñador, y que manejaba ya cierta sonrisa caprichosa, con cuyas consecuencias habría de cargar yo

table decadencia. Pero, al fin y al cabo, teniendo yo por fuerza que escribir en mi lengua, creía que sólo en el solar de mi raza podía adquirir

---

mismo pasando el tiempo. Intimamos. Y entonces yo señalé el camino de París.

»¡El camino de París! ¿Sabría Gómez Carrillo que era el de su tierra prometida? Cierto que en él, por su madre, había sangre francesa; pero su padre, historiador notorio y escritor de cepa castiza, era de puro origen español, severo en dogmas de gramática y de bien decir, y con entronques aristocráticos en la Península. Era, pues, quizás el camino de Madrid el que hubiese tomado, sin mi dichosa intervención, el futuro autor de tanto libro de prosa danzante, preciosa y armoniosa, que había de ser tenido después como un parisiense adoptado, y alabado por escritores de renombre en esta capital de las capitales. Llegó á París á luchar y luchó. Luchó primero en la inevitable casa Garnier frères. ¿Quién diría que el escritor sutil y libérrimo hubiera colaborado en la seria y académica tarea de hacer un diccionario?

»Pronto se saturó de París. Su primera producción, una *plaquette* hoy inencontrable, á punto de que creo que el propio autor no la tiene, suda el más almizclado y enfermizo de los Parises por todas sus letras. Llegando en pleno hervor simbolista, Gómez Carrillo había ya conocido á todos los dioses, semidioses y corifeos del movimiento. Era amigo de Verlaine, de Moreas, de Reynaud, de Duplessis, de todos los concurrentes á las comidas y reuniones de *La Plume*.

»Su cultura aumentó día por día en este ambiente de arte; y, relacionado con España, comenzó á escribir en la prensa de Madrid, tan constante y brillantemente, que le han llamado «príncipe de los cronistas». Entró,

los conocimientos necesarios para formar mi estilo y mi espíritu. En cuanto á París, especie de paraíso terrenal, aparecía en mi mente cual una tierra prometida en la cual me proponía pasar

---

con el tiempo, á formar parte del cuerpo de corresponsales de *La Nación*, de Buenos Aires, y su producción adquirió mayores quilates.

»Se dedicó, por higiene, á la esgrima, y esas prácticas le convirtieron en uno de los más conocidos duelistas parisienses. Conoce varias armas, y creo que también el box.

»En su obra pasada prevalecen, junto con un sentimentalismo que se diría romántico, mucha modernidad, la euritmia, las elegancias femeninas, la danza, los personajes de la «comedia» italiana, la anécdota maliciosa, la conversación con sus amigos célebres, la ironía, el halago, la perversidad, el goce, todo lleno de una sutileza francesa, de modo que se diría escrito ó por lo menos pensado en francés, en parisiense.

»Luego llegaron sus libros de viajes, que le hicieron considerar como el Loti castellano, pues aparecieron dones de penetración, afinidades filosóficas, calma y serenidad, además de sus condiciones de paisajista y descriptor, dueño de una rica paleta, y siempre vibrante ante el espectáculo artístico ó la figura sugestiva. Su libro sobre Grecia señaló principalmente la nueva manera. Y su libro sobre la Tierra Santa, adonde hiciera recientemente una visita, es, á mi entender, lo más firme, lo más sentido, lo más meditado y estudiado de toda su obra; pues quizás influencias ancestrales despertaron en él la verdadera emoción y la seguridad ideal, sin lo cual nada se escribe de duradero y de firme. Y realizó un bello, armonioso y erudito libro. Es un escritor dichoso.»

un par de meses cada año para gozar de sus encantos y para refrescarme el alma al soplo vivificador de su poesía.

En todo esto pensaba yo aquella mañana ardiente y luminosa, paseándome por las calles sórdidas de Escuintla. Una punzante nostalgia atormentábame, haciéndome encontrar encantos en todo lo que me rodeaba. El campo verde atraíame con tal fuerza, que quise, como en los días de mi viaje al Salvador, ir á pie hasta un pueblo lejano, famoso por sus frutas y por sus flores. Un campesino viejo prestóse gustoso á acompañarme, enseñándome los senderos frescos, abrigados del sol por las ramas de los árboles. Al cabo de varias horas de marcha, nos hallamos en pleno bosque, en una dulce penumbra á la cual la luz no llegaba sino tamizada y diluída por el palpitante toldo de la fronda tropical. Un perfume extraño, compuesto de mil esencias vegetales, jugueteaba á nuestro derredor envolviéndonos en sus efluvios al más ligero soplo de la brisa y desvaneciéndose luego, entre rumores de hojas, cuando el viento arreciaba. Durante nuestros largos paseos por su jardín, Edda me había dado poéticas lecciones de botánica. Con su naturaleza de hija del polo, entusiasmábase ante los lujuriantes productos de la zona tórrida, y veía arcanos inverosímiles en lo que para mí

era vulgarísimo... «Estas orquídeas—decía acariciando los largos pétalos parásitos—tienen formas que me perturban.» Yo recordaba sus palabras en medio de la jungla y buscaba lo que hay de monstruoso en la belleza de aquellas flores que palpitan sobre las ramas de los árboles milenarios como pájaros cautivos que quisieran en vano alzar el vuelo. Mi *cicerone* no se explicaba la atención afectuosa con que yo me detenía para observar ciertas corolas, entreabriéndolas y admirando sus entrañas. Por primera vez dábame cuenta de que Edda tenía razón, de que había algo de humano, algo que hacía pensar en sexos femeninos en algunas maravillosas y diabólicas formas vegetales. Los gigantes de la selva ecuatorial, en cambio, inspiraban á mi compañero frases de religioso respeto. Tocando sus troncos enormes con la diestra, me les iba nombrando uno por uno. Y era el ceibo que extendía sus ramas como para que una tribu entera se abrigara á su sombra; el ceibo altísimo, más amplio que una cúpula de catedral, arraigado en la tierra negra para durar eternidades; el formidable ceibo cuyo recuerdo, más tarde, había de hacerme encontrar mezquinos los colosos del Líbano... Y eran cipreses que no se alzan cual mástiles negros lo mismo que sus débiles hermanos de Grecia ó de Italia y que no son melancólicos guardianes de cementerios, sino que se yerguen en grupos desordenados alzando sus

pirámides ciclópeas para desafiar, por encima de las copas vecinas, el furor de los vendavales... Y eran guanacastes que, en sus cuarenta metros de altura, tienen delicadezas de planta de jardín y cierran por la noche sus hojas delicadas para que la brisa no les arrebate su perfume... Y eran balsameros; y mimosas enormes; y magníficos laureles silvestres de ramas barnizadas; y también cedros, cedros innumerables, cedros blancos, cedros rojos, cedros dulces, cedros destronados por sus rivales mayores en tamaño, pero siempre augustos en su belleza bíblica... Y para aumentar la impresión de plétora de vida, de abundancia de savia, los bejucos más robustos que jamás he visto enroscábanse alrededor de algunos troncos, haciendo pensar en éxodos de serpientes que trepasen en busca de la luz del sol...

Poco á poco, aquella penumbra llegó á pesarme, hasta el punto de que cuando salimos al llano y nos encontramos entre cañaverales lucientes y ondulantes, sentí una impresión de alivio. Mi alma no estaba hecha entonces, ni lo ha estado nunca, para los espectáculos salvajes ó sobrenaturales. Todas las florestas de Asia no valen para mí lo que un paisaje de la Isla de Francia, y todos los templos de Balbec ocupan en mi memoria menos espacio que el minúsculo y

divino santuario de *Erecteo*. En el campo cultivado de Escuintla, entre largas avenidas de cocoteros melancólicos, inclinados siempre á sotavento y demasiado altos para su delgadez, experimenté un goce suave y fresco. También ahí había árboles, muchos árboles, pero no apiñados en cónclaves ciclópeos, sino repartidos en ramilletes, entre cercas de cactus caprichosos cuyas ramas, en forma de candelabros judíos, proyectaban en el suelo sombras simétricas. En vez de lianas leñosas y serpentinas, tapizaban las columnatas de los arbustos plantas trepadoras tan bellas cual el alcotán y la zarzaparrilla. En los huertos, alrededor de ranchos de paja, en un ambiente oloroso á piñas, veíamos naranjos constelados de puntos de oro, guayabales cuyas ramas apenas alcanzaban á los techos más humildes, nances redondos, recortados lo mismo que los arrayanes de Versalles, pomarrosas esbeltas cargadas de manzanas tan menudas y tan delicadamente esmaltadas, que parecían artificiales; sauces ligeros en cuyas hojas los indios encuentran singulares panaceas de brujos, malvaviscos que se cubren de amapolas rojas para sobresalir con una belleza escandalosa bajo el sol de fuego... Y junto á esos útiles productores de vida, aparecían también los seres de lujo de la flora, los que no sirven sino para adornar las capillas de la Virgen: las flores indígenas, la flor de la cruz, muy blanca, la flor de pascua,

muy encarnada, el girasol, muy amarillo, y las rosas innumerables, las rosas silvestres que crecen hasta en las grietas de las piedras, la rosa tinta, la rosa verde, la rosa de la pasión...

Refrescado por aquella exuberancia de vida, por aquel derroche de colores, por aquella plétora de luz, mi alma recobró su serenidad gozosa, su entusiasmo optimista. Evocando los tristes recuerdos de la víspera, comprendí que mi padre tenía razón, que una semana más en la atmósfera enternecedora de mi hogar habría enervado mi ánimo. Y poco á poco, llegué á convencerme á mí mismo de que en toda mi familia el único que no se daba una cuenta exacta de lo providencial de mi viaje, era yo. «Que mi pobre mamá haya llorado, que llore aún—decíame—no es extraño. Ella, tan dulce, tan cariñosa, no puede alejarse tres días de sus hijos sin entristecerse. Pero en el fondo, tal vez nadie ve mejor que ella las ventajas de la inesperada circunstancia que me aleja de un ambiente poco propicio á mis ardores juveniles de escritor sin disciplina y sin freno.» Mi instinto no me engañaba. Al volver al hotel, por la tarde, para tomar el tren, encontré un largo telegrama en el que ella me decía: «Toda la pena de separarme de ti conviértese en alegría cuando pienso en los peligros que aquí te rodeaban. Por eso bendigo á Dios y á Bari-

llas y te digo hasta pronto, hijito de mi vida, con el alma gozosa.» Después de cubrir de besos aquel papel, sentí tal fortaleza en mi pecho, que lejos de pensar en lo que abandonaba, volví la vista hacia el porvenir con una confianza tranquila. El programa de mi vida estaba perfectamente trazado en mi voluntad y en mi corazón. Primero, aprovechar el viaje en el barco para leer libros sobre París, libros ligeros y libros serios, libros que me permitieran, apenas puesto el pie en el asfalto del Bulevar, reconocer cada edificio, evocar cada sombra ilustre, hablar á cada uno de lo suyo. Entre estos libros ¡ay! iba la *Vida de Bohemia*, cuya influencia había de ser tan grande en mis días futuros. Luego, aprovechar mis dos ó tres meses de existencia parisiense para asistir á los cursos del Colegio de Francia, de la Escuela de Ciencias Sociales y de la Escuela de Bellas Artes, donde todavía profesaba Taine. Al fin, en Madrid, durante algunos años, estudiar y trabajar para volver á Guatemala con una obra escrita por mí y prologada por algún maestro ilustre, por Valera, por Galdós, por Clarín... ¡Ah! Y además proponíame huir de las relaciones peligrosas, huir de las tentaciones galantes, huir del alcohol, que ya me había hecho perder la cabeza más de una vez y contra el cual Rubén Darío, entre copa y copa, solía hacerme sermones espeluznantes, ilustrados con el recuerdo de Edgardo Poe, de Verlai-

ne, de Hoffmann. Más tarde, leyendo las notas íntimas en que Baudelaire enterraba sus buenas intenciones, he hallado proyectos de *sagesse* iguales á los míos y tan vanos cual los míos... Porque debo declarar desde luego, que en este caso, lo mismo que en los anteriores, la Providencia cristiana, mostrándose tan caprichosa como el Destino griego, entretúvose en desbaratar uno por uno mis planes, obligándome á hacer exactamente lo contrario de lo que hubiera querido.

En el puente de San José, un instante antes de embarcarme, fuí al telégrafo para poner á mi madre un despacho lleno de ternura y de promesas. La ofrecía corregirme de todos mis defectos de carácter, ser serio, ser prudente, ser económico, ser estudioso y convertirme en un hombre de provecho. «Dentro de dos años—decíale—te juro volver para vivir á tu lado y hacerte olvidar con mi amor los disgustos que te he dado.» Luego, recordando otro telegrama que de aquella misma oficina había sido enviado muchos meses antes á mi mamaíta, pensé en Edda y sentí, confusamente, que me sería grato encontrarla en Europa... «¿Qué será de ella?», preguntéme. Nunca más había vuelto á escribirme. ¿Me habría olvidado?... ¿Amaría á otro?... La idea de hallarme una noche, frente á ella, en

algún teatro de París, de ese París donde, según decía, tenía necesidad de pasar algunos meses cada dos ó tres años, halagábame vagamente.

—¡Era tan bella!—pensé.

Y con su recuerdo me quedé dormido en el barco algunas horas más tarde.

INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA	7
I.—Los primeros pasos	11
II.—Mi padre y mi madre	25
III.—En el colegio	37
IV.—A pie por los caminos	51
V.—Yo, hortera	77
VI.—Los ojos de la pantera	91
VII.—En pleno idilio	107
VIII.—Las lágrimas de sus ojos	123
IX.—La iniciación	139
X.—El fin del idilio	143
XI.—Días de angustia	159
XII.—Primeras lecturas	173
XIII.—Primer artículo, primer escándalo	189
XIV.—Entre la redacción y la taberna	205
XV.—Con Rubén Darío en Guatemala	219
XVI.—Las últimas visiones de mi tierra	235

EDITORIAL-AMÉRICA

Ofrezca estas colecciones á sus clientes.

Rogamos encarecidamente á nuestros corresponsales se fijen en las colecciones de la **Editorial-América** que anunciamos á continuación, las cuales compendian la Historia, la Filosofía, la Sociología, la Literatura y el Arte en general de los países Hispano-americanos.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

	Pesetas.
Acosta (Cecilio).—Cartas venezolanas	3,50
Baralt (Rafael María).—Letras españolas	3,50
Barrenechoa (Mariano Antonio).—Ensayo sobre Federico Nietzsche	3,50
Barros (Bernardo G.)—La caricatura contemporánea (2 volúmenes)	7,00
Bello (Andrés).—Historia de las literaturas de Grecia y Roma.	3,50
Blanco-Fombona (R.)—Cancionero del amor infeliz	2,50
— El hombre de hierro (novela)	3,50
— El hombre de oro (novela)	3,50
Caro (Miguel Antonio).—Páginas de crítica	4,00
Casal (Julian del).—Sus mejores poemas	3,50
Castellanos (Jesús).—La Conjura (novela)	3,50
— Los optimistas	3,50
Cestero (Tulio M.)—Hombres y piedras	3,50
Coll (Pedro Emilio).—El Castillo de Elsinor	3,50
Darío (Rubén).—Sus mejores cuentos y sus mejores cantos	3,50
Díaz Mirón (Salvador).—Lascas	2,75
Díaz Rodríguez (M.)—De mis romerías y sensaciones de viaje	3,50
— Sangre patricia (novela)	3,50
Donoso (Armando).—La sombra de Goethe	4,00
Echaqüe (Juan Pablo).—Teatro argentino	3,50
García Godoy (F.)—La literatura americana de nuestros días	3,50
— Americanismo literario	3,50
Ghiraldo (Alberto).—Triunfos nuevos	3,50
González Prada (M.)—Páginas libres	3,50
Gutiérrez Nájera (M.)—Cuentos color de humo y cuentos frágiles	3,50
— Sus mejores poesías	3,50
Heredia (Nicolás).—La sensibilidad en la poesía castellana.	3,50
Jordán (Luis María).—Los atormentados (novela)	3,50
Martí (José).—Los Estados Unidos	3,50
Merchán (Rafael M.)—Estudios críticos	3,50
Mitjans (Aurelio).—Historia de la literatura cubana	5,00
Montalvo (Juan).—Mercurial eclesiástica	3,50
Pardo (Miguel Eduardo).—Todo un pueblo (novela)	3,50
Pereyra (Carlos).—Bolívar y Washington	4,50
— El pensamiento político de Alberdi	4,00
Pocaterra (José Rafael).—El doctor Bebé (novela)	3,50
— Vidas oscuras (novela)	4,00
Rodó (José Enrique).—Cinco Ensayos	4,00
El mirador de Próspero (2 vols.)	7,00
— Motivos de Proteo (2 vols.)	7,00
Sarmiento (Domingo F.)—Facundo	3,50
Torres (Carlos Arturo).—Estudios de crítica moderna	4,00
— Los ídolos del foro	3,50

Pesetas.

Varona (Enrique José).—Violetas y ortigas..... 3,50
Vasseur (Alvaro Armando).—El vino de la sombra..... 2,75
Viana (Javier).—Guri y otras novelas..... 3,50
Zaldumbide (Gonzalo).—La evolución de Gabriel d'Annunzio..... 3,50

BIBLIOTECA AYACUCHO

Amunátegui (M. L. y Vicuña Mackenna B.)—La dictadura de O'Higgins..... 7,50
Becerra (Ricardo).—Vida de Don Francisco de Miranda, (2 vols.)..... 16,50
Cochrane.—(Memorias de Lord)..... 6,00
Duarte Level (Lino).—Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela..... 8,00
García Camba (Memorias del General) (2 vols.)..... 15,00
González (Juan Vicente).—Biografía del General José Félix Ribas..... 5,00
Graham.—(Diario de María) San Martín, Cochrane, O'Higgins..... 7,50
Heredia.—(Memorias del Regente.) Monteverde. Bolívar. Boves. Morillo..... 4,50
Irisarri (Antonio José de).—Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho..... 7,50
Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—Noticias secretas de America (2 vols.)..... 17,00
Larrazábal (Felipe).—Vida del Libertador Simón Bolívar.. 8,50
Miller.—(Memorias de Fray Servando Teresa de)..... 8,00
Miller.—(Memorias del General.) (2 vols.)..... 17,00
O'Leary.—(Memorias del General.) (2 vols.)..... 15,00
— (Memorias del General.) Ultimos años de la Vida Pública de Bolívar..... 7,50
Páez.—(Memorias del General José Antonio)..... 7,50
Paz.—(Memorias póstumas del General José María)..... 8,00
Pinilla (Sabino).—La Creación de Bolivia..... 7,50
Sevilla (Rafael).—Memorias de un Oficial del Ejército Español..... 5,00
Silva (J. Francisco S.)—El Libertador Bolívar y el Deán Funes..... 8,50
Stevenson.—(Memorias de William Bennet)..... 5,50
Torrente (Mariano).—Historia de la Independencia de México..... 8,50
Un Oficial de la Legión Británica.—(Memorias de)... 4,00
Urdaneta.—(Memorias del General Rafael)..... 7,50
Urquinaona.—(Memorias de)..... 7,00

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Acosta (Cecilio).—Estudios de Derecho Internacional..... 3,50
Alvarez (Alejandro).—El Derecho Internacional del Porvenir 3,50
-- La Diplomacia de Chile..... 3,50
Arcaya (Pedro M.)—Estudios de Sociología venezolana..... 4,00
Codazzi (Agustín).—Obras científicas..... 3,25
Ferrara (Orestes).—La Guerra Europea..... 3,50
Gil Fortoul (José).—El Hombre y la Historia..... 5,00
-- Filosofía Constitucional..... 4,00
Hostos (Eugenio M.ª de).—Moral Social..... 4,00
Ingenieros (José).—Ciencia y Filosofía..... 3,50

Pesetas

Lastarria (J. V.)—La América (2 vols.)..... 8,00
Matienzo (José Nicolás).—El Gobierno Representativo Federal en la República Argentina 5,00
Mendoza (Daniel).—El Llanero (Estudio sociológico venezolano)..... 3,00
Monsalve (J. D.)—El Ideal político del Libertador Simón Bolívar) (2 vols.)..... 9,50
Oilveira Lima (M. de).—La evolución histórica de la América Latina..... 3,50
Ortiz (Fernando).—Los negros brujos..... 4,50
Pereyra (Carlos).—El Mito de Monroe..... 4,50
— La Constitución de los Estados Unidos 5,00
Rabasa (Emilio).—La Organización Política de Méjico..... 4,50
Ramos Megía (José M.)—Rosas y el Doctor Francia..... 3,50
Rivas (Angel César).—Ensayos de Historia Política y Diplomática 4,00
Salas (Julio C.)—Etnología é Historia de Tierra-Firme..... 4,00
Shepherd (William R.)—La América Latina..... 3,50
Vega.—Federación en Colombia 3,50

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

Carducci (Josué).—La vida es sueño. Don Quijote y otros ensayos. Traducción de J. Sánchez Rojas. (Inédita en castellano)..... 4,00
Eça de Queiroz. — París. Traducción de A. González Blanco. (Inédita en castellano) 4,00
Hearn (Lafcadio).—Fantasmas de la China y del Japón. Traducción de Alvaro Armando Vasseur. (Inédita en castellano) 4,00
Heine (Enrique).—El Cancionero. Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde 3,50
Kierkegaard (Soren).—Prosas. Traducción de Alvaro Armando Vasseur. (Inédita en castellano)..... 3,50
Papini (Giovanni).—El crepúsculo de los filósofos. Traduccion de José Sánchez Rojas. (Inédita en castellano)..... 4,00
Poe (Edgardo A.)—Cuentos de lo arabesco y lo grotesco. Traducción de R. Lasso de la Vega..... 4,00
Sainte Beuve.—La mujer y el amor en la literatura francesa del siglo XVII. Versión de María Enriqueta. (Inédita en castellano)..... 3,50

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

Altamira (Rafael).—España y el programa americanista.... 3,50
Castelar (E.)—Vida de Lord Byron..... 3,00
Gómez Carrillo (E.)—Tierras mártires..... 3,00
González-Blanco (Andrés).—Escritores representativos de América..... 4,50
González-Blanco (Edmundo).—Voltaire. Su biografía. Su característica. Su labor 4,50
Machado (Manuel).—Sevilla y otros poemas..... 2,50
Manero (Antonio).—México y la solidaridad americana..... 3,50
Réplde (Pedro de).—Los espejos de Clío..... 3,50
Varios autores.—Ofrenda de España á Rubén Darío 3,50
Varios autores.—Poesías inéditas de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, etc..... 3,00

TIERRAS MARTIRES

POR

E. Gómez Carrillo

Las grandes ciudades, las aldeas y los campos que han servido de escenario á los más trágicos episodios de la guerra aparecen en esta obra con sus ruinas, sus dolores, sus heroísmos y sus recuerdos históricos.

Un tomo 3 pesetas.

(Sociedad Española de Librería, Ferraz, 21.)

LA GESTA DE LA LEGION

POR

E. Gómez Carrillo

Indiscutiblemente esta es la obra relativa á la guerra que mayor interés tiene para España y América. Con su maestría de artista y de evocador, Gómez Carrillo ha hecho palpitar en sus páginas las magníficas figuras de los voluntarios españoles é hispano-americanos en Francia.

Un tomo 3,50 pesetas.

(Sucesores de Hernando, Arenal, 11.)

Estas memorias de mi vida, se publican en la revista "Caras y Caretas" de Buenos Aires, antes de aparecer en volumen.